

BOTONES: LIBRO CINCO

BOTONES Y CULPA

*UN PRÉSTAMO
QUE QUIERO CONSERVAR.*



AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

P E N E L O P E S K Y

BOTONES Y CULPA

BOTONES #5

PENELOPE SKY

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Botones y culpa

Copyright © 2018 de Penelope Sky

Todos los derechos reservados

CANE

ADELINA GUARDÓ silencio durante el trayecto a casa. No puso peros a la hora de marcharnos, ni pareció que escapar se le pasara por la cabeza. Mantuvo la vista baja al atravesar el aeropuerto, no habló durante el vuelo de vuelta y volvió a Italia sin una sola queja.

¿Cómo lograba controlarse así?

Si yo hubiera podido ver a Vanessa una última vez, no habría permitido que se fuera. La habría atado para que no pudiera marcharse. Quienquiera que irrumpiese por la puerta con intención de recuperarla tendría que pasar por encima de mí... y de un millón de balas.

Cuando llegamos a mi finca campestre nos fuimos inmediatamente a dormir en mi enorme cama. Las doncellas acababan de limpiar el cuarto, por lo que las sábanas estaban suaves y frescas contra mi piel. Yacimos el uno junto al otro, pero no hubo sexo.

Yo sabía que ella no lo deseaba.

Estaba agotada y se durmió en seguida.

Yo también estaba cansado, pero no podía parar de pensar. Contemplaba el techo y recordaba el abrazo de despedida que le habían dado sus padres. Ambos lloraban, hasta su padre. La abrazaron tan fuertemente que Adelina tuvo que apartarles las manos.

Resultó demasiado doloroso de contemplar.

Pasaron horas antes de que me durmiera por fin, mi cerebro apagándose porque ya no quería pensar más. Mi cuerpo encontró el suyo y mis brazos se envolvieron alrededor de su pequeño torso, abrazándola como a un animal de peluche.

Al momento siguiente, ya era de día.

Al abrir los ojos descubrí a Adelina enroscada a mi cuerpo. Su rostro descansaba sobre el hueco de mi hombro y parte de su cabello castaño estaba desparramado por mi pecho. Me rodeaba la cintura con el brazo, su manita subiendo y bajando sobre mi estómago cada vez que respiraba. Una esbelta pierna estaba encajada entre mis rodillas. Se aferraba a mí como si fuera su salvador, no el demonio malvado que realmente era. Ella no veía el mundo en blanco y negro. Sus experiencias traumáticas le habían enseñado que la vida era mucho más complicada que eso. A lo mejor yo era malo, pero no era el tipo de maldad del que ella tuviera que tener miedo.

La miré con párpados cargados, despertándome para escuchar el sonido de su suave respiración. A veces cambiaba de posición, movía el brazo a un sitio diferente sobre mis abdominales. Tenía los labios ligeramente entreabiertos y yo sentía su aliento cálido sobre la piel.

La miré mientras el sol se elevaba en el cielo e inundaba el dormitorio con la luz de la mañana. Ella solía despertarse al despuntar el día, y su cansancio me indicó que estaba destrozada de nuestro largo vuelo.

Como tenía trabajo que hacer, no podía continuar esperando para siempre. Me levanté, me di una ducha rápida y me marché a la base. Crow y yo habíamos mantenido una breve conversación telefónica justo antes de prepararnos para coger nuestro vuelo, así que no quedaba mucho que decir.

Aunque él estaba definitivamente cabreado.

Llegué a la base, me ocupé de algunos asuntos y luego me encontré a Crow en el edificio de montaje. Las armas terminadas se apilaban en estanterías, y había otras sobre mesas en el centro de la sala. Las estructuras estaban terminadas, pero había que terminar partes concretas del trabajo de

fabricación. Crow estaba en uno de los pasillos con las manos en los bolsillos. Estaba mirando fijamente la pared vacía que tenía delante. Permanecía completamente inmóvil, como una de las estatuas de Roma. Su pecho no subía ni bajaba por ninguna respiración. Su expresión no parecía diferente, porque siempre tenía el mismo gesto de consternación.

Pero yo sabía que ya no era el mismo hombre.

Recorrí el pasillo y me detuve al llegar a tres metros de él. Llevaba un traje negro porque claramente tenía la intención de dirigirse a las bodegas cuando hubiera terminado en el almacén. Le di la oportunidad de hablar primero, sólo para ver hasta qué punto estaba de mal humor.

Pero no habló. Ni siquiera me miró.

Aquel iba a ser un mal día.

—Qué pared tan fascinante, ¿eh? —Intenté mejorar el ambiente haciéndome el listo. Normalmente provocaba algún tipo de reacción en Crow. Observé una de las armas que había sobre la mesa, sopesándola entre las manos. Pasé el pulgar por el pulido tambor antes de devolverla a la mesa.

Crow volvió ligeramente la cabeza y me miró, pero su reacción fue exactamente la misma. No me ladró ningún insulto ofensivo, ni me animó a tirarme por un precipicio.

Ahora estaba preocupado de verdad.

—¿Qué es lo que ha hecho Pearl?

Él volvió a fijar la mirada en la pared.

Yo intenté tener paciencia y esperar a que Crow hablara cuando finalmente encontrara las palabras. Mi hermano era del tipo fuerte y callado, pero normalmente tenía alguna opinión. Debía de tener demasiados pensamientos en la cabeza como para conseguir ordenarlos. O la mandíbula tan tensa que no lograba desbloquearla para hablar.

Por fin, habló.

—Me ha traicionado.

Pearl era leal. Había arriesgado su vida para salvar la mía. Mi hermano

siempre decía la verdad, pero no le creí ni por un momento.

—¿En qué sentido? —En términos de fidelidad, tampoco iría contra Crow. Le era tan devota como el día que se casó con él. Yo no entendía por qué lo amaba, ni por qué había aceptado aguantarlo durante el resto de su vida, pero no dudaba de su amor.

Crow respiró hondo antes de contestar, como si pronunciar aquellas palabras exigiera toda su energía.

—Fue a ver a Tristan.

—¿A Tristan? —pregunté—. ¿Tristan el psicópata?

Asintió.

—Fue allí por su cuenta para ayudar a Adelina.

Las palabras se me clavaron en el cerebro y me vino a la mente una imagen de Pearl y Tristan, pero seguía sin poder creérmelo. Ninguna mujer estaba segura en sus dominios. Utilizaba a las mujeres como utilizaba las balas, desechándolas en cuanto las había usado.

—¿Se encuentra bien?

—Está perfectamente. —Cerró los ojos, lidiando con otra punzada de dolor—. Gracias al puto cielo. Si no hubiera sido mi mujer, Tristan la habría... —No llegó a terminar la frase, y yo sabía que no lo haría.

Me froté la sien, irritado con mi cuñada por ser una jodida idiota.

—La Virgen santa. ¿Qué le dijo?

—No tengo ni puta idea. No se lo he preguntado.

—¿No se lo has preguntado?

—Estaba demasiado ocupado dándole bofetadas. —De repente agarró la mesa y la volcó, enviando todo el material volando al suelo de cemento. Se agarró el cráneo con las manos como si se le estuviera derritiendo por culpa de una migraña—. No he estado más enfadado en toda mi vida. No podía ni mirarla. No podía pronunciar una puta palabra. Simplemente... salté. Le dije que no quería hablar con ella en una semana. Y no ha sido tan estúpida como para intentar hacerme cambiar de opinión.

—Entonces, a ver si lo entiendo... ¿Se marchó hasta Francia ella sola?

—Se metió en un avión en cuanto me marché a trabajar.

—¿Cómo ha descubierto todo eso?

Él sacudió la cabeza.

—Eso no importa, Cane. Fue hasta allí sin decirme ni una maldita palabra. Le dije que haría todo lo que pudiera por Adelina. Es una imbécil si se cree lo bastante inteligente como para encontrar un modo que yo no haya visto. Arriesgó su vida, arriesgó todo mi mundo, al ir allí. Es imperdonable. Jodida y completamente imperdonable.

Yo sentía un fuerte afecto por Pearl y admiraba su determinación, pero esta vez tenía que darle la razón a mi hermano. Sus acciones demostraban una candidez absoluta. Si Crow y yo no hubiéramos sido unos aliados formidables, Tristan le habría hecho cosas innombrables. Habría echado de menos a Bones... por absurdo que eso sonara. Me parecía que mi hermano reaccionaba exageradamente ante un montón de cosas, pero en esta ocasión, su furia estaba justificada.

—Por lo menos, está bien.

Dejó escapar un sordo gruñido.

—Eso no disminuye mi enfado. Si tanto quería hablar con Tristan, podríamos haber ideado un plan juntos. Yo podría haberme reunido con él. Podría haberlo llamado y ya está. Pero es tan arrogante que piensa que puede solucionarlo ella sola. Me cabrea mucho.

—Sí...

—Ahora, Tristan y sus hombres piensan que no soy capaz de controlar a mi mujer. Me da una vergüenza de la hostia.

Aquello tampoco daba buena impresión, desde luego.

—Y además, ahora ya sabe que queremos quedarnos con Adelina, y eso estropea cualquier posible jugada que pudiéramos haber hecho.

—De todas maneras, no íbamos a hacer ninguna jugada. —Yo iba a devolver a Adelina en dos semanas, y no había más que hablar. Intentaría que

sus dos últimas semanas de vida fueran bellas y significativas. Pero hasta ahí llegaba mi compasión. La única manera de salvarla era declarar una guerra de clanes contra Tristan, condenándome a mirar por encima del hombro durante el resto de mi vida. Por fin nos habíamos librado de Bones y recuperado la libertad. No estaba dispuesto a volver a esconderme entre las sombras... ni por ella, ni por nadie.

—¿Qué le dijo Pearl a Tristan?

—Ya te lo he dicho. —Rechinó los dientes—. No lo sé.

—Bueno, pues tenemos que averiguarlo. Si Tristan me llama y no sé nada sobre ello, voy a parecer gilipollas.

Crow asintió brevemente.

—Así que habla con Pearl, y dime lo que te cuente.

—Te he dicho que no nos hablamos.

Joder, aquella pelea era grave.

—¿No has hablado con ella desde que volvió a casa?

Sacudió la cabeza.

—Ni pienso hacerlo. No puedo...

No pregunté el motivo, porque ya conocía el razonamiento. Estaba tan cabreado ahora como el día que volvió a casa. Las personas calmadas no volcaban mesas con costoso armamento encima. Él no lograba mantener las manos quietas, ni su ira bajo control.

—Habla tú con ella.

Me quedé de pie junto a él y observé su perfil. Todavía no me había mirado a los ojos.

—¿Yo?

La última noticia que tenía era que no quería que me acercara a Pearl cuando él no estuviera presente.

—Sí. —Giró el cuerpo y me miró directamente a los ojos—. Tú.

—¿Y qué hay de todo aquel discurso sobre no estar a solas con ella?

—Ahora ya no me importa una mierda. Es obvio que no le preocupa su

seguridad. ¿Por qué coño me iba a importar a mí? —Pasó por delante de mí, su físico musculado con aspecto voluminoso dentro del traje a medida. Se disponía a volver a las bodegas, ahora que había terminado de gritar y romper nuestras cosas—. Cuéntame lo que te diga.

Yo ya había visto discutir a Crow y Pearl, pero nunca de aquella manera. Esto no era bueno.

—De acuerdo. —Si Crow realmente pensara que Pearl estaba en peligro, haría lo que fuera por mantenerla a salvo. Así que hacerme a mí hablar con ella no era más que la confirmación de lo que había estado deseando escuchar: que confiaba en mí cuando estaba con ella—. Te diré que tal va.

LARS ABRIÓ LA PUERTA, DEDICÁNDOME UNA LEVE INCLINACIÓN.

—Sr. Barsetti, el Sr. Barsetti no está aquí en estos momentos. Le haré saber que se ha pasado.

—No vengo a verlo a él. Vengo a ver a Pearl.

Lars continuó bloqueando el paso, sin comportarse como el mayordomo educado que solía ser. Mantuvo una mano en la puerta y esgrimió una sonrisa profesional carente de toda sinceridad. Las únicas veces que parecía sonreír de verdad era cuando hablaba con Pearl.

—Su Excelencia me dio instrucciones concretas sobre las visitas de la Sra. Barsetti. Estoy seguro de que ya lo sabe...

La última vez que había estado a solas con Pearl, a Crow le había dado un ataque.

—Sí, lo sé. Ha cambiado de opinión.

—Hasta que me lo diga él, tendré que pedirle que vuelva en otro momento.

—Venga, Lars. Ahora mismo no puedes estar hablando en serio.

Lars dejó de sonreír y cerró la puerta. Hasta echó el cerrojo.

Joder, vaya corte. Llamé a Crow, le conté lo sucedido y colgué.

Unos minutos después, Lars volvió a abrir la puerta.

—Entre, por favor, Sr. Barsetti. ¿Puedo ofrecerle alguna cosa?

Puse los ojos en blanco mientras entraba.

—Ahora no seas tan amable conmigo, después de cómo me has cerrado la puerta en la cara.

—Me limito a cumplir órdenes. —Continuó avanzando con los brazos a la espalda—. Prepararé algo para comer. La Sra. Barsetti no está comiendo últimamente. A lo mejor puede animarla a que lo haga. —Entró en la cocina y desapareció.

Yo busqué en la sala de estar del piso inferior, pero no la encontré. A continuación, me dirigí al patio, sabiendo que prefería sentarse fuera cuando hacía tan buen día como aquel. Allí estaba, sentada en uno de los divanes con unos vaqueros y una camiseta negra. Las gafas de sol sobre la nariz no ocultaban la tristeza escrita por todo su rostro. Hasta expuesta a la luz solar directa parecía pálida como un vampiro.

Yo me acerqué a ella despacio, con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Una parte de mí se sentía responsable por toda aquella pesadilla. Si no me hubiera traído a Adelina a casa, nada de todo esto habría sucedido.

¿Pero me hacía eso arrepentirme de ello? No.

Me senté en el diván que había a su lado.

Ella no giró la cabeza hacia mí. Probablemente sus ojos me habían detectado detrás de las gafas negras. De otro modo, habría demostrado algún sobresalto.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Me froté las palmas de las manos y me quedé mirando el anillo que llevaba en la mano izquierda. De color negro y con una calavera en el centro, simbolizaba un pasado que nunca olvidaría.

Pearl no dijo nada, tan callada como había estado Crow.

—En fin... ¿Qué tal van las cosas?

No me respondió. Ni siquiera se movió. No estaba del todo seguro de que estuviera respirando.

—Tan mal, ¿eh?

—¿Qué es lo que quieres, Cane?

—Sólo asegurarme de que estás bien.

—Bueno, pues no estoy bien. ¿Ahora qué? —Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Ahora el sol estaba directamente sobre nuestras cabezas y no le daba en los ojos. No llevaba nada de maquillaje y tenía los ojos hinchados y con los párpados pesados.

Me volví a frotar las palmas entre sí, masajeándome luego la muñeca.

—¿Puedo hacer algo?

—No.

—Pasará. Ya sabes cómo se pone Crow...

—Esta vez es diferente. —Se llevó las rodillas al pecho y se rodeó las espinillas con los brazos, enroscándose en una bola.

Ella tenía razón. Era diferente.

—No me mira. No me habla. Han pasado días... pero parecen años.

Pearl siempre veía el lado luminoso de las cosas, hasta cuando todo era oscuridad. Pero ahora mismo, parecía perdida entre las sombras. Me destrozaba verla de aquella manera. Hasta ver así de taciturno a Crow me hacía sufrir. Me recordaba a cómo solía ser antes de que Pearl entrara en nuestras vidas. Nunca se animaba realmente, no era más que un cadáver con un cerebro funcional.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿En qué estabas pensando?

—Ser condescendiente conmigo no me va a hacer sentir mejor.

—Pero en serio, ¿en qué pensabas? Si Tristan tiene esclavas, ¿cómo se te ocurrió pensar que era buena idea enfrentarse a él?

—Sabía que no me tocaría, porque soy la mujer de Crow.

—Por si se te ha olvidado, Crow te secuestró de casa de Bones. No hay ninguna razón por la que otra persona no pueda secuestrarte. Hay algo en ti

que te hace más valiosa que una bolsa llena de millones. Fue arriesgado. Sinceramente, fue una estupidez.

Ella mantuvo la vista al frente, sobre los viñedos.

—Soy consciente de ello. Gracias por recordármelo.

—Siempre estás corriendo riesgos estúpidos. Crow ha hecho la vista gorda casi siempre, pero esto ha sido demasiado. Sabes que la mayoría de las veces estoy de tu parte, pero esta vez... estoy de la suya. Arriesgaste innecesariamente tu vida y Crow y yo no habríamos podido salvarte. Sólo porque lleves el apellido Barsetti no eres invencible. A Vanessa la violaron y la asesinaron. A mí me han disparado tres veces. A Crow lo han chantajeado... La lista continúa. En todo caso, eres más vulnerable por ello, porque te hace más valiosa.

Bajó la mirada a sus pies, contemplándose los dedos dentro de las sandalias. Era un día cálido en las colinas, pero la ligera brisa secaba el sudor de nuestro cuello.

—No puedo dejar que una mujer sufra así. Va contra todo en lo que creo. Había una mujer que solía arreglarme para Bones, y yo la despreciaba por ello. No había una auténtica diferencia entre nosotras. Ella podría haber estado fácilmente en mi lugar, sólo con cometer un error. Y que mi encierro le pareciese bien... me daba náuseas. Si no salvo a Adelina, querrá decir que no soy mejor que ella.

Siempre que hablaba sobre su cautiverio con Bones, intentaba desentenderme de sus palabras. Quería mucho a aquella mujer, y saber que había sufrido me hacía sufrir a mí. Me hacía pensar en mi hermana pequeña, y en lo que había tenido que soportar antes de que por fin le dieran un tiro en la cabeza y su sangre cubriera a mi hermano como lluvia. Era mi trabajo protegerla... y había fracasado.

Crow también lo había hecho.

—Para mí tampoco resulta fácil, Pearl. No quiero que Adelina tenga que pasar por eso.

—Entonces no la lleves de vuelta. —Finalmente se giró hacia mí, mirándome por primera vez.

—Si eso fuera posible, lo haría. ¿Qué te dijo Tristan, exactamente?

Sus ojos volvieron a desviarse hacia el paisaje.

—Me ofrecí a comprársela, pero me dijo que no estaba a la venta.

Yo sabía que aquella iba a ser su respuesta, pero, aun así, sentí una punzada de desilusión. Me dolió más de lo que pensaba, deprimiéndome más de lo que ya estaba.

—Por supuesto que no lo está...

—Me dijo que sólo haría un intercambio... ella por mí.

Aquello era algo muy propio de Tristan.

—No le digas nunca a Crow que te dijo eso. —Sabía que mi hermano alcanzaría nuevas cotas de furia. Demolería su casa entera y la inundaría de gasolina antes de hacer con ella una inmensa hoguera. Nunca recuperaría la cordura. Los negocios dejarían de importarle. Tristan pasaría al primer puesto de su lista de venganzas.

—No tenía pensado hacerlo.

A pesar de lo repugnantes que eran las palabras de Tristan, no podía enfadarme demasiado. Pearl era la que se había metido en su guarida por cuenta propia. No pintaba nada allí, e indudablemente se había comportado como una sabelotodo en todo momento. El hecho de que no le hubiera puesto una mano encima era la prueba definitiva del respeto que nos tenía a Crow y a mí.

—Y esa no es una opción... Acéptalo.

—No podría ocupar su lugar aunque quisiera.

Por lo menos no había riesgo de que huyera.

—¿Te dijo algo más?

—Nada más que estupideces. Dijo que Adelina era su puta favorita, y que la echaba de menos. —Cerró las dos manos en puños—. Si hubiera tenido una pistola, le habría pegado un tiro.

—Y ahora estarías muerta, así que me alegro de que no te llevaras ninguna.

—Odio sentirme así —susurró—. Quiero sacarla de esta situación... Se merece algo mejor.

Adelina era una mujer excepcional con una fortaleza equiparable a la de Pearl. Su belleza tranquila, sus ojos espectaculares, el sonido de su voz... todo me resultaba hipnótico.

—Yo también desearía poder ayudarla. Pero no hay nada que podamos hacer. Tienes que olvidarte de ello y continuar con tu vida.

—Tiene que haber alguna cosa...

—A menos que me niegue a devolverla. Pero eso provocaría una guerra. Y dado que ya tiene mi envío de armas... no es el mejor momento para ello. Morirán hombres. Crow y yo seremos vulnerables. Tú serás vulnerable. No merece la pena.

Continuó con la mirada perdida en los campos y aspecto solemne.

—¿Entonces qué le pasará a ella?

—Sufrirá... y luego morirá.

—Yo preferiría morir y ya está en vez de eso.

Consideré contarle a Pearl lo que le había ofrecido a Adelina. Las pastillas de cianuro le provocarían un ataque al corazón. Dolería, pero terminaría pronto. Parecería una muerte natural, que el estrés por el trato que le dispensaban había logrado que se derrumbara. Y después todo acabaría. Finalmente sería libre.

Me sentía enfermo.

—Es muy doloroso —susurró—. Me duele mucho ser libre y que ella no lo sea.

—Tú tuviste suerte, Pearl. Si Crow no se hubiera enamorado de ti, quién sabe lo que habría sucedido.

—Sí, tengo mucha suerte. O al menos la *tenía*.

—Terminará por ceder —repetí yo—. Siempre lo hace.

—Lleva días sin mirarme ni dirigirme la palabra. Mi propio marido no quiere saber nada de mí...

Bajé la vista al suelo.

—Pero yo también estoy enfadada con él, así que tampoco es como si quisiera que me hablase.

¿Estaba enfadada con él? No pensaba que tuviera derecho a estarlo. Era ella la que había salido corriendo y se había puesto en peligro.

—¿Qué hizo?

—Cuando regresé de ir a ver a Tristan... se le fue la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Me abofeteó.

Arqueé una ceja.

—¿Y?

—¿Y? —respondió ella—. Soy su mujer, no su prisionera. No puede tratarme de esa manera.

—Te metiste directamente en la boca del lobo. Tenía que castigarte para que aprendieras de tus errores. Si quieres saber mi opinión, debería haberte dado algunas bofetadas más.

Pearl me miró como si estuviera a punto de clavarme un cuchillo en el cuello.

—¿Disculpa?

—No escuchas. Te pones en riesgo constantemente. ¿Cuándo aprenderás? Eres como una niña a la que hay que darle unos azotes. Pero dado que te gusta recibir azotes, tuvo que hacer algo más drástico.

—No me pongo en riesgo constantemente.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunté—. Te fuiste tú sola de compras a Florencia.

—No me puedo creer que te lo contara.

—Y también ocupaste mi lugar con Bones, dejando a Crow sin darle la oportunidad de hacer nada al respecto.

—Ambos sabemos que me habría detenido.

—Y tendría que haberlo hecho —salté yo—. Fue una decisión estúpida.

Me miró fijamente con ojos agresivos, afilados como puñales.

—Estás vivo por esa decisión estúpida. De nada, por cierto.

—Pero no merecía la pena correr el riesgo por mí. Deberías haberme dejado morir, Pearl.

Ella negó con la cabeza.

—Y ahora sales con esto. Evidentemente, en ti es un patrón.

Desvió la mirada, ignorándome.

—Sé que no quieres escucharme ridiculizar tus decisiones, pero tengo que ser sincero. Vivimos en un mundo peligroso. Tienes que tener más cuidado. No lo digo sólo como el hermano de Crow... también lo digo como hermano tuyo.

Su expresión irritada se desvaneció por fin, y sus rasgos se suavizaron. Se volvió hacia mí, mirándome con sus ojos azules, claros y sinceros. Su hostilidad había terminado por evaporarse como agua en una sartén caliente, su vapor elevándose por encima de nuestras cabezas y dirigiéndose a alguna otra parte.

—Lo sé, Cane.

PEARL

CINCO DÍAS LLEGARON Y PASARON.

Crow y yo no nos hablamos el uno al otro. Comíamos en habitaciones diferentes. Yo dormía en el dormitorio principal, y él en un dormitorio de invitados del segundo piso. Lars había trasladado toda la ropa de Crow al dormitorio de invitados, para que no tuviera ningún motivo para entrar en el dormitorio que compartíamos. La tensión parecía aumentar a cada día que pasaba, más que aplacarse.

La situación estaba empeorando.

Yo estaba cansada de que me castigara con su silencio. Que me ignorara me ponía enferma. Prefería mil veces escucharlo gritándome que verle fingir que yo no existía.

Lo peor era la soledad.

Me había dicho que no quería hablar conmigo durante una semana entera. Sólo habían pasado cinco días, así que todavía tendría que esperar un poco más. Ya que nunca lo escuchaba, decidí hacerlo por esta vez. Los últimos días se me habían hecho cuesta arriba, sin poder comer ni dormir. Sin su olor en las sábanas, no lograba pegar ojo. No compartir mis comidas con él me hacía perder el apetito. Me sentía como si hubiera perdido toda mi vida, más que a mi marido.

Al octavo día, lo esperé al pie de las escaleras. Tendría que pasar por

delante de mí si quería llegar a su cuarto, y de ningún modo me ignoraría ahora. A las cinco en punto, dejó el coche con el aparcacoches y entró.

Lars lo saludó y cogió su abrigo.

—Buenas tardes, Excelencia. La cena estará lista en una hora.

Crow asintió brevemente por única respuesta. Se desabrochó los puños de la camisa mientras se acercaba a mí. Dio tres pasos antes de darse cuenta de que yo estaba allí de pie. No redujo la marcha, pero sus ojos se oscurecieron visiblemente.

Seguía iracundo.

Se arremangó la camisa hasta los codos y se detuvo al pie de la escalinata. Yo estaba en el último escalón, pero él seguía siendo más alto que yo. Su camisa color crema y su corbata azul pálido contrastaban con la oscuridad de su pelo y sus ojos. Aunque estaba sonriendo, seguía teniendo un aspecto imponente. Era oscuro como las sombras, constantemente consumido por la noche. Me miró con cruel indiferencia, sin atisbo de afecto.

Ahora que lo tenía delante, no sabía por dónde empezar.

Crow excusó mi silencio rodeándome y dirigiéndose hacia las escaleras.

¿Habían sido aquellos siete días más fáciles para él que para mí?

Me di la vuelta y lo seguí, pisándole los talones hasta que llegamos a su dormitorio. Entró y se desabrochó la camisa, preparándose para meterse en la ducha, como solía hacer justo después de llegar del trabajo.

Yo entré y cerré la puerta detrás de mí.

Él se dio la vuelta y se sacó la corbata del cuello de la camisa. Tenía la camisa abierta, revelando su físico bronceado y musculoso. Los músculos de su pecho eran gruesos y duros como el cemento. Su estómago cincelado desaparecía en su cintura, dejando entrever la V que se formaba hacia sus ingles.

Su sensualidad no me distrajo, pero verlo casi descamisado me hizo echarlo de menos aún más. Yo solía dormir justo encima de su pecho todas las noches. Ahora ni siquiera dormíamos en el mismo piso de aquella

mansión.

Crow no habló, lo cual era algo normal en él. Pero en estos momentos, me sacó de mis casillas. Deseaba que me dijera lo que se le pasara por la cabeza para poder saber en qué pensaba.

—Di lo que hayas venido a decir. Si no, me voy a meter en la ducha.

Jodido capullo.

—¿Para ti ha sido fácil esta semana?

—No. —Se quitó la camisa y la dejó caer al suelo.

Echaba de menos hasta recoger sus cosas.

—Pero es porque hoy estoy tan cabreado como hace una semana.

Crucé los brazos delante del pecho, negándome a permitir que me intimidara.

—Te dije que estaba intentando ayudarla. Mis intenciones eran buenas.

—Me importa una mierda cuáles fueran tus intenciones. ¿Te haces una idea de lo que me habría sucedido a mí si te hubieran capturado?

—Pero no lo hiciero...

—Mi vida entera habría terminado. —Avanzó un paso hacia mí, con los ojos oscuros ardiendo como brasas—. Todo aquello por lo que he trabajado habría dejado de tener significado. Tendría que matar a Tristan y a todos sus hombres en represalia. Probablemente perdiese la vida en el proceso. Cane también. E incluso si sobreviviera, me atormentarían las cosas crueles y horribles que te estarían haciendo. Tendría que sufrir todos los días hasta recuperarte. Y aunque te recuperase, habría sufrido de todos modos. Sólo porque Bones esté muerto no quiere decir que mis pesadillas se hayan acabado. —Era la primera vez que pronunciaba aquel nombre desde su muerte, no andándose ya con miramientos por mis sentimientos—. A veces no puedo ni respirar, Pearl. A veces pienso en lo que te hizo y se me encoge el pecho. —Se acercó aún más, su volumen haciéndome dar un paso atrás—. No muestro esta cara de mí cuando tú estás cerca. Cojo el coche y me doy una vuelta por el campo, sufriendo en mi propio cautiverio porque sé que tú

no puedes ayudarme. Sólo te haría sentir a ti tan mal como me siento yo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me negué a dejarlas caer.

—Y después empiezo a pensar en Vanessa... en cómo no pude salvarla.
—Me señaló con un dedo al pecho—. Pero te salvé a ti. Tú ocupaste el vacío que ella dejó al marchar. Me haces sentirme cuerdo, sentirme entero. A pesar de la carga de tu pasado, me completas. Y si perdiera eso... no me quedaría nada. Esta casa no es nada sin tenerte a ti para compartirla. Mi vida no es nada sin tenerte a ti para compartirla. ¿Cuándo lo vas a entender, Pearl?

Mis ojos se movieron de un lado a otro mientras contemplaba los suyos.

—Cogiste un cuchillo y me apuñalaste con él. Me arrancaste el corazón del pecho y lo pisoteaste. Me faltaste al respeto, me humillaste. Arriesgaste lo único sin lo que no puedo vivir. Todo lo que deseo es mantenerte a salvo y protegerte. Pero tú escupes en ello cada vez que tienes ocasión. No me pidas disculpas porque no te voy a perdonar, Pearl. Esta vez no.

—No me estaba disculpando...

Sus ojos se estrecharon hasta emitir la mirada más agresiva que había visto nunca.

—Piénsalo bien antes de hablar, Pearl. Piénsalo muy bien...

—Estaba intentando salvarla.

—Y arriesgaste mi vida para hacerlo.

—No, no lo hice.

—Arriesgaste tu vida, que es lo mismo que arriesgar la mía —dijo furioso—. Somos una sola persona, Pearl. —Levantó un dedo mientras me miraba—. Me dijiste que esto era importante para ti, así que intenté idear un modo de hacer que funcionara. Pero no había solución. Te comportas como si no lo hubiese intentado.

—Sé que lo hiciste... pero yo quería intentarlo con más ganas.

—Esa mujer es una desconocida. Arriesgaste nuestras vidas enteras por una persona a la que ni siquiera conoces.

—No es una desconocida. Es un ser humano.

Él dio un paso atrás y suspiró, intentando controlar su enfado. Se le tensó la mandíbula y sus ojos adquirieron un aspecto aterrador.

—Entonces, ¿somos iguales? ¿Tu marido y cualquier persona desconocida tienen el mismo valor para ti?

—Yo no he dicho eso.

—Tienes razón, no lo has hecho. Pero es lo que me demostraste al arriesgarlo todo por ella. —Se dio la vuelta y se pasó la mano por la barba incipiente de la mandíbula. Su espalda subía y bajaba con rapidez, mientras se esforzaba al máximo por mantener su ira bajo control—. Sal de aquí, Pearl. Ya no quiero seguir hablando contigo.

—No puedes limitarte a seguir ignorándome.

—Puedo hacer lo que me dé la puta gana. —Se dio la vuelta, más lívido que antes—. Si no quieres recibir una bofetada, es mejor que te vayas.

—No me hables así.

—Pues no me traiciones —rugió él—. Tampoco pido demasiado, Pearl.

—Me debes una disculpa.

Él levantó una ceja.

—¿Qué *yo* te debo a *ti* una disculpa? —Inclinó ligeramente la cabeza—. ¿Te has vuelto loca?

—No tendrías que haberme pegado así.

Por un solo instante, sus ojos se ablandaron. Pero su gesto de furia volvió tan rápidamente que no estaba segura de haberlo visto de verdad.

—Tú no respetas nuestro matrimonio. ¿Por qué debería hacerlo yo?

—Crow, no lo hice por nosotros. Lo hice por esa pobre muje...

—Entonces tienes que empezar a ponernos primero. Es así de sencillo. Soy tu marido. Siempre debería encabezar tu maldita lista de prioridades. —Se sacó el cinturón de las presillas de un tirón y lo dejó caer al suelo—. Sal. Ahora mismo no quiero ni mirarte.

—Crow...

Me cogió por el cuello e hizo fuerza. Su apretón era firme, pero no me

impedía respirar.

—Que. Salgas. —Dejó caer la mano y entró en el cuarto de baño, estampando la puerta en mi honor.

Cuando se abrió la ducha, permití que la humedad de mis ojos se convirtiera en lágrimas. Permití que se derramasen por mis mejillas, sucumbiendo a la desesperación.

DABA LA IMPRESIÓN DE QUE AHORA MISMO LAS COSAS ESTABAN PEOR QUE nunca.

Lamentaba haberlo herido, haberle provocado el tipo de dolor que me había descrito, pero no podía disculparme por ser quien era. No estaba en mi naturaleza quedarme a un lado y no hacer nada mientras una persona inocente sufría. No podía dejarlo hasta haber intentado todas y cada una de las posibilidades. Si Crow y Cane se hubieran rendido conmigo así de fácilmente, ya no estaría viva.

Hubiera deseado que él lo entendiera.

Aquella noche también dormí mal. Me preguntaba si Crow estaría durmiendo mejor. Antes de mi llegada era un insomne que solía beber *whisky* hasta desmayarse por el alcohol.

No quería que volviese a aquello.

Desayunó en el comedor, el mismo lugar en el que solíamos desayunar juntos todas las mañanas. Lars había estado trayéndome la bandeja directamente a mi habitación, y tomaba mis comidas en la terraza.

Pero ese día, entré en el comedor.

Crow llevaba un traje impecable y corbata, y tenía el periódico abierto delante de él. Estaba comiendo lo mismo que comía siempre, claras de huevo con espárragos. Tomaba el café solo, oscuro como él. Apenas levantó la vista cuando entré. Me echó un vistazo, pareció aburrido, y volvió a posar la

mirada sobre el periódico.

No quería discutir. Estaba allí para dar un paso en la dirección adecuada. A pesar de su frialdad y de su crueldad, lo amaba tanto que me dolía. No podía ni imaginarme una vida sin él. Sería igual que cuando volví a Manhattan: vacía de todo sentimiento.

—Hoy voy a ir a casa de Cane para pasar un rato con Adelina. ¿Te parece mal? —Aquellas palabras me hicieron daño en la boca, tener que pedir permiso, cuando no debería haber tenido que pedir nada. Pero aquellas acciones significarían mucho más para él que una disculpa.

Elevó rápidamente la vista del periódico y me contempló con otros ojos. No eran fríos, ni crueles. Parecían los mismos con los que me miraba todos los días.

—No, no me parece mal. —Terminó de hablar, pero no volvió a dirigir la vista al periódico. Su mirada me estaba reservada.

Cuánto la echaba de menos.

—¿Puedo coger uno de los coches? ¿O prefieres llevarme? —Esas preguntas no fueron tan difíciles de hacer. Cuando le daba lo que quería, respondía positivamente. Estaba más guapo cuando no se mostraba tan agresivo.

Tenía ambos brazos sobre la mesa, dejando a la vista sus relucientes gemelos de plata. Aquella mañana se había puesto una corbata amarilla, en contraste con el traje oscuro. Tenía el pelo pulcramente peinado, pero todavía no se había afeitado. Tenía la barba poblada, más de lo que se la había visto nunca.

—Yo te llevo. Pero preferiría teneros a las dos en las bodegas. ¿Te parece mal?

En vez de exigir algo fríamente y esperar que obedeciera a ciegas, también ponía de su parte. Cuando le daba lo que quería, él me daba lo que quería yo a cambio. No podía quejarme.

—No.

Volvió a coger el periódico.

—Me voy en quince minutos.

—Vale. —Sabía que la conversación había terminado, así que me di la vuelta.

—Botón.

Me paré en seco y sentí las lágrimas acudiendo a mis ojos. No me había llamado así en más de una semana, que me había parecido una eternidad. Me quedé allí quieta, saboreando su tono tanto como el propio apelativo.

—¿Hmm?

—Gracias.

CROW CONDUJO ATRAVESANDO LOS CAMPOS DE CAMINO A CASA DE CANE, evitando el tráfico de las calles más transitadas. El camino panorámico era mejor, de todos modos. Me daba la impresión de que éramos las únicas dos personas en aquella preciosa tierra.

Conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en el cambio de marchas. Miraba directamente al frente, sin dedicarme más que alguna mirada de reojo. Su silencio no era tan tenso, ni tampoco abiertamente hostil.

No intentamos mantener una conversación.

Estaba mirando por la ventana, sin saber cómo hablar con mi propio marido. Sabía que seguía cabreado conmigo. De otro modo, me habría dado la mano durante el trayecto. Ya no sentía deseos de gritarme, pero nuestra discusión no era ni mucho menos agua pasada.

Entramos en la rotonda de entrada y Crow tocó el claxon.

Adelina salió un momento después, vestida con unos vaqueros negros y un top blanco. Llevaba el pelo en rizados sueltos, así que tenía acceso a unas tenacillas. A lo mejor se las había comprado Cane. Se introdujo en el asiento de atrás y se puso el cinturón.

—Buenos días.

Crow fue mucho más amable con ella de lo que había sido conmigo.

—Buenos días, Adelina.

Estuve a punto de fulminarlo con la mirada.

—Hola. ¿Lista para otro día en las bodegas?

—Sí. —Miraba por la ventana mientras Crow se alejaba de la casa—. Estoy emocionada. Aquello es muy bonito. No es que esto no lo sea... pero me siento sola cuando no está Cane.

Aquello implicaba que lo echaba de menos en su ausencia. Me recordó a mis sentimientos por Crow al principio de nuestra relación. Él era mi captor, pero a mí no me gustaba no tenerlo cerca. Eran unos sentimientos difíciles de entender.

Crow se dirigió a las bodegas, encendiendo la música y poniendo algo en italiano. Entendí alguna palabra aquí y allá, pero dado que tanto Crow como Lars me hablaban en mi propio idioma, no había tenido demasiada necesidad de aprenderlo.

Unos minutos después, llegamos a las bodegas y salimos del coche.

—Si necesitáis algo, me lo decís. —Crow se despidió de nosotras y entró en su despacho. No me dio un beso de despedida como solía hacer. Se marchó, tratándome como si no fuese nada especial.

Dolía.

Adelina no se dio cuenta de la tensión.

—¿Qué hacemos primero?

AL TERMINAR LA ÚLTIMA DEGUSTACIÓN DE VINO PARA LOS TURISTAS, cerramos por aquel día. Yo lavé las copas de vino mientras Adelina les ponía el corcho a las botellas y las devolvía a la pequeña nevera. Tapamos el pan y el queso sobrante, guardándolos para el día siguiente. Casi todos los turistas

hablaban inglés, y parecía gustarles encontrar a alguien que hablase tan bien su idioma. En muy pocas ocasiones habíamos tenido visitantes que sólo hablaban italiano, y no inglés. En esos casos, le pedía a uno de los trabajadores que me ayudara.

—¿Va todo bien? —Adelina secaba las copas de vino con un paño y después las colocaba en el estante.

—Sí. ¿Por qué? —Envolví el queso en papel de plata antes de meterlo en una bolsa hermética de plástico.

—Crow suele venir unas cuantas veces durante la jornada. Pero hoy no se ha pasado ni una vez. —Estaba en el otro extremo de la barra, con la mirada concentrada en sus manos.

Era más observadora de lo que yo había pensado.

—Estamos... Estamos en medio de una pelea ahora mismo.

—Oh... Siento oír eso.

—Gracias.

—Pero sea lo que sea, estoy convencida de que lo solucionaréis.

—¿Por qué lo dices? —Adelina no nos conocía demasiado bien. Apenas conocía a Cane, dado que sólo llevaba viviendo con él unas semanas.

—Se ve lo enamorado que está de ti. Y tú pones la misma expresión por él. —Me dedicó una sonrisa antes de guardar las copas en el armario. Las mesas del almacén estaban cubiertas de trozos de comida y manchas de vino, así que las limpió todas con una bayeta húmeda.

Yo deseaba que tuviera razón.

—Sí... Estoy segura de que lo arreglaremos.

—¿Te importa que te pregunte por qué habéis discutido? —Tiró todas las migas al suelo antes de meter el paño en el cesto de la ropa sucia.

Cane seguramente se lo iba a contar de todas maneras, así que no tenía sentido ocultárselo. Terminé de recogerlo todo y me senté en el primer sitio que encontré en el vestíbulo. El sol se derramaba por las laderas de las colinas. En una hora atardecería.

—Pues... Fui a ver Tristan a Francia.

Adelina palideció al escuchar aquel nombre. Después de permanecer inmóvil durante varios segundos, se acercó lentamente hasta mi mesa y se sentó en la silla que había frente a mí.

—¿Fuiste tú sola?

—Sí. Pensé que podría encontrar un modo de liberarte.

Estaba sobrecogida por la emoción y los ojos se le llenaron inmediatamente de lágrimas.

—Pearl... No sé qué decir.

—Pero no quiso negociar conmigo. Me ofrecí a comprarte, pero me dijo que no estabas a la venta.

—Espero que no te hiciera daño.

—No, no me tocó. No se arriesgaría a hacer enfadar a Crow.

—Fue muy peligroso, Pearl. No deberías haberlo hecho.

Ya era la tercera persona que me lo decía.

—Crow piensa lo mismo. Por eso está cabreado conmigo. Le alteró que me arriesgara así.

—No puedo culparlo. Cuando un hombre ama a una mujer, hace todo lo que pueda para protegerla.

—Supongo. Está enfadadísimo... —No pensaba contarle los detalles de las peleas que habíamos tenido. La pobre chica no necesitaba saber aquello.

—Es muy apasionado. Es mejor que un hombre se obsesione contigo a que se muestre indiferente.

Yo había aprendido aquello no hacía mucho.

—Y Tristan es un psicópata. Así que me alegro de que no te hiciera nada. Sé que tú entiendes lo que es que te... ya sabes... pero él es horrible. Un monstruo absoluto. Ninguna mujer debería verse sometida a eso.

—Exacto, y ese es el motivo por el que quiero salvarte a ti.

Ella estiró los brazos por encima de la mesa y tomó mi mano entre las suyas.

—Te lo agradezco, Pearl. De verdad que sí. Tú y Crow sois tan amables... y Cane también. He tenido mucha suerte de haberos conocido a todos, de haber recibido estos treinta días para estar tranquila...

Seguía siendo una prisionera, pero se consideraba afortunada. A lo mejor Cane sí que la estaba tratando bien de verdad.

—Pero no permitas que esto te altere. No cargues ese peso sobre tus hombros. Has hecho todo lo que has podido por ayudarme, pero no hay nada que se pueda hacer. Si Lizzie no continuara prisionera, las cosas serían diferentes... pero no le puedo dar la espalda. —Adelina me dio un apretón en la mano antes de apartar las suyas—. Vosotros tres ya habéis hecho bastante... en serio.

Me estaba consolando ella a mí, en vez de yo a ella. No era ningún misterio por qué Cane estaba tan encandilado con ella.

—Intentaré recordarlo.

Después de apartar las manos, se reclinó en la silla.

—Cane ha hecho tanto por mí. Es algo brusco y agresivo, pero hay un gran hombre debajo de toda esa armadura. Me ha estado llevando a hacer turismo, me ha llenado con más comida de la que puedo comer, y... —Respiró hondo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Yo esperé al borde de mi asiento.

—Me llevó a ver a mis padres... para que pudiera despedirme.

¿Que hizo qué?

—¿Dónde viven tus padres?

—En Carolina del Sur.

¿Cane la había llevado hasta Estados Unidos para que pudiera ver a su familia? ¿Cuándo había hecho aquello? ¿Por qué había hecho aquello?

—Me dijo que no podía llamarlos. Los teléfonos están pinchados y es demasiado peligroso. Pero me llevó a su casa en mitad de la noche para que pudiera estar un rato con ellos... y poder contarles lo que me había sucedido. No quería que vivieran el resto de sus vidas sin saber... y Cane me dio la

oportunidad de hacerlo.

No lograba articular nada ni remotamente coherente. Cane había volado con ella hasta Estados Unidos, arriesgándose a ser atrapado por la policía, sólo para darle algo que ella le había pedido. Sus padres bien podrían haber llamado a la policía. Había arriesgado el cuello de verdad por esta mujer.

—Al menos pudiste verlos...

—Sí. Nunca podré agradecer bastante a Cane su amabilidad.

—¿Aunque sea un criminal y te esté utilizando durante treinta días? —No estaba siendo considerada ni educada, pero me parecía que Cane no tenía que recibir más alabanzas de las merecidas.

Ella consideró su respuesta durante largo tiempo antes de hablar.

—No estoy diciendo que Cane sea un santo, pero nunca me ha obligado a hacer nada que no quisiera hacer. No me hace daño. Habla conmigo. Dice que me liberaría si pudiera... es el modo más lujoso de ser una prisionera.

ADELINA

CROW ME DEJÓ en casa y yo entré.

Cane estaba en la cocina, cuidando de lo que tenía al fuego mientras el vapor subía hacia el extractor. Llevaba una camiseta y unos vaqueros negros, y tenía justo el aspecto que me imaginaba que tendría un criminal... aunque sin todas las cicatrices.

—¿Qué es esto? —Cane y yo no nos habíamos acostado desde nuestra vuelta de Carolina del Sur. Yo había estado demasiado emotiva para el sexo y Cane debió de darse cuenta, porque no hizo ningún avance.

Era afortunada de que le importara siquiera.

Cane bajó el fuego al mínimo y después se secó las manos con un trapo.

—La cena.

—¿Has cocinado?

—Ahora que eres una mujer trabajadora, tenía que estar a la altura.

—Esgrimía una sonrisa juguetona al mirarme, asegurándome que no pasaba nada porque yo estuviera todo el día fuera mientras él estaba trabajando.

—Qué sorpresa tan agradable.

Lo sirvió todo en dos platos y dejó los cacharros en el fregadero. Nos sentamos en el comedor, frente al enorme ventanal de secuoya que miraba los viñedos a lo lejos. El sol casi se había puesto y los pájaros piaban fuera. Nos bebimos una botella de vino Barsetti con la comida.

Cane estuvo prácticamente todo el tiempo mirándome, masticando lentamente con los ojos pegados a mí. Se había afeitado aquella mañana, por lo que no tenía vello en la barbilla. Me gustaba el aspecto afeitado, pero también cuando le estaba saliendo la barba. Conseguía resultar atractivo de cualquier modo.

—¿Qué tal en las bodegas?

—Bien. Ayudé a Pearl con las degustaciones.

—¿Entra mucha gente?

—Muchísima. Casi todo son turistas.

—No creo que sean demasiado aficionados al vino. Me parece que simplemente les encanta la finca.

—Es preciosa. —Hice girar la copa que tenía en la mano—. Pero creo que el vino es delicioso.

—Supongo que simplemente ya estoy acostumbrado.

—No. Lo que pasa es que te encanta meterte con tu hermano en cuanto puedes. —Le sonreí, indicándole que estaba tomándole el pelo.

Él se encogió de hombros y siguió comiendo.

—Hoy parece estar de buen humor.

Yo no había hablado demasiado desde que habíamos vuelto a Italia. Necesitaba algunas noches de sueño antes de poder volver a un estado de calma. Ver a mis padres me había vuelto más emocional de lo que podía soportar.

—Ha sido agradable salir de casa.

—¿Pearl te hace compañía?

—Sí, pero ella y Crow están peleados ahora mismo.

Cuando Cane no respondió a mis preguntas al respecto, di por sentado que quería decir que ya estaba enterado del asunto.

—¿Te ha dicho que ha hablado con Tristan?

Él asintió y continuó comiendo.

—No puedo creer que hiciera una cosa semejante.

—Se comportó como una imbécil. No te lo voy a negar.

—Tampoco la llamaría imbécil...

—Es una chica dura, pero se cree más fuerte de lo que realmente es. Su exceso de ego casi ha conseguido que la maten unas cuantas veces. No culpo a Crow por enfadarse. Yo me sentiría igual si mi mujer hiciera algo tan temerario.

Imaginármelo con esposa me puso triste de repente. Si sentaba la cabeza y se casaba algún día, yo ya estaría muerta y olvidada... probablemente hacía años. Él la amaría, tendría hijos con ella, y los dos envejecerían en aquella enorme y preciosa casa.

Era el tipo de futuro que yo nunca tendría. Me iba a perder tantas cosas, cosas que nunca había tenido la oportunidad de experimentar. Se me quitó el apetito, pero continué comiendo para que no se notara que aquella afirmación me había dolido. No estaba celosa de que fuera a estar con otra mujer. Sólo me entristecía que él fuese a continuar con su vida... y yo fuese a morir en aquella celda con una pastilla de cianuro en el estómago.

—¿Va todo bien?

A lo mejor no disimulaba tan bien como había pensado.

—Sólo que espero que los dos lo solucionen.

—Por eso no te preocupes. Pearl puede hacer cualquier cosa, y Crow se lo perdonará. No porque sea un pusilánime, sino por lo enamorado que está de ella. No lo dice demasiado, pero resulta jodidamente evidente siempre que están juntos en una habitación.

—Qué bonito...

—Yo supe que la amaba incluso antes que él mismo. —Cane dejó el plato limpio, comiéndose hasta el último bocado como si no hubiera desayunado ni comido.

Yo comí algunos bocados más, pero fue todo lo que mi estómago consiguió aceptar.

Cane miró mi plato, todavía medio lleno.

—¿Ya no quieres comer más?

Yo sabía que él estaba intentando engordarme a propósito. En cuanto volviera con Tristan, pasaría hambre a todas horas. A Tristan no le gustaría verme con más kilos, así que probablemente me mataría de hambre a conciencia.

—Estoy bastante llena.

Cane no me presionó.

—Te lo guardaré. —Tomó ambos platos y metió mis sobras en un envase de plástico.

Yo me acerqué al fregadero y lavé los platos.

—¿Qué estás haciendo?

Lo miré por encima del hombro, viendo su gesto severo.

—Sólo estoy intentando ayudar.

—Las doncellas se ocuparán de ello por la mañana. No te preocupes por eso.

—¿Tienes doncellas? Pensaba que mi trabajo era cocinar y limpiar.

—Bueno, pues has sido ascendida. —Se acercó a mí y cerró el grifo del fregadero—. Ahora sólo tienes un trabajo en esta casa, y no es ni cocinar ni limpiar.

ESTABA SENTADO A MI LADO EN EL SOFÁ, DISFRUTANDO DE SU *WHISKY* mientras veía las noticias italianas. Me rodeaba los hombros con un brazo y tenía las rodillas completamente separadas. A través de los vaqueros se percibían los músculos de sus muslos. Dio un sorbo de *whisky*, me miró de reojo, y después volvió a mirar la televisión.

—¿Qué te gustaría ver mañana?

—¿Que qué me gustaría ver?

—¿Cualquier otra parte de Italia?

—Cane, no es necesario que continúes faltando al trabajo por mí. —Ya había hecho suficiente—. Me gusta ir a las bodegas con Crow y Pearl.

—No me importa. Llevo mucho tiempo sin tomarme vacaciones. Así que dime.

—Em... Siempre he querido ver Siena.

—Entonces iremos mañana.

—Bueno, pues... gracias. A lo mejor Pearl y Crow también podrían venir.

—No. Si yo no estoy, Crow tiene que estar disponible para hacer frente a cualquier posible desastre.

—¿A qué tipo de desastres os enfrentáis? —pregunté.

Él dio un largo trago a su *whisky*.

—Personas que piensan que pueden derrumbar los precios o meterse en nuestro terreno. Cosas así.

Yo asentí, aunque no lo entendí del todo.

—¿A qué hora quieres que nos vayamos?

—A primera hora de la mañana. Quiero llegar antes que los turistas. —Cogió el mando a distancia y apagó la televisión—. Vámonos a la cama.

Lo seguí al piso superior y entramos en el dormitorio. Era una noche fresca, por lo que Cane se arrodilló ante la chimenea y empezó a encender un fuego. En su dormitorio no tenía televisión, pero sí que había una en la mayoría de las otras habitaciones. Todas mis cosas estaban guardadas en mi dormitorio al otro lado del pasillo, pero había dado por hecho que me quería junto a él. No lo habíamos hecho en las últimas noches, pero él esperaba que durmiéramos juntos.

Yo me cambié de ropa y saqué una de sus camisetas de algodón del cajón. Probablemente me la iba a quitar de todas maneras, pero al menos ya la tenía a mano. Abrí la cama y me acosté.

Cane se lavó las manos en el cuarto de baño antes de volver. Apagó todas las luces, para que el fuego crepitante fuera la única iluminación del cuarto.

El calor fue llenando lentamente la estancia, alcanzando los cuatro rincones y ahuyentando el frío.

Él se desnudó del todo, dejando caer al suelo los bóxers junto con todo lo demás, y después se metió en la cama. La luz de las llamas le lamía la piel, resaltando la definición de sus brazos y sus hombros.

Se puso cómodo a mi lado, pero no me agobió con su afecto masculino. Sus potentes brazos no formaron una jaula de acero en torno a mi cuerpo. No calentó mi lado de la cama con su sistema de calefacción personal.

Yo lo contemplé con las sábanas hasta los hombros, preguntándome qué estaría pensando. Su mandíbula cincelada estaba firmemente encajada y sus ojos verdes no revelaban nada. Me miraba sin pestañear, y su pelo cambió de forma al poner la cabeza en la almohada.

No parecía estar cansado, a juzgar por la aguda mirada que me dirigía, pero tampoco empezó una conversación, ni me tocó. Se limitó a quedarse quieto y mirarme.

Yo sabía que todo aquello tenía que ver con nuestro viaje a Carolina del Sur. Él había dado por sentado que yo no estaba preparada, que mis emociones estaban demasiado desbordadas como para sentir un anhelo entre las piernas. Su contención revelaba su amabilidad. Yo podría estar sangrando y Tristan no se preocuparía por mis sentimientos. Tomaba lo que quería como si toda mi vida le perteneciera. Pero Cane me dio poder en cuanto estuve en sus manos. Podía hacer lo que quisiera... y los dos lo sabíamos. Ni siquiera tenía que acostarme con él, y no me enviaría de vuelta.

Era una mujer con mucha suerte.

Cane vendía armamento ilegal a sus clientes y tenía un poder secreto sobre toda Italia. Él y su hermano se codeaban con los personajes más desquiciados, hombres tan malvados que ni siquiera la policía era rival para ellos. Yo había visto aquel tipo de crueldad salvaje, había caído víctima de ella personalmente. Ahora que sabía el aspecto que tenía la maldad, no la encontré en Cane.

En absoluto.

Era mi amigo, mi confidente. Era mi lugar seguro. Sabía que pensaría en él cuando las manos de Tristan se cerraran alrededor de mi cuello. Cuando las cosas se pusieran realmente duras, pensaría en cómo me miraba Cane... justo igual que ahora.

Y cuando me tomara aquellas pastillas, pensaría en él hasta que la oscuridad viniera a por mí.

Al pensar en el futuro, me hundía como si fuese un lastre atado a mi tobillo. Aún me quedaban algunos días antes de tener que pensar en aquel horror, así que expulsé el pensamiento de mi mente. Ahora mismo, estaba metida en una cómoda cama con un fuego ardiendo alegremente... y un hombre guapísimo me estaba mirando fijamente.

Un hombre guapísimo que me deseaba.

Me acurruqué más cerca de él bajo las sábanas, dándole un ligero beso. En cuanto nuestros labios se tocaron, sentí escalofríos por todo el cuerpo. Tenía los labios suaves y carnosos, y el vello que rodeaba su boca me rascaba la piel suavemente. Me gustaba sentirlo contra la piel, sentir la masculina barba reciente que conquistaba su rostro cada mañana.

Mi mano se deslizó hasta su pecho, explorando su musculatura, sintiendo cómo se combinaba cada músculo con el siguiente. Tenía la piel suave, pero bajo aquella suavidad había cemento. Las puntas de mis dedos disfrutaban de su fuerza porque me hacía sentir segura. Cane era mi cancela, mi protección personal contra cualquier cosa que pudiera herirme. Durante los próximos días, hasta el último pelo de mi cabeza estaba a salvo. Nadie podía tocarme, vencer a aquel hombre poderoso.

En cuanto sintió mi beso, me rodeó la cintura con un brazo y acarició la suave piel de mi espalda. Exploró la pronunciada curva que se formaba entre mis omoplatos. A veces me acariciaba el pelo al descender por mi espalda.

Sus besos se hicieron más profundos, más intensos. A veces utilizaba la lengua, y otras se introducía mi labio inferior en la boca. Me estrechaba, se

aferraba a mí, me devoraba. Cuando se le acabó la paciencia, me hizo rodar hasta ponerme de espaldas y permitió que su peso descansara sobre mí.

—¿Estás lista?

Lo dejaba todo en mis manos, sin molestarse en ocultarlo. Me permitía tomar las decisiones, tener la capacidad de oponerme a sus deseos. Si no quería hacer aquello, lo único que tenía que hacer era decirlo. Aquella clase de libertad era adictiva, y cuanto más me daba, más lo deseaba.

Más lo adoraba.

—Sí... Te deseo. —Enrosqué las piernas alrededor de su cintura y entrelacé los tobillos. Lo atraje firmemente contra mí, sintiendo su erección presionarse contra mis pliegues. Yo ya estaba húmeda para él, con el cuerpo preparándose para aceptar su impresionante miembro.

Habló dentro de mi boca, insuflándome su cálido aliento.

—*Bellissima...* —Giró las caderas y me penetró, deslizándose lentamente en mi interior mientras su sexo quedaba recubierto en mi deseo. Respiró más intensamente al sentirme, tensando el cuerpo de placer. Se introdujo cada vez más hasta hundirse en lo más profundo de mi ser, nuestros cuerpos conectados.

Yo respiré hondo al sentirlo entero en mi interior.

—Cane...

Sostuvo su peso con los brazos y me miró con ardor, haciéndome el amor con los ojos tanto como con el cuerpo. Se balanceaba despacio, acostumbrándose a mí como si llevara semanas en vez de días sin tenerme.

Yo me movía con él, imitando su ritmo lento y tirando de sus caderas hacia mí. Apenas nos movíamos, nuestros avances lentos y medidos, pero resultaba más placentero que nunca. Nuestros ojos no se apartaban de los del otro, y yo sentí que mi cuerpo empezaba a traicionarme.

—Joder... —Se detuvo cuando estuvo totalmente en mi interior, haciendo una pausa con los ojos cerrados.

—Yo también me voy a correr.

Suspiró otra vez.

—¿Cómo se me ha podido olvidar el placer que me das? —Empezó otra vez a moverse, esta vez más rápido que antes. Levantaba las caderas al final de cada empujón, frotándose contra mi clítoris mientras intentaba llevarme al orgasmo.

—Justo así...

Empezó a empujar con más fuerza, mientras su pecho se agitaba al respirar.

—Sí... —Mis manos se agarraron a sus caderas, tirando de él con más fuerza hacia mí—. Dios... —Me corrí alrededor de su sexo, mi cuerpo tensándose y estrechándose en torno a él. Cerré los ojos y me esforcé por respirar, porque mi cuerpo sólo deseaba gritar.

—Dios mío... —Cane me penetraba con más fuerza, aumentando la intensidad de mi orgasmo mientras él llegaba al suyo. Su miembro se engrosó en mi interior al liberar su semilla, llenándome con oleadas de ella. Sus empujones empezaron a disminuir de velocidad al terminar, disfrutando de su subidón mientras el mío terminaba.

Era la vez que más rápidamente había llegado al orgasmo. Sólo habían pasado tres días desde la última vez que nos habíamos acostado, pero al parecer, mi cuerpo ya se había acostumbrado a hacerlo de forma regular. Cuando dejamos de hacerlo, mi cuerpo no supo cómo enfrentarse a ello.

Él permaneció en lo más profundo de mí, evidentemente sin intención de apartarse pronto.

—¿Cómo esperas que dure si haces eso?

—¿Hacer qué? —No tenía control sobre mi cuerpo cuando estábamos juntos. Cuando me besaba, me tocaba, me follaba, me convertía en un torbellino de hormonas. Lo único que podía hacer era sentir, desde luego no pensar.

Él me besó mientras me introducía más su miembro cada vez menos firme.

—Lo que estás haciendo ahora. —Me frotó la nariz con la suya mientras continuaba en mi interior—. Ser preciosa.

CROW

YA NO ESTABA TAN enfadado con mi mujer.

Pero todavía lo estaba bastante.

Quería que se disculpase por lo que había hecho, que reconociese que se había equivocado y que me dijese que cambiaría su modo de actuar. Hasta que obtuviera aquello, continuaría sufriendo mi silencio. Cuando me preguntó si podía recoger a Adelina y pasar el rato con ella, dio un paso en la dirección correcta. Botón nunca me preguntaría algo así normalmente, y valoraba que estuviera haciendo un esfuerzo.

Pero no era suficiente.

Continué durmiendo en uno de los cuartos de invitados para disponer de mi espacio personal, interactuando rara vez con ella mientras estaba en casa. Pasaba más tiempo en el trabajo, porque en casa no había nada esperándome.

Yo sabía que ella sufría con mi indiferencia, pero todavía no estaba preparado.

No después de lo que me había hecho. Prefería soportar el dolor de pillarla con otro hombre que descubrir que se había puesto en riesgo con Tristan. Me rompería el corazón igual, pero al menos su vida nunca habría estado en peligro.

Cada vez que pensaba en lo que había hecho, volvía a cabrearme otra vez. Podría haber muerto.

O algo peor. Y no quería ni pensar en lo que significaba «peor».

Terminé la jornada en las bodegas y después entré en el almacén donde tenían lugar las degustaciones de vino. Botón había terminado por aquel día y estaba guardando la última copa de vino. Los mostradores y las mesas estaban limpios y el lugar estaba preparado para la tarde siguiente. Me quedé allí con las manos en los bolsillos y la observé hasta que advirtió mi presencia.

No tardó demasiado en darse cuenta de que estaba allí. Como si tuviera un sexto sentido, podía detectarme antes de ponerme la vista encima. Sentía mi presencia, mi intensidad. Se dio la vuelta y me miró con ojos ligeramente afectuosos. Tiró el trapo en la cesta de la ropa sucia y se echó el pelo sobre un hombro.

—Hola.

Yo no estaba de humor para conversar, así que no dije nada.

A ella no pareció sorprenderle mi silencio. Se reunió conmigo en la entrada del almacén y avanzó hacia mi pecho, a punto de ponerse de puntillas para poder darme un beso en los labios.

Yo me aparté antes de que pudiera hacerlo.

Botón dejó escapar un leve suspiro de irritación y se encaminó al coche conmigo.

Cuando estuvimos en la carretera de regreso a casa, dijo lo que pensaba.

—Entonces, ¿no vas a volver a besar a tu esposa nunca más?

—¿Quién ha dicho nada de nunca más?

—Parece que haya pasado una eternidad.

—Cuando te han traicionado, los días parecen semanas. —Conducía con una mano en el volante y la otra en el cambio de marchas. Tenía los ojos fijos delante de mí, conduciendo por las colinas y los viñedos de vuelta a la finca.

Ella suspiró lo bastante fuerte como para que yo lo escuchara y después miró por la ventana.

Yo ignoré su hostilidad. Se pensaba que estaba enfadada, pero ni siquiera

conocía la definición.

La había acuñado yo.

—No te vas a creer lo que me ha contado Adelina.

Mantuve los ojos en la carretera.

—Cane la llevó a Carolina del Sur para que pudiera ver a sus padres.

Cane me había dicho que había salido del país por negocios, pero en ningún momento me había especificado lo que estaba haciendo. Me lo había ocultado a propósito porque sabía que yo lo desaprobaba. La seguridad era alta en Estados Unidos. Era sorprendente que hubiera logrado entrar y salir con Adelina sin problemas.

—No me puedo creer que hiciera eso por ella.

Cane tenía un alma enterrada en lo más profundo de aquel pecho hueco suyo. No tenía corazón, pero al menos tenía espíritu.

—Adelina habla de él como si fuera un salvador... dice que ha hecho que su vida sea agradable. A lo mejor sí lo ha hecho, pero me sigue matando que tenga que volver allí. Sé que debo olvidarme del tema, pero me cuesta.

—Entonces deja de pensar en ello.

Ella giró la cabeza hacia mí, con los ojos entrecerrados de ira.

—Yo tengo corazón, a diferencia de ti, Crow.

—Los dos sabemos que tengo corazón. —Cuando había deducido dónde estaba, me había dejado de latir. Me había quedado literalmente sin aliento, y no de un modo bueno. Alguien me había retirado la tierra de debajo de los pies y me había tirado al suelo. Todo mi cuerpo se había bloqueado porque mi corazón había cogido las riendas. No sentía nada más que dolor, temor y un miedo absoluto. Ya había estado a punto de morir otras veces, y así fue exactamente como me había sentido.

Después de un largo rato en silencio, ella dejó caer los brazos.

—Ya basta. Tienes que olvidarte de esto.

—Jamás.

—¿Jamás? —preguntó ella con incredulidad—. ¿Entonces piensas estar

enfadado para siempre?

Giré a la derecha y recorrí la última calle antes de llegar a la finca.

—Qué barbaridad, eres aún más testarudo de lo que había pensado.

Entré en la rotonda delantera de la casa y le di las llaves al aparcacoches.

Pearl y yo salimos y entramos en la casa.

Lars nos dio la bienvenida.

—Buenas tardes, Sr. y Sra. Barsetti. La cena estará lista pronto.

—Gracias, Lars. —Me quité la chaqueta y la deposité sobre su brazo extendido.

—Los dos cenaremos en la terraza esta noche. —Botón me dedicó una mirada cargada de intención, como si me desafiara a contradecirla.

Era evidente que no me conocía muy bien si pensaba que no lo iba a hacer.

Inseguro de qué hacer, Lars se giró hacia mí en busca de orientación.

—¿Excelencia?

Ella se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada. No se daba cuenta de que cuando se enfadaba tenía un aspecto adorable. Pero aquello no me haría ningún efecto en aquel momento.

Lars continuó esperando.

—Voy a cenar contigo vayas a donde vayas, Crow —dijo Botón mientras se dirigía a las escaleras—. Estoy cansada de esperar. —Subió los escalones hasta el siguiente piso, de camino a nuestro dormitorio para ducharse después de un largo día de calor.

Asentí brevemente a Lars por única respuesta.

CUANDO SALÍ YA ESTABA SENTADA A LA MESA. YO LLEVABA UNOS VAQUEROS y una camiseta, igual que ella. Su espeso y oscuro cabello estaba rizado y ahuecado alrededor de los hombros. Se había puesto mucho maquillaje y

pintado los ojos de negro. Se había arreglado a propósito como a mí me gustaba, intentando seducirme con aquellos labios rojos y aquellas espesas pestañas.

No funcionaría.

En cuanto me senté, Lars trajo la cena y nos llenó las copas de vino. Las velas de la mesa estaban encendidas y el atardecer se posaba sobre los campos.

Botón bebió vino y me miró.

Yo empecé a comer sin apenas mirarla.

—Esto es ridículo. —Dejó la copa en la mesa—. Es imposible que no te des cuenta.

—Estoy de acuerdo. No deberíamos estar en esta situación.

Los ojos se le encendieron de enfado.

—Ya te he explicado por qué lo hice.

—En ningún momento te he pedido una justificación.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Clavé la mirada en su rostro, sin pestañear siquiera.

—Sabes exactamente lo que quiero, Botón. —Aquel era un problema recurrente con mi esposa. Respetaba su fuego, su impulso y su determinación. Me encantaba que nunca se rindiera, sin importar sus probabilidades de éxito. Pero su temeridad era enfurecedora. Mi paciencia se había agotado oficialmente.

Posó los dedos sobre el tallo de la copa y me devolvió la mirada con la misma intensidad.

—Explícamelo claramente.

—Quiero una disculpa. Y quiero un cambio.

—¿Un cambio?

—Quiero que me prometas que esta fase está superada. Que no te irás tú sola a ninguna parte, que no interferirás en asuntos que no te conciernen y, lo más importante de todo, que siempre pondrás tu seguridad por encima de

todo lo demás.

—No puedes esperar de mí que nunca vaya sola a ningún sitio —saltó ella—. Quiero poder ir al supermercado. Quiero...

—Y puedes hacer todas esas cosas, después de haberme informado.

Ella puso los ojos en blanco.

Yo redoblé la intensidad de mi mirada.

—¿Crees que esto es un chiste?

Ella se quedó mirando su copa.

—¿Quieres que avancemos? —pregunté con frialdad—. Pues así ha de ser. Ya has arriesgado tu vida bastantes veces. Me has hecho daño bastantes veces. Esta conversación tiene que tener lugar. Tu cooperación es necesaria. Si de verdad lo lamentas, entonces esto no debería suponerte un problema.

—Comprometerse no es un problema —dijo—, pero no puedo vivir mi vida de esa manera, Crow. Quiero llevar a nuestros hijos a tomar helado después de clase... cosas así.

De ninguna manera iba a salir sola con nuestros hijos.

—Para ser una mujer tan inteligente, no me cabe en la cabeza cómo no lo entiendes. —Mi ferocidad volvía a asomar a la superficie, mientras mi paciencia se evaporaba—. ¿No te das cuenta de lo que hago para ganarme la vida?

—Sí, per...

—¿No entiendes que hay gente que quiere matarme?

—Lo entiendo, pero....

—¿No te das cuenta de que no puedo vivir una vida normal? Siempre tendré que estar mirando por encima del hombro. Siempre tendré que ser un paranoico sobre el hecho de que alguien pueda intentar arrebatarme lo más importante del mundo: tú. Siento que no puedas tener una vida fácil con un don nadie por marido. Siento que no puedas darte el lujo de conducir hasta la tienda siempre que quieras. Pero así son las cosas, Botón. Te casaste conmigo y estas son las consecuencias. Si no te gusta, a lo mejor deberíamos hablar

sobre nuestras opciones.

Sus ojos ardieron como granadas estallando.

—No me vuelvas a decir algo así.

—Entonces no me obligues a decirlo, Botón.

Su ferocidad se aplacó, pero sólo en parte. Si la mesa no se hubiera interpuesto entre nosotros, probablemente me habría dado una bofetada.

Y yo se la habría devuelto.

—¿De verdad no entiendes lo que te estoy diciendo?

Después de una larga pausa, ella asintió.

—Sí... Lo entiendo.

—Ahora que he dejado perfectamente claros mis sentimientos, ¿qué quieres hacer?

Ella no tocó la comida, decidiendo apartar la mirada y contemplar el paisaje.

—Botón.

—Te he escuchado.

—Entonces dame una respuesta.

Ella guardó silencio, la mirada perdida en la noche. Los grillos empezaron a cantar, tocando su monótona canción mientras el atardecer se disolvía para dar paso a la oscuridad. Aquella noche estábamos cenando salmón y ensalada, pero nuestra comida probablemente ya estaría fría.

Como una serpiente, yo tenía toda la paciencia del mundo. Podía quedarme allí sentado mirándola durante toda la noche hasta que por fin se moviera. Ella era la presa... y yo el depredador. Mis ojos se fijaron en ella como en un objetivo.

—Lo siento, Crow...

Por fin, una disculpa.

—No siento lo que hice, pero sí haberte hecho daño.

Aquello era lo máximo que iba a obtener de ella, así que lo acepté.

—Tienes razón. Tengo que ser más cuidadosa. No soy invencible, como a

veces me creo que soy. Se me olvida que vivimos en un mundo peligroso por lo bonito que es este lugar.

Ahora avanzábamos en la dirección correcta.

—Es sólo que me resulta duro... Siempre he tenido mucha libertad.

—Y esa libertad fue la que hizo que acabaras aquí. —Confió en un hombre en quien no debería haber confiado, y así fue como terminó en manos de un enajenado como Bones. Bajo mi supervisión, nunca volvería a estar en peligro... si conseguía que me hiciera caso.

Sus ojos relucieron irritados.

—Y no me arrepiento de nada.

Si Jacob no la hubiera vendido, nunca nos habríamos conocido... ni casado. Hacía falta una gran cantidad de amor para alcanzar esos sentimientos, para pensar que valía la pena haber sufrido durante tanto tiempo a la merced de Bones sólo para estar conmigo. Pero no dudaba que lo decía en serio... y que lo volvería a hacer si era necesario.

—Crow, esto es duro para mí. Pero entiendo por qué te sientes así.

Más le valía.

—Es simplemente que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

Mentiría si dijera que no disfrutaba diciéndole lo que hacer.

—Si tomamos juntos estas decisiones, no tendré que decirte lo que tienes que hacer. Esa es la única manera de que esto funcione.

—Vale...

—¿Me prometes hacer lo que te he pedido?

—¿Por qué te lo tengo que prometer?

—Porque es el único modo de que confíe en ti.

Ella tomó la copa y dio otro largo trago de vino.

—De acuerdo, te lo prometo.

—¿Me prometes el qué, exactamente?

—Prometo no salir de casa sin decírtelo.

—¿Y?

—Prometo no ponerme en peligro.

—Y tienes que prometerme que tampoco te pondrás en peligro para salvar a otra persona... a quien sea.

—De eso no estoy tan segura.

—Casi te matan cuando ocupaste el lugar de Cane. Podrías haber sido capturada cuando hablaste con Tristan. Esto es un patrón para ti. Ponerse en peligro de esa manera no es ser valiente: es ser estúpido. Se acabó, Botón.

—¿Y qué pasa si tú eres el que está en peligro?

—Eso no cambia nada. —Si me capturaban y sólo me soltaban si Botón ocupaba mi lugar, más le valía no hacerlo. Mi vida no valía nada. La muerte no me asustaba. Vivir siempre me había resultado muy difícil, de todas maneras. Prefería mil veces dejar mi legado a Botón, permitir que viviera una vida larga y feliz.

—Pues claro que sí.

—Prefiero que me torturen a muerte a permitir que alguien te ponga la mano encima. Ahora, prométemelo.

No lo hizo.

—Botón —presioné.

—Puedo prometerte que no me pondré en peligro por nadie más. Pero no por ti.

Estampé ambos puños en la mesa, haciendo tintinear todos los platos contra la superficie.

—Si mueres, yo estoy muerto de todas maneras.

—¿Y no crees que yo me siento de la misma manera?

—Si lo hicieras, no te habrías metido en la guarida de Tristan.

Ella suspiró y bajó la mirada.

—Ahora, prométemelo.

—Sólo quiero recuperar a mi marido.

—Entonces, haz lo que te pido. Después de toda la mierda por la que me has hecho pasar, me lo debes.

—¿Que te lo debo? —dijo iracunda.

—Sí, joder. Me lo debes. Ahora, prométemelo. —Volví a estampar las manos sobre la mesa.

Su copa de vino se volcó y se estrelló contra el suelo del patio.

Ella no reaccionó al fuerte ruido, sin apartar los ojos de mí.

—Botón.

—De acuerdo... Te lo prometo.

Por fin había conseguido lo que quería. Tenía lo que necesitaba. Ahora ya no me tendría que preocupar por su inconsciencia. Si iba a cualquier parte, me lo diría. Cooperaría conmigo para hacer lo que quisiera del modo más seguro posible. Finalmente había aceptado que no podía ir por ahí sin tomar precauciones. Por fin me había prometido que nunca volvería a arriesgar su vida.

Por fin podría volver a dormir por las noches.

Ella se cruzó de brazos y bajó la vista a la mesa. Su respiración se agitaba lentamente, y el rubor había ascendido a sus mejillas. Estaba enfadada, estaba llena de emociones, lo estaba todo al mismo tiempo.

Supe que había llegado a su límite.

Eché la silla hacia atrás y me palmeé el muslo.

—Botón.

Ella había abandonado la silla antes de que yo terminara de decir su nombre. Se me subió al regazo y me echó los brazos al cuello. Su rostro se apretó contra mi pecho. Su respiración se agitó aún más, hasta que las lágrimas salieron a la superficie.

Lloró en mis brazos.

Yo la re Coloqué sobre mi regazo y la estreché más contra mí, permitiéndole descargar sus emociones y sintiendo cómo empapaban mi camiseta. No era del tipo de mujer que se echaba a llorar, por lo que sus lágrimas resultaban aún más significativas.

—Lo siento...

Aquellas dos sencillas palabras fueron suficientes para borrar todo mi enfado, todo mi resentimiento. Decidí concederle borrón y cuenta nueva, y como si aquel incidente nunca hubiera sucedido, lo único que sentía por ella era amor.

—Lo sé. —La besé en la frente, mimándola como se merecía. La había ignorado durante casi dos semanas, y echaba de menos aquellas muestras de afecto tanto como ella.

Lars salió, preparado para llevarse nuestros platos y rellenar nuestras copas. Pero en cuanto vio a Botón llorando contra mi pecho, retrocedió abruptamente para volver a entrar en la casa, fingiendo no haber salido en ningún momento.

—Te he echado de menos.

—Yo también a ti, Botón. —Volví a besar su frente, porque era la única piel a la que tenía acceso. Sentí cómo temblaba entre mis brazos, cómo sollozaba contra mí.

—Quiero irme a la cama...

La levanté de la silla, transportándola contra mi pecho. Tenía un brazo bajo sus rodillas y el otro detrás de sus hombros. Ella mantuvo la cara apretada contra mi pecho y los brazos alrededor de mi cuello.

Entré y me dirigí hacia las escaleras, escuchando sus callados sollozos.

Lars apareció desde la cocina.

—¿Desea que les guarde la cena para luego, Excelencia?

—No, gracias. —Subí las escaleras con ella, como si mi esposa fuera un saco de plumas en mis brazos—. Esta noche no vamos a cenar. —La llevé hasta el tercer piso y entré en el dormitorio en el que no había estado durmiendo. El lugar olía claramente a ella ahora, y casi toda mi ropa y artículos de aseo habían desaparecido. Ahora su perfume, sus pertenencias y su ropa llenaban el espacio que una vez había ocupado yo.

La dejé sobre la cama y la desvestí, dejando caer a un lado sus vaqueros y sus zapatos. Le quité toda la ropa hasta dejarla desnuda, y después hice yo lo

mismo. El sexo no ocupaba necesariamente mi mente, pero antes o después sucedería.

Me metí en la cama con ella y la abracé. Con su cuerpo sobre mi pecho, su cabello derramándose por mi antebrazo, la sentía perfecta contra mí. Tenía la piel tan suave como recordaba, y me encantaba cómo su aroma se desparramaba sobre mí.

Ella había dejado de llorar y ahora tenía los ojos hinchados. El maquillaje le caía en churretes por las mejillas, y el negro había desaparecido de sus ojos. Estaba hecha un desastre, pero para mí era un desastre bellissimo.

—Llevo mucho tiempo sin dormir bien...

—Igual que yo.

—No quiero volver a dormir sin ti nunca.

A mí tampoco me gustaba. Era raro tener una cama enorme para mí solo. Me resultaba extraño no escuchar su respiración durante toda la noche. Yo era el que mantenía la cama caliente, pero me parecía extrañamente fría sin ella.

—Vale.

—Prometamos que siempre dormiremos juntos.

Aquella era una promesa que no me importaba hacer.

—Vale.

Ella cerró los ojos y me estrechó la cintura más fuertemente entre sus brazos.

Yo le pasé los dedos por el cabello y la miré, observándola mientras se adormecía y se sumía en un profundo sueño. Sólo tardó unos cuantos minutos. Aunque estaba exhausto, no pude imitarla.

Prefería mirarla.

SE ME SUBIÓ ENCIMA ANTES DE QUE ME DESPERTARA.

Se montó a horcajadas sobre mis caderas, colocó los pies contra la cama y se deslizó sobre mi erección hasta introducirme por completo en su interior.

La calidez y la humedad de su sexo me despertaron de inmediato. Hasta durmiendo lo reconocía. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que mi cuerpo estaba permanentemente preparado para ella. Abrí los ojos para ver su cuerpo elástico sobre el mío, sus maravillosos pechos delante de mí. Me clavó las uñas en el pecho y cargó su peso sobre mí para poder moverse hacia arriba y hacia abajo.

Un gemido escapó de mi garganta ronca, y mis manos se desplazaron automáticamente hasta su trasero. Le agarré las nalgas, ayudándola a subir y bajar. Permití que cargara casi todo su peso sobre mí, utilizando mi fuerza para deslizarla sobre mi miembro palpitante.

Rodeé su cintura y después me incorporé hasta que tuve la espalda contra el cabecero. Cuando estuve en mejor posición, aún medio dormido, volví a guiarla arriba y abajo sobre mí. Su torso estaba a la altura del mío, aquellos preciosos pechos firmes y respingones. Incliné las caderas hacia arriba para poder penetrarla mejor mientras ella descendía sobre mí.

El sueño me pesaba en los ojos y todavía sentía sus zarcillos en la mirada, pero aquello sólo contribuyó a mejorar el sexo. Era celestial, como de ensueño. Ella empezó a respirar con dificultad, esforzándose por mantener un ritmo lento y profundo.

Había echado aquello de menos.

Sus manos se posaron en mis hombros y me clavó las uñas en los músculos.

—Crow...

—Botón.

Puso su cara contra la mía y respiró en mi boca, frotando sus pezones erectos contra mí. Doblaba las rodillas para aceptarme entero, tocando mis testículos antes de volver a elevarse. Podía sentir tensarse los músculos de sus nalgas cada vez que descendía sobre mí. Era fuerte... como a mí me gustaba.

Me dio un beso ardiente, lleno de su aliento y un poco de su lengua.

—Te amo...

Besé la comisura de su boca y empujé de ella hacia abajo hasta introducirme en ella por completo.

—Yo también te amo.

—No he podido esperar a que te despertaras.

—Me alegro de que no lo hayas hecho. —La elevé de nuevo, agarrándome a su trasero voluptuoso.

Sus brazos me rodearon el cuello y respiró conmigo mientras continuaba ascendiendo y descendiendo, aumentando cada vez más el ritmo. Sus callados gemidos se hicieron más sonoros, su sexo se humedeció más. Le temblaban las piernas por el esfuerzo, pero aquello no la detuvo.

Estaba a punto de tener un orgasmo encima de mí. Podía sentirlo.

Me miró fijamente, sus ojos azules destellando como luces navideñas.

—Sí...

Sentí su sexo tensarse a mi alrededor. Empapado. Estrecho. Quería unirme a ella, pero prefería que empezara antes que yo.

Gimió dentro de mi boca, emitiendo los sensuales sonidos que tan bien conocía. Sus gemidos siempre empezaban despacio, subían, y después se reducían a sonidos incoherentes. Ahora hizo lo mismo, entregándose a un orgasmo que acompañó con gritos.

Yo no era capaz de contenerme, aunque hubiera querido. Mi sexo no tenía tanta paciencia como habitualmente. No había practicado sexo regularmente. Ni siquiera me había masturbado, como solía hacer. Había estado demasiado cabreado como para sentir cualquier tipo de deseo.

Aquello hizo que mi orgasmo fuera intenso.

Increíble.

El mejor.

Ella se aferró a mí al terminar, jadeándome en la cara hasta recuperar el aliento. Se sentó sobre mi regazo con mi miembro y mi semilla en su interior.

—He echado esto de menos.

—Yo también.

—No me vuelvas a hacer echarlo de menos.

No pude ocultar mi sonrisa ante su exigencia, adorando su modo sensual de darme órdenes.

—De acuerdo.

Al ver mi sonrisa, sus ojos se suavizaron.

—Lo he echado de menos más que ninguna otra cosa.

Mi sonrisa se desvaneció, conmovido por la sinceridad de su expresión.

Me pasó los dedos por la mandíbula, acariciando el espeso vello facial. Se inclinó y me besó en la comisura de la boca, bañándome con su respiración.

Yo la estreché contra mí, inmovilizándola. Estaba enterrado en lo más profundo de ella, sintiendo el peso de mi esposa sobre mi regazo. Tenía los pechos aplastados contra mí y abrazarla me proporcionaba un inmenso placer. Si algo le sucediera, no lograría seguir adelante. Me pondría una pistola en la cabeza y apretaría el gatillo.

Prefería volarme los sesos que vivir sin ella.

ME SENTÉ FRENTE A ELLA EN LA MESA DEL COMEDOR Y LEÍ EL PERIÓDICO mientras disfrutaba de mi desayuno. Tenía hambre después de no haber cenado la noche anterior. Botón ya estaba lista para empezar la jornada, con un vestido negro y el pelo echado hacia atrás. Ya se había maquillado, y ahora tenía un aspecto perfecto.

Me gustaban aquellos momentos tranquilos que disfrutábamos juntos, cuando podíamos entregarnos a nuestras rutinas sin tener que mantener una conversación. A veces, la miraba y la sorprendía mirándome. A ella le pasaba lo mismo.

Dio un sorbo a su café y dejó la taza sobre el platillo.

—¿Crow?

—¿Hmm? —Continué mirando el periódico.

—Quiero hablar contigo.

Cerré el periódico, sabiendo que deseaba toda mi atención. Crucé una pierna y la miré, esperando a descubrir lo que tenía que decirme.

Todavía estaba un poco molesta por nuestra conversación de la noche anterior. Estaba más tímida, más callada.

—Me pediste que te hiciera algunas promesas porque eran importantes para ti. Bien, pues yo también tengo algo que pedirte.

—Te escucho.

—Cuando me abofeteaste... no estuvo bien.

Una súbita oleada de culpabilidad me inundó. Ahora que mi enfado había desaparecido por completo, me sentí fatal por haber perdido los papeles. Nunca la había golpeado así. Nunca la había tratado tan mal, ni siquiera cuando no era más que mi prisionera. Me había provocado tal cantidad de rabia que no sabía qué hacer con ella. Dejé que mi genio se llevara lo mejor de mí, y me lancé a un ataque que tendría que haber controlado. Ya la había abofeteado antes, pero por aquel entonces no era mi esposa... y no le había pegado tan fuerte. Ahora que estábamos casados, parecía algo naturalmente incorrecto.

—No quiero que me vuelvas a tocar nunca así.

Podía justificar mis acciones, pero no era lo adecuado. Ella sabía exactamente por qué le había pegado. No hacía falta que se lo recordara. No le podía dar ninguna excusa para disculparme por la falta cometida. Si ella no hubiera significado nada para mí, habría sido una cosa. Pero le había dado a aquella mujer mi apellido, había decidido pasar el resto de mi vida con ella.

Mis actos no habían estado bien.

Y yo lo sabía.

—No volverá a suceder, Botón.

—¿Me lo prometes?

La miré a los ojos antes de asentir.

—Te lo prometo.

A lo mejor pensaba que íbamos a mantener una conversación más larga, porque continuó mirándome. Su actitud no cambió, por lo que a lo mejor mi promesa no era suficiente.

—Lo lamento, Botón.

Su incomodidad fue evaporándose lentamente, dando paso a la Botón de siempre. Se enderezó en la silla mientras su inquietud desaparecía.

—No debería haber hecho eso. Eres mi mujer... y tendría que tratarte como tal. —Yo era lo bastante hombre para admitirlo si me había equivocado, admitir el error de mi actitud. Nunca antes había amado a una mujer, ni tampoco me había definido como un hombre amable. Pero si iba a compartir mi vida con aquella mujer, tenía que colocarla en un pedestal, que era su lugar. Daba igual cuánto me hiriera. Siempre la respetaría... porque ella se merecía mi respeto—. Espero que puedas perdonarme. Te amo mucho más que a cualquier otra cosa en este mundo.

Ella extendió un brazo por encima de la mesa y puso su mano sobre la mía.

—Lo sé.

CANE

SOLÍA DISFRUTAR TRABAJANDO. Me gustaba ganar dinero, fabricar armas y estar al mando. Me ocupaba de la mayoría de nuestros clientes, atendiendo sus necesidades, y estaba a cargo de la fabricación. Contrataba a los mejores ingenieros para que vinieran a diseñar las mejores armas y sacarlas al mercado. No era el trabajo con mayor impacto del mundo... aunque a mí me gustaba.

Pero ahora, lo odiaba.

Cada segundo que pasaba en el trabajo, estaba lejos de ella.

Adelina.

Quizá sólo era porque era guapísima o porque era buena en la cama, pero ya no podía dejar de pensar en ella. Cada vez se me hacía más difícil concentrarme en las tareas, porque siempre estaba de fondo en mi mente. A mí siempre me habían obsesionado las mujeres y el sexo, pero no de aquella manera. Antes no controlaba mi vida.

La diferencia era que ahora mi atención se concentraba en una sola mujer y en su sexo.

Crow entró en el complejo, totalmente vestido de negro: camiseta negra, vaqueros negros y una chaqueta negra de cuero. Casi nunca llevaba traje al visitar las instalaciones, ya fuese porque no quería ensuciárselo o porque no quería parecer un panoli delante de los hombres. Estábamos en el negocio de

la venta ilegal de armas, no de seguros de coche.

Llevaba una pistola en la cadera, y yo sabía que tenía otras dos debajo de la cazadora. Habló con algunos de los hombres, se hizo una idea de los asuntos que había en marcha, y después se reunió conmigo junto a la mesa. Yo estaba estudiando los bocetos para un nuevo cuchillo en el que estaba trabajando.

Crow atrajo el papel hacia sí para verlo mejor.

—No lo entiendo.

Abrí la demostración digital en la tableta para enseñarle cómo iba a funcionar.

—Es una hoja de dieciocho centímetros que se retrae. —Le enseñé el dibujo—. La hoja está oculta, y al quitar el seguro, sólo hay que pulsar el botón y sale. Además, es muy sólido. No se va a romper.

Crow observó unas cuantas veces la demostración antes de asentir.

—Quiero uno de estos para Pearl.

—Si te interesa mi opinión, tu mujer lo que necesita es una pistola. Sabe utilizarla.

—No te he preguntado. —Empujó la hoja de papel hacia mí—. Bran acaba de hacerme un resumen de todo. ¿Tenemos otro comprador?

—En Budapest.

—¿Lo has investigado?

Empujé la carpeta en su dirección.

—Todo bien.

Crow pasó las páginas, leyendo hasta la última palabra como si no confiara en que hiciera bien mi trabajo.

Puse los ojos en blanco.

—Llevo mucho tiempo haciendo esto. Sé lo que estoy haciendo.

—Me parece que tu puta de diez millones de dólares es prueba de lo contrario.

El enfado asomó a mi expresión como si hubiera estado esperando bajo la

superficie en todo momento.

—No la llames así. Insúltame todo lo que quieras, pero déjala fuera de esto.

Crow apartó la vista del documento y la volvió hacia mí. Era la mirada que llevaba recibiendo desde que éramos pequeños. Quería decir que estaba sopesando algo, pensando en algo que fuera incriminatorio.

—Pearl me contó que llevaste a Adelina a ver a sus padres a Estados Unidos.

¿Adelina se lo había contado? Mira que hablaban las mujeres. Aquella había sido una experiencia tan personal para ella que yo había dado por hecho que no se la mencionaría a nadie. ¿También le había hablado de las pastillas de cianuro?

—Sí. ¿Y?

Crow inclinó la cabeza hacia un lado, estrechando los ojos.

—¿Y? —Su voz profunda no cambió, pero su expresión se endureció—. Todo un detalle para con alguien que no te importa un carajo.

Yo le cogí la carpeta y fingí que la estudiaba.

—Simon está limpio. No hay nada por lo que preocuparnos. El envío ya está en marcha.

—¿Cane?

Continué ignorándolo.

—¿Va a convertirse Adelina en un problema?

—¿A qué te refieres? ¿Cuándo os ha molestado a ti o a Pearl?

—Conmigo no te hagas el tonto —ladró él—. No vas a quedarte con esa mujer.

—Nunca he dicho que fuera a hacerlo.

—Entonces, ¿la devolverás según lo prometido?

—Sí.

Crow me miró fijamente, como si no me creyera.

—No voy a empezar una guerra por ella. No voy a cabrear a Tristan por

ella. Si tu corazón es tan susceptible a sus encantos como tu polla todas las noches, tienes que poner un poco de distancia.

—No va a haber ningún problema.

—¿Por qué no te creo? —Apoyó ambas manos en la mesa mientras me miraba.

—Es verdad, le he cogido cariño. Pero la devolveré, como prometí.

—Más te vale, porque no quiero involucrar a Pearl en esto.

—No tienes nada por lo que preocuparte.

—¿Por qué arriesgaste entonces el cuello llevándotela nada menos que hasta Estados Unidos? Te podrían haber detenido en seguridad y todo se habría ido a la mierda.

—Pero eso no fue lo que pasó, ¿verdad? —pregunté con tono de listillo.

Sus ojos se estrecharon aún más.

—¿Por qué lo hiciste, Cane?

—Quería ver a sus padres una última vez...

—¿Y a ti eso por qué te importa? —soltó.

—Porque no soy un cabrón, por eso. Desearía haber podido hablar con Vanessa una última vez, aunque supiera que iba a morir.

En cuanto mencioné a nuestra hermana, Crow se aplacó.

—Por todos los Santos, déjame en paz. —Lancé la carpeta sobre la mesa y salí como una tromba, harto de las gilipolleces de mi hermano.

Crow me siguió.

—¿Estás llevándotela a hacer turismo?

—¿Y qué si es así? A lo mejor tú deberías llevar a Pearl también. Estoy seguro de que le gustaría.

—Ahora mismo estoy demasiado ocupado con el trabajo. Y no te preocupes por el entretenimiento de mi mujer. Tiene de sobra.

—No lo parecía cuando hablé con ella. —Me serví un vaso de *whisky* en el mueble bar.

—No metas las narices en mi matrimonio.

—No metas las narices en mi relación —contraataqué.

—¿Relación? —dijo furioso—. ¿Ahora es una relación?

No había escogido nada bien las palabras.

—Tú sabes lo que quiero decir.

—Cane, quiero que me des tu palabra de que vas a devolver a esa mujer. Es una buena chica y lo lamento por ella, pero no es problema nuestro. ¿Me entiendes?

Yo di un trago al *whisky* y lo ignoré.

—Dame tu palabra.

—Vale, hombre. Tienes mi palabra, ¿de acuerdo?

Crow todavía no parecía creerme.

—¿Qué es lo que quieres que diga?

Cogió su propio vaso y se sirvió *whisky*.

—Le tengo cariño. —Observé a mi hermano beberse el licor tan deprisa como yo—. Me gusta. No quiero que vuelva. Lo admito todo. Pero no puedo hacer nada por ella. Me pidió que la ayudara de otro modo... y yo acepté.

Crow dejó el vaso en la mesa sin quitarme la vista de encima.

—Me pidió que le consiguiera pastillas de cianuro...

Los ojos de Crow se ensombrecieron de pena.

—Para que parezca natural y no le hagan daño a Lizzie.

—Es triste, pero... es lo mejor para ella.

—Estoy de acuerdo.

—¿Conseguiste las pastillas?

Asentí.

—Entonces supongo que sí la vas a devolver.

Volví a asentir.

Se terminó la copa y dejó el vaso sobre la encimera.

—Esto que quede entre nosotros, ¿de acuerdo? No hace falta que Pearl lo sepa.

—Estoy de acuerdo.

—Sólo conseguiría alterarla otra vez.

—Lo sé.

Crow miró hacia el otro extremo de la habitación, donde los hombres recogían equipo del almacén de alquiler.

—De verdad que tienes que enterrar el hacha de guerra. Pearl está destrozada por todo el asunto.

—Anoche lo solucionamos.

—¿Sí? —pregunté—. Ya era hora.

—Tenía que pedirme perdón.

—¿No le diste una bofetada?

En su cara se pintó de inmediato una mueca como si le acabara de dar un puñetazo en la tripa.

—Lo hemos solucionado. Es todo lo que importa.

—Si no me cuentas tú los detalles, me los va a contar ella. Así que lo mismo te da contármelo.

—De acuerdo. Me dijo que no haría más estupideces, escapándose cuando le apetece. Y yo le prometí que nunca... volvería a hacerlo otra vez. —Agachó la cabeza, con aire avergonzado por primera vez en toda su vida.

—Bueno, pues me alegro de que se haya terminado. Temía que la pelea no se fuese a acabar nunca.

—Siempre haremos las paces. Es sólo que... estaba cabreadísimo con ella.

—Lo sé, Crow. Estaba allí.

—De todas formas, ¿qué le dijo Tristan?

No tenía ninguna intención de hablarle sobre el intercambio que quería hacer Tristan. Aquello le provocaría el peor ataque de rabia de su vida.

—Que nunca vendería a Adelina. No tiene precio para él.

—O sea, que estabas en lo cierto.

Por supuesto que sí. Me la estaba tirando, a fin de cuentas.

—¿Y dijo algo más?

—No. Sólo le dijo que no volviera por allí. Dijo que estaba intentando actuar como uno de ellos, cuando no era más que una mujer estúpida... —Me acababa de inventar aquello, pero tenía que lograr que sonara creíble. Ni de coña iba a contarle la verdad.

Crow suspiró aliviado.

—Gracias a Dios que Tristan nos valora. Si cualquier otra mujer hubiera entrado allí...

—Eso da igual. Pearl está en casa.

—Sí. —Le echó una ojeada a la botella de *whisky* y se sirvió otra copa—. Simon cumple todos los requisitos. El envío tiene buena pinta, en mi opinión.

—No me hacía falta tu opinión para saber eso.

Me dio unas palmaditas en el hombro antes de alejarse.

—Ya sé que no, hermano.

TODAVÍA ME QUEDABAN ALGUNOS ASUNTOS QUE TERMINAR EN EL TRABAJO, pero ya no quería quedarme más tiempo.

Así que me marché.

Estaba tomándome tiempo libre para enseñarle la zona a Adelina, por lo que tenía que hacer jornadas más largas cuando iba a la base. Pero al final, no trabajaba esas horas extra para ponerme al día. En consecuencia, se me estaba empezando a acumular el trabajo, asfixiándome lentamente. Si Crow llegaba a olérselo, se cabrearía.

¿A quién intentaba engañar? ¿Si? *Cuando*. Cuando Crow se lo olierá.

Llegué a casa en coche y entré por la puerta, esperando encontrar a Adelina viendo la televisión o cocinando en la cocina. No estaba haciendo ninguna de las dos cosas. La busqué por la casa, pero no la encontré en ninguno de los dormitorios.

Por un breve instante, me entró el pánico.

—¿*Bellissima*? —Volví a la sala de estar y eché un vistazo en el patio trasero.

Allí la encontré. Estaba tumbada en bikini en una de las tumbonas. Se había quitado la parte de arriba, exponiendo a la luz del sol sus pechos perfectos. Llevaba una pamela enorme y tenía un libro en el regazo. Había una copa de vino en la mesa que tenía al lado.

Parecía estar teniendo un buen día.

De haber sabido que estaba despatarrada tan a gusto en una tumbona mientras yo estaba todo el día en el trabajo, no habría conseguido hacer absolutamente nada. Salí al patio trasero y ella se incorporó al darse cuenta de que ya había vuelto a casa. Se sentó e inclinó la cabeza para poder mirarme desde debajo de la pamela.

Me metí las manos en los bolsillos sin quitarle los ojos de encima, más atraídos por sus pechos que por su mirada.

—Hola. —Colocó un punto de lectura entre las páginas y cerró el libro.

—Hola. —Tenía la piel de un tono dorado, bronceada por los poderosos rayos del sol. Estaba adquiriendo un color excelente, su piel ya olivácea oscureciéndose aún más. Probablemente se había embadurnado la piel de protector solar o crema bronceadora, y no me habría importado saborearlo mientras arrastraba la lengua por su cuerpo.

Estuvimos un buen rato contemplándonos en tensión, pero no incómodos.

Ella pareció recordar que se había bajado la parte de arriba, porque cogió los tirantes y se dispuso a atárselos en la nuca.

—Déjalos así.

Hizo una pequeña mueca antes de dejar caer los tirantes negros de la parte de arriba de su bikini. Se posaron en su vientre, dejando sus pechos expuestos a la luz solar... y a mi vista.

Sobre la mesa vi un bote grande de protector solar y una idea sucia me vino a la mente. Cogí la toalla doblada que había en la mesa y la dejé caer sobre el cemento.

—Ponte de rodillas.

Ella miró la toalla, sin saber muy bien lo que quería que hiciera.

Me desabroché el cinturón y me abrí los vaqueros.

—De rodillas. No me hagas pedírtelo otra vez. —Dejé caer los vaqueros hasta que los tuve por los tobillos. Me los quité de una patada, junto con los zapatos. Tenía demasiada prisa como para quitarme los calcetines, así que me los dejé puestos.

Se trasladó hasta la toalla que había puesto junto a la silla, colocando encima las rodillas para protegerlas del cemento.

Yo me senté en la tumbona que ella acababa de dejar libre y abrí las rodillas para tenerla entre ellas. Mi poderosa erección se apoyaba contra mi estómago, ligeramente inclinada hacia un lado y ansiosa de ella. Cogí el bote de protector y me eché una buena cantidad en la palma de la mano.

Ella me observaba a través de sus gruesas gafas de sol y su pamelita, con aspecto de bombón de playa con olor a verano. Me miró mientras me frotaba las palmas, extendiendo la loción antes de agarrarle ambos pechos con las manos. Se los cubrí con la espesa crema, extendiéndola y lubricando la zona entre ambos. Su piel olivácea palideció bajo una capa de blanco, y el intenso aroma de la crema solar me inundó la nariz. Pensé en arena entre los dedos de los pies, en el sonido de las olas al romper y en hacer el amor con aquella mujer en la playa junto al mar. Le masajee los pechos antes de colocar mi miembro directamente en su canalillo, arropado por la calidez de su piel. Me deslicé lentamente por la loción mientras aplastaba sus pechos a mi alrededor, tan placenteros, tan suaves.

Avancé para cubrir su boca con la mía, besándola inmediatamente con lengua. Respiré con esfuerzo en su boca, nuestros labios moviéndose juntos con agresividad. Llevaba pensando en ella todo el día, y ahora que la estaba tocando, me daba cuenta de que ella también había estado pensando en mí. Se movió de arriba abajo impulsándose con las rodillas, deslizando mi sexo entre sus preciosos pechos.

Joder, qué gusto.

Su mano se desplazó hasta mis testículos, que colgaban sobre la silla, y los masajeó con las puntas de los dedos sin alterar el ritmo.

Dios, qué placer.

Incliné la cabeza para llegar mejor a su boca. La besaba con más fuerza cuanto más placer me daba, con la mente inundada por el deseo de sexo. Mi miembro empujaba entre sus pechos firmes. No resultaba tan placentero como cuando la penetraba, pero seguía siendo una sensación increíble. Tenía pechos de mujer, redondeados y voluptuosos. Podría estar todo el día follándomelos.

Le temblaron los labios contra mi boca cuando inspiró con fuerza, disfrutando de aquello tanto como yo. Me imaginé su entrepierna empapada para mí, anhelando sentirme enterrado en su interior para dilatarla como a ella tanto le gustaba.

Ya llegaríamos a eso.

Me masajeó los testículos con algo más de fuerza, estimulando a la perfección mis nervios con la punta de los dedos. Su pecho subía y bajaba mientras colaborábamos para bañar mi erección con sus resbaladizos pechos.

Quería eyacular sobre ella. Deseaba ver gotas blancas por su pecho y por su cuello. Mientras estaba trabajando, ese tipo de pensamientos no me venían a la mente. Pero ahora que nos movíamos juntos, me preguntaba por qué no habíamos hecho aquello antes.

—*Bellissima...* —Apreté sus pechos con más fuerza y bajé el ritmo de sus movimientos, sabiendo que estaba a punto de estallar. Mi miembro empezaba a engrosarse y mis testículos a tensarse. Ya no podía seguir besándola, porque mi mente estaba concentrada en una sola cosa.

Me corrí con un gruñido, salpicándola en los pechos y debajo de la barbilla. La llené por todas partes, como si fuera una diana. Continué eyaculando, la trayectoria perdiendo fuerza con cada oleada. Cuando terminé, continué deslizándome por su escote, percibiendo el aroma a protector solar y

semen mezclados.

Joder, había sido increíble.

—Tienes unas tetas preciosas... —La besé en la comisura de la boca, faltó de aliento y satisfecho. Ella me complacía como ninguna otra mujer lo había hecho antes. Ponía la cara más cachonda mientras lo hacíamos, como si estuviera constantemente intentando no correrse. Sus besos siempre estaban llenos de pasión, como si no consiguiera saciarse de mí, a pesar de estar dándole ya todo lo que tenía.

—Tienes una polla preciosa... —Esgrimía una sonrisa juguetona, otra de las cosas que amaba de ella.

Le devolví la sonrisa.

—Gracias. Nunca me lo han dicho.

—Pero seguro que lo pensaban.

Tenía el miembro cubierto en crema solar, con lo que follármela quedaba descartado, pero desde luego no pensaba dejarla con las ganas. Aquella mujer sólo tenía unos cuantos días antes de que su vida terminara. Tenía que aprovechar cada uno de ellos. Y yo pretendía provocarle un orgasmo todos los días... Varios, en realidad.

Me levanté de mi asiento mientras mi erección continuaba perdiendo fuerza.

—Siéntate.

Ella se trasladó a la tumbona en la que yo había estado sentado hacía un momento.

Me arrodillé sobre la toalla, adoptando exactamente la misma posición en la que estaba ella hacía unos segundos. Tiré de sus caderas hasta el borde de la tumbona y le pasé las piernas por encima de mis hombros. A continuación, me incliné y pegué la boca a su abertura, haciendo con la lengua todo lo que a ella le gustaba.

No tardó mucho en llegar al orgasmo, y por supuesto, gritó mi nombre al hacerlo.

Música para mis oídos.

CANE

CONDUJE hasta las bodegas y me dirigí al despacho de Crow. Tenía una montaña de papeleo para que lo firmara, y enviar por fax o por ordenador información delicada era una idea estúpida. Entré en el despacho, ignorando a su ayudante.

Crow no parecía estar haciendo nada, de todas formas. El respaldo de su silla daba hacia la puerta mientras él contemplaba las vistas desde el gran ventanal que había justo detrás de su mesa. Tenía el teléfono en una mano, pero no lo estaba usando. Apoyaba la barbilla en las puntas de los dedos y miraba hacia fuera con expresión vacía.

—¿Cuándo no estás tú de mal humor? —Me dejé caer en la silla frente a su escritorio, deslizando la carpeta que llevaba sobre la madera de caoba—. Cada vez que te veo, estás mirando fijamente por la ventana, como un cachorro perdido esperando a que su dueño vuelva a casa.

Crow no se dio la vuelta.

—Mi mujer está fuera, cogiendo uvas. Disfruto observándola.

—¿Sí? —Me acerqué a su mesa y seguí su mirada. Adelina también estaba allí con ella. Ambas cargaban cestas mientras se desplazaban por las hileras recolectando las gruesas uvas moradas entre las hojas. Tenían la frente cubierta de sudor, pero sonreían mientras conversaban.

Ahora entendía la fascinación de Crow. Desde luego era muy entretenido.

Me gustaba el modo en que la camiseta de Adelina se pegaba a su cuerpo. Se ajustaba contra sus pechos, los mismos que me había follado hacía un par de días. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en una cola de caballo y sus vaqueros negros estaban cubiertos del polvo de los campos. Adelina estaba en muy buena forma, y me encantaba verla moverse.

—Ya entiendo lo que dices.

—A Adelina le gusta pasar aquí el día. Se nota. —Las puntas de los dedos de Crow reposaban sobre su boca—. Y también se nota que a Pearl le gusta tenerla aquí. Necesita alguien con quien hablar, aparte de mí.

—No me sorprende.

Me lanzó una rápida mirada de amenaza.

—¿Qué es lo que quieres, Cane?

—Mierdas de trabajo. —Volví a la silla frente a su escritorio—. Sólo necesito que me firmes unas cuantas cosas.

Abrió la carpeta y ojeó el contenido, comprobándolo siempre todo antes de firmar cualquier cosa, y después volvió a empujar la carpeta en mi dirección.

—Ya hemos terminado.

—¿Era esa tu forma de capullo de echarme?

—No. Si te estuviera echando, te habría dicho que salieras de mi despacho. Eso nos lleva al próximo punto... Sal de mi despacho.

Me quedé sentado a propósito, sólo para irritarlo.

A Crow no pareció sorprenderle, como si estuviera esperando justo esa reacción.

—¿Cómo van las cosas por la base?

—La misma mierda de siempre. Ya sabes cómo va eso.

—¿Algún cliente nuevo desde que sacamos la última línea?

—Todavía no. Pero tampoco es que nuestros precios sean razonables.

—Si quieren lo mejor, tienen que pagar por ello. ¿Has escuchado alguna noticia de Roma?

—No, parece estar todo bastante tranquilo. Pero sólo es cuestión de tiempo antes de que nuestro siguiente competidor ocupe el lugar de Bones.

—Me pregunto quién será.

—Podríamos ser nosotros —sugerí.

—Ya hemos tenido competencia antes, y nunca nos ha afectado.

Yo siempre había sido ambicioso, queriendo pasar al siguiente nivel. Crow tenía su propio negocio, lo cual probablemente explicaba por qué no anhelaba poseer más necesariamente. Sus viñedos producían algunos de los mejores vinos de toda Italia. Una sola botella valía varios cientos de dólares. Pero yo no sabía una mierda de nada, excepto de armas, por lo que mis oportunidades de negocio quedaban bastante limitadas.

—Pero ahora que Bones ya no está, ¿por qué no ocupar su lugar? ¿Por qué no convertirnos en los números uno en el negocio en el mundo?

Cuando Crow se dio cuenta de que estaba hablando en serio, me miró con su habitual mirada sombría.

—¿Te das cuenta de todo el trabajo que supondría eso?

—Sí. ¿Y qué? —Necesitaría una distracción cuando Adelina se marchara.

—¿Y todo el trabajo que haría falta para mantener el puesto? Otros hombres querrán lo que nosotros tenemos. Tendríamos que estar constantemente luchando contra su oposición para mantener el orden. En estos momentos, somos un negocio independiente con una reputación respetable. Bones ni siquiera intentó superarnos, porque había trabajo de sobra para todo el mundo. Pero si hacemos lo que dices... estaremos pidiendo problemas.

—¿Y acaso no estás tú hecho para hacer frente a los problemas? —Mi hermano nunca le había tenido miedo a nada. Le había visto jugar a la ruleta rusa, sin dejar de apretar el gatillo ni una sola vez. Apenas parpadeaba, casi no respiraba durante toda la ronda. Cuando alguno de los hombres se volaba la tapa de los sesos, Crow se servía un trago como si no hubiera sucedido nada.

—Ya no. Lo sabes.

—¿Por ella? —Señalé con la barbilla hacia el ventanal.

—Sí —respondió con frialdad—. Ella. Pronto querrá tener hijos.

—¿Te ha dicho eso?

—No exactamente. Pero sé que piensa en ello.

—¿Y tú quieres tener hijos? —No lograba imaginarme a Crow de padre. Él se encogió de hombros.

—No he pensado demasiado en ello, la verdad. Formar una familia nunca fue una de mis prioridades. Pero claro, tampoco quería casarme... y mira cómo he terminado. —Una pequeña sonrisa le tiró de los labios—. Tengamos hijos o no, no estoy interesado en adentrarme más en la vida criminal. No voy a estar aquí para siempre, Cane.

—¿Eso qué se supone que quiere decir? —Era fuerte como un toro. Nada podría cargárselo.

—Algún día, me retiraré del negocio. Puede que antes de lo que piensas.

—Gilipolleces.

Crow asintió.

—¿Para qué demonios querrías hacer algo así?

—Ya te he contado mis motivos. —Volvió a señalar en dirección al ventanal.

—¿Y qué es lo que vas a hacer entonces durante todo el día? —pregunté con incredulidad.

—Llevar mis bodegas. Convertirme en un hombre honesto.

—Con el dinero de nuestros negocios ilegales pagaste este lugar —le recordé yo.

—Y este lugar blanqueó todo ese dinero —respondió—. Si alguna vez sientas la cabeza, lo entenderás.

Adelina me vino a la mente, y no fue una imagen de sus tetas o de su culo. Me la imaginé acurrucada en mi regazo mientras veíamos la tele en el sofá. Tenía la manta echada sobre los hombros y el pelo desparramado sobre

el almohadón. Los párpados cada vez le pesaban más a causa del cansancio, y sabía que tendría que llevarla a la cama en brazos. Aparté aquella idea de mi mente y continué estudiando a mi hermano.

—Si te vas a marchar de todas, todas, entonces a lo mejor debería continuar yo con el plan.

—Es demasiado peligroso, Cane. ¿No tienes ya bastante dinero?

—No le haría ascos a más.

—El dinero no lo es todo, y tú lo sabes.

—Pero cuenta mucho... y tú lo sabes.

Me miró desde el otro lado de la mesa con ojos calculadores.

—La cantidad de riesgo que correrías no merece la pena por esa recompensa. Quédate con lo que tienes. Salva vidas y ahórrate tiempo.

Por más que yo quisiera intentarlo, hacerlo sin Crow sería extremadamente difícil. Él era el cerebro y la fuerza detrás de nuestros negocios, igual que yo. La gente nos temía porque éramos dos, no uno nada más. Éramos los hermanos Barsetti, y todos se cuidaban de cabrearnos.

—Piensa en ello... de verdad. —Abrió el portátil y tocó el panel táctil con la punta de los dedos—. Si hemos acabado con la cháchara de chicas, tengo cosas que hacer.

—Como quieras. —Me levanté de la silla y me despedí—. Voy a darle un beso a mi dama y me marcho.

Crow entrecerró los ojos al mirarme con expresión acusatoria.

Yo me di cuenta de lo que había dicho demasiado tarde. Le resté importancia encogiéndome de hombros, como si fuera intencionado y no significara nada.

—Nos vemos. —Cerré la puerta detrás de mí y mi expresión indolente desapareció al instante.

Había sido una estupidez decir aquello... y yo lo sabía.

ESTABA EN MI OFICINA EXAMINANDO MI ARMA NUEVA CUANDO ENTRÓ BRAN. Palpé el suave material metálico, comprobé el tambor vacío y probé el centro de gravedad sosteniéndola entre mis dedos. Tener un arma poderosa era tan importante como saber usarla. Un arma tenía que ser ligera y fácil de manejar en situaciones difíciles.

Te podía salvar la vida.

—¿Qué hay? —le pregunté a Bran sin mirarlo.

—Me han llegado rumores de Roma.

Con aquello el arma perdió toda mi atención. La dejé sobre la mesa y me concentré en él por completo.

—¿Qué has oído?

—Mi amigo de la ciudad dice que ha habido movimiento en el antiguo complejo de Bones. Uno de sus matones ha intentado ponerse al mando, pero... fueron eliminados.

—¿Eliminados?

—Sí... Asesinados. Ni siquiera utilizaron armas de fuego, sólo blancas.

Aquel detalle en concreto hizo acudir una vívida imagen a mi cabeza. Sólo había un grupo de mercenarios que prefiriese las armas blancas a las de fuego. Les gustaba matar en silencio y en la oscuridad, donde no pudieran ser vistos. Nadie se daba siquiera cuenta de la matanza hasta que todo el mundo estaba muerto.

—¿Qué más has escuchado?

—Nada más. Eso es todo.

Justo aquella tarde había estado hablando con mi hermano sobre ampliar el negocio, pero si aquellos enemigos eran quienes yo pensaba, la idea no arraigaría. Eran un enemigo formidable. Sólo sabía aquello porque yo solía ser uno de ellos.

Los Skull Kings.

NO ME ENCANTABA LA IDEA DE VER DOS VECES A MI HERMANO EN UN SOLO día... pero estaba teniendo una suerte de mierda. Llegué a su casa y entré por mi cuenta. Lars me dirigió una breve mirada de irritación, disgustado por el modo en que había irrumpido en la casa, como si viviera en ella.

—¿Ha dejado de funcionar el timbre de la puerta, Sr. Barsetti? —Lars se aproximó con su chaqué, tan erguido que tenía la espalda más recta que una tabla. Llevaba una pajarita negra perfectamente anudada al cuello, en contraste con el tono perlado de su camisa. Nunca había visto a Lars con ropa de calle. ¿Dormiría así?

—No.

—Entonces, ¿por qué no lo utiliza?

—Porque necesito hablar con mi hermano. Es importante.

—En cualquier caso, íbamos a tener esta conversación, así que no ha ahorrado nada de tiempo. —Se acercó a las escaleras—. Haré saber a Su Excelencia que está aquí. ¿Le importaría esperarlo en el comedor?

Crow y yo solíamos hablar en privado en su despacho, así que no tenía sentido ponerse cómodo.

—Esperaré aquí.

—Muy bien. —Lars subió al tercer piso y desapareció durante diez minutos antes de regresar.

Tendría que haber llamado a Crow y ya está. Probablemente no me habría contestado, de todas formas. Cuando estaba en casa después de las cinco, no solía lograr ponerme en contacto con él. Ahora que tenía una mujer en casa conmigo, entendía aquello.

Lars volvió.

—Se reunirá con usted en su estudio. ¿Puedo prepararle alguna cosa?

—Sólo tomaré un poco de *whisky*. —Me dirigí hacia las escaleras.

—Por supuesto, Sr. Barsetti.

Subí hasta el tercer piso y me puse cómodo en su despacho. Los cuadros de Vanessa seguían en las paredes, porque Crow nunca los movía. Estaba

orgullosa de su arte incluso cuando estaba viva. Contemplé los botones sobre el lienzo durante largo rato, preguntándome si el arte de mi hermana tenía algo que ver con el apodo cariñoso de su esposa.

Crow apareció diez minutos después, cuando iba por mi segunda bebida.

—¿Qué?

—Hola.

Se sentó frente a mí en el sofá, claramente irritado porque lo molestara tan tarde, cuando era obvio que estaba en la cama con su mujer. Tenía el pelo revuelto, y no sólo por acabar de salir de la ducha. Pearl había estado pasando sus dedos por él, sin duda.

—¿Qué? —repitió.

—¿Te molestaría yo en tu casa si no fuera importante, capullo?

Crow cogió la licorera y se sirvió un trago.

—De acuerdo, y ¿qué es eso tan importante, Cane? Si de verdad fuera un posible desastre, me llamarías y me lo contarías todo directamente.

—La verdad es que no es algo que quiera contarte por teléfono. Bran me ha dicho que han estado pasando cosas en Roma.

Cuando Crow escuchó aquello, se tensó perceptiblemente.

—¿Qué cosas?

—Uno de los hombres que trabajaba para Bones se hizo con el control de los almacenes. Se apoderó de todas las armas, así que estaba en proceso de convertirse en el sustituto de Bones. Pero entonces algún grupo los eliminó en mitad de la noche... rebanándoles el cuello.

Crow estaba a punto de coger su vaso, pero decidió recuperar la firmeza en las manos.

Pude leer su mente sólo con mirarlo.

—Los Skull Kings.

Asentí ligeramente.

—Pensaba que estaban fijos en Grecia, pero obviamente están ampliando sus fronteras.

—A lo mejor el negocio de los asesinos a sueldo está en crisis.

—Probablemente porque todo el mundo compra toda la protección que necesita, sea a nosotros... o a Bones.

—Así que están deshaciéndose del intermediario...

—Y haciéndose con ambos servicios: el proveedor y el ejército.

Crow se apoyó contra el respaldo del sofá y abrió las piernas. Sus ojos se desplazaron hasta el fuego mientras infinidad de pensamientos le inundaban la cabeza.

—Esto no es bueno, Cane.

—No, no lo es.

—Esto es justo lo que te advertí.

—¿Cómo podía yo saber que iban a convertirse en nuestra competencia? —pregunté con incredulidad—. Llevo siete años sin saber nada de ellos.

—¿Has hablado alguna vez con Constantine en ese tiempo?

—Ni una. —Constantine era el líder de los Skull Kings. Un líder implacable con un apetito voraz que mataba hombres sin piedad. Aceptaba su comisión y hacía exactamente lo que el cliente había pedido. Si le decían que torturara a una mujer hasta la muerte por haber engañado a su marido, lo hacía sin pestañear. El asesinato no significaba nada si se ponía la cantidad adecuada de dinero sobre la mesa.

—¿Cuál piensas que será su actitud con nosotros?

—Ni idea. Es posible que no nos vea como una amenaza.

—Pero podría ser ambicioso... igual que tú.

Constantine era un hombre extremadamente ambicioso. Era evidente que se había pasado a este sector porque había visto una oportunidad y había decidido aprovecharla.

—Si se vuelve contra nosotros, yo me retiraré.

—Y una mierda —salté yo—. No somos unos nenazas.

—Esto no va de mi orgullo. Tengo esposa, por si lo has olvidado. Saben que la mejor forma de obligarme a cooperar es secuestrándola... a menos que

se te haya olvidado lo que le pasó a nuestra hermana.

—El negocio es nuestro. Nos lo dejó nuestra familia.

—Estas organizaciones surgen y desaparecen todos los días —respondió Crow—. Tenemos dinero más que suficiente para el resto de nuestras vidas.

—Pero nada que hacer con nuestro tiempo. Tú tienes las bodegas. Yo sólo tengo esto.

—Entonces encuentra una afición —saltó Crow—. Encuentra una mujer.

Yo ya tenía una mujer.

—No voy a entrar en guerra con Constantine. Si Pearl no estuviese, la cosa sería diferente.

—Sabe defenderse sola.

Él apretó la mano alrededor del vaso, como si estuviera a punto de lanzármelo a la cara.

—No me digas lo que es mejor para ella. Soy su marido. Yo tomaré esa decisión.

Era imposible razonar con Crow cuando se ponía así.

—Me conoces. No me doblego ante nadie. Moriré luchando... siempre.

—Yo soy igual... si merece la pena morir por ello. Tú y Pearl sois las únicas dos cosas por las que estaría dispuesto a hacer ese sacrificio.

Yo sabía que haría cualquier cosa por mí, pero me conmovió escuchar su confesión de todos modos.

—De todas formas, nos estamos adelantando a los acontecimientos. Por lo que sabemos, Constantine sólo quiere el antiguo negocio de Bones... y nada más. Terminamos en buenos términos. No debería guardarme ningún resentimiento.

—Eso piensas tú. Pero cabreas a muchísima gente, Cane.

—Es sólo a ti, capullo.

—No —dijo fríamente—. Es a todo el mundo.

Se entreabrió la puerta y entró Pearl. Llevaba ropa de Crow puesta, una camiseta negra enorme que le llegaba por las rodillas y pantalones grises de

chándal también suyos. Le sobraban por lo menos cinco tallas.

—Podía oíros desde el otro lado del vestíbulo. —Tenía el pelo enredado, seguramente porque Crow se lo había agarrado antes con el puño. Se acercó al sofá y se sentó junto a Crow—. ¿De qué estáis hablando?

Crow sacudió la cabeza, un gesto más dedicado a mí que a su mujer.

—Negocios.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No a menos que sepas construir armas —dije yo—. Nos ha llegado un envío, pero todo es defectuoso.

Los ojos de Crow brillaron de sorpresa al presenciar lo fácilmente que mentía. Pero no tendría que haberle sorprendido. Era un criminal, al fin y al cabo. Mentía para ganarme la vida. Hasta había matado para ganarme la vida, en un momento dado.

—¿Por qué estás aquí entonces? —preguntó—. Parece algo que puede tratarse por teléfono.

A pesar de la irritación, Crow sonrió ligeramente ante su intuición.

—No seas malcriada —salté yo—. Crow y yo tenemos que hablar de cosas nuestras. No hace falta que lo sepas todo. —Bebí del vaso y volví a dejarlo sobre la mesa.

—Soy una Barsetti. Así que vuestra conversación es de mi incumbencia. —Se sirvió su propio vaso y dio un largo trago, demostrando que podía beber alcohol como nosotros—. Suéltalo ya.

—Acabo de hacerlo —dije yo.

Entrecerró los ojos con furia, pero sólo fue un intento patético de intimidarme.

—¿Cómo de tonta te crees que soy?

—Bastante tonta.

Sin dudar, agarró el vaso y se preparó para darme con él en la cabeza.

—Para, Botón. —Crow cogió el vaso y lo dejó en el otro extremo de la mesa—. Lo que Cane y yo hablábamos no es de tu incumbencia, así que

déjalo ya.

Ahora fue él quien recibió su mirada de odio.

—¿Quieres que te tire el vaso a la cabeza a ti, en vez de a él?

—Me gustaría verte intentarlo. —Lo dijo serio, retándola a desafiarlo.

Pearl era inteligente y no hizo nada. Dejó el tema, decidiendo probablemente interrogarlo a él cuando estuvieran a solas.

—Parece que Adelina te gusta mucho.

—Se acuesta conmigo —dije yo secamente—. Pues claro que me gusta.

Pearl se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, dedicándome una mirada directa de la que no podía escabullirme.

—Me ha dicho que esta mañana le has hecho el desayuno y se lo has llevado a la cama.

La mirada acusatoria de Crow volvió a posarse en mí.

—Sí, ¿y? —pregunté—. Cociné y le llevé las sobras.

—Le hiciste tortitas, patatas, beicon, huevos, café y zumo de naranja recién exprimido —saltó Pearl—. ¿Has hecho todo eso para ti? Y una mierda. Ni siquiera sueles desayunar.

Sentí ganas de partirle ese esbelto cuello suyo.

—Anoche se la metí por el culo. Sólo estaba intentando compensárselo.

Pearl tampoco se tragó aquello.

—Me ha contado que estuviste haciéndole el amor delante de la chimenea toda la noche.

Los ojos de Crow se estrecharon aún más.

Joder. Aquello no me hacía quedar bien.

—No me dijo nada de dar por el culo —dijo Pearl—. Y eso es porque no pasó.

Me encantaría darle por el culo a Adelina, pero saber todas las cosas espantosas que le había hecho Tristan me hacía replantearme mis fantasías más oscuras. Era virgen antes de que la violaran, y yo quería enseñarle que el sexo podía ser algo bueno. Podía ser la sensación más maravillosa del

mundo. Utilizarla para mis propios placeres perversos... no estaba bien. Pero si admitía algo de todo aquello, parecería un maldito nenaza. Crow ya tenía sospechas sobre que se la fuera a devolver a Tristan. No quería darle ningún motivo para que me presionara.

—¿Por qué mientes, Cane? —presionó Pearl.

—No estoy mintiendo —contesté—. ¿Por qué no te limitas a meterte en tus putos asuntos?

—Adelina es mi amiga. Es asunto mío.

—No. Es mi esclava... no la tuya.

Si Pearl hubiera tenido un arma, me habría disparado.

—No es una esclava. Es una persona. Todo esto me cabrearía mucho más si no supiese que estás haciendo lo imposible por hacerla feliz.

—No estoy haciendo nada por hacerla feliz. Me importa un comino si es feliz o no.

—¿Entonces por qué te la estás llevando a hacer turismo por toda Italia? —preguntó Pearl—. ¿Eh? ¿Por qué te la llevaste a Siena el otro día? ¿Por qué le has enseñado Roma?

¿Por qué diablos estaba largando Adelina hasta el último detalle?

—Tenía cosas que hacer allí de todas formas.

Pearl puso los ojos en blanco.

—No me lo trago.

Crow se llevó la punta de los dedos a la sien.

—Me parece que yo tampoco me lo trago.

Allí en la palestra quedaba al descubierto. Tanto Crow como Pearl me dirigían miradas incriminatorias. Estaba volviéndose cada vez más difícil ocultar mi afecto por Adelina, y no sólo a ellos, sino también a mí mismo.

—Tened un poco más de confianza en mí. Sabéis que no soy malo. ¿Qué pasa si quiero que Adelina lo pase bien? ¿Qué problema hay si quiero hacerla feliz antes de que la palme?

—Nunca te he visto preocuparte porque nadie lo pase bien —dijo Pearl.

—Ni siquiera eres amable con Lars cuando vienes a casa —dijo Crow—. Y te sirve comida.

—Eso es porque no le caigo bien —dije yo amargamente.

—Porque lo ataste y a mí casi me matas —dijo Pearl—. Estaba fría y azul en el suelo y tú ibas a dejarme morir así. Así que no te sientes ahí y me digas que no eres más que un buen tipo que sólo quiere hacer que se lo pase bien. No es tu estilo... y los dos lo sabemos.

Cuando me inundó la culpa, desvié la vista. No era capaz de mirar a mi cuñada a los ojos cuando me recordaba lo que había hecho. La había pateado por el suelo como a un perro, le había pisoteado la cabeza y le había dado puñetazos en la cara. Me había perdonado por ello, pero yo nunca me perdonaría a mí mismo por cometer aquel error.

—La única razón por la que estás actuando de esta manera es porque esa chica te gusta de verdad —dijo Pearl—. Es la única explicación.

—Lleva tres semanas viviendo conmigo —dije—. Es algo difícil no coger cariño a alguien con quien pasas todo el tiempo. Creo que es una mujer bastante alucinante con un espíritu increíble. Se merece más que la mano de mierda que le han repartido. Pero eso es todo...

A juzgar por la fría expresión que me dedicó Pearl, no se lo había tragado.

Ni mi hermano tampoco.

Pero su opinión no debería importarme.

—En una semana se la voy a devolver a Tristan. Y ahí se acabará el asunto.

—¿De verdad vas a llevársela? —preguntó Pearl con incredulidad—. Acabas de decir que es una mujer increíble.

—Todos los días mueren montones de mujeres increíbles.

—¿Así que vas a dejarla allí, volver a casa y meterte tranquilamente en la cama? ¿Vas a dormir de un tirón toda la noche? —preguntó Pearl—. ¿Vas a poder vivir con la culpa de haberte marchado?

Me contemplé las palmas de las manos y las froté entre sí, negándome a mirarla a los ojos.

—Hemos hablado de esto docenas de veces... No hay nada que nosotros podamos hacer.

—Pero...

—Crow. —Yo ya estaba enfrentándome a un millón de emociones en aquel momento, y no necesitaba que Pearl me recordara la difícil tarea que tenía por delante. No devolver a Adelina provocaría una guerra que no podríamos ganar. Ahora que los Skull Kings podían ser un problema potencial, podía hacer aún menos por Adelina... aparte de pasarle las pastillas de cianuro.

Mi hermano supo exactamente lo que le estaba pidiendo.

—Botón, déjalo ya.

Por lo general Pearl lo habría desafiado, pero su tono hizo que decidiera no hacerlo.

Incliné levemente la cabeza en señal de gratitud.

—Debería ir marchándome. Siento haber interrumpido vuestra velada. —Me terminé la bebida antes de dirigirme hacia la puerta del despacho.

Crow me siguió fuera, acompañándome por las escaleras hasta la misma puerta delantera. Pearl no nos acompañó, probablemente porque sabía que no era bienvenida. Salimos al camino de entrada de gravilla. Mi coche continuaba aparcado exactamente donde yo lo había dejado, ya que el aparcacoches sabía bien que no tenía que tocar mis cosas.

—Pearl ha metido el dedo en la llaga, ¿no? —dijo mi hermano—. Tiene tendencia a hacerlo.

—Yo no tengo llagas. —Abrí el coche pulsando un botón.

Él se cruzó de brazos y me miró fijamente como si tuviera algo más que decir, aunque se negó a pronunciar palabra.

—¿Por qué estás mirándome así? —Masajeé las llaves con la mano, necesitado de algo que hacer con los dedos.

—Ahora que es posible que tengamos que enfrentarnos a los Skull Kings, sabes que tenemos temas de sobra entre las manos.

—Te he dicho que la devolveré, Crow.

—Y más te vale hacerlo, Cane. No podemos combatir en dos frentes.

—¿Me estás escuchando siquiera? —salté yo—. He dicho que voy a devolverla como una docena de veces.

—Te he escuchado, pero tus palabras contradicen todo lo que estás haciendo. Pearl ha dado en el clavo, Cane. Lo sabes.

—No estoy enamorado de ella.

—Desde luego lo parece.

Le di la espalda, harto de la conversación.

—Luego hablamos, Crow.

—¿Qué te parece si la devuelvo yo?

Después de abrir la puerta del coche, me di la vuelta para mirarlo.

—¿Cómo?

—Si la llevo yo, ambos sabemos que se hará el trabajo. Y tú no tendrás que sentirte como el malo de la película.

Aquella posibilidad era casi tentadora. No tendría que ensuciarme las manos, ni ver cómo Tristan le daba un puñetazo en cuanto volviera a estar bajo su poder. Pero aquello le sería de poca ayuda a Adelina. Yo podría consolarla durante el viaje. Podría abrazarla antes de que tuviera que volver a manos del diablo. Conmigo estaba cómoda, confiaba en mí. Era lo menos que podía hacer.

—Tengo que hacerlo yo. Será muchísimo más duro para ella volver si yo no estoy. Y además, no soy un cobarde.

Crow terminó por dejar el tema y volvió a entrar en la casa. No se despidió, descartando la conversación con su silencio. Al cerrarse la puerta, le oí correr el cerrojo.

Me metí en el coche y volví a casa.

ADELINA YA HABÍA CENADO Y LIMPIADO LA COCINA. AHORA ESTABA EN EL sofá de la sala de estar, viendo uno de los canales en inglés que captaba con la televisión por satélite. Era una reposición de una comedia popular en Estados Unidos. Estaba leyendo al mismo tiempo, con el sonido del programa solamente como ruido de fondo. Levantó la vista al escuchar mis pisadas sobre el parqué.

—¿Qué tal el trabajo?

Después de la conversación que había tenido con mi hermano, realmente dábamos la impresión de ser una pareja. No quería obsesionarme con sus palabras, pero ya lo había hecho.

—Bien. ¿Qué tal tu día?

—Bien. He cenado hace unas cuantas horas, pero te he tapado un plato y lo he metido en la nevera.

—Gracias. —Estaba acostumbrado a volver a una casa vacía sin nadie que se preocupara por mis comidas. Que una bella mujer se tomara el tiempo de preocuparse por mí era una sensación agradable. La última vez que había tenido aquella sensación había sido con mi madre y Vanessa. Cuando murió mi madre, Vanessa se convirtió con rapidez en la matriarca de la familia. Se aseguraba de que Crow y yo comiéramos bien y nos cuidáramos.

Nunca le habíamos devuelto su amabilidad.

Dejé mi bolsa sobre la encimera y aflojé el arma de la cartuchera. La dejé sobre la mesa como si fuera un reloj.

Adelina la miró de reojo antes de apartar rápidamente la vista.

—¿Te hace sentir incómoda? —Abrí uno de los cajones y metí dentro el arma para que no tuviera que mirarla.

—No... —Volvió a su libro. Iba con una de mis camisetas largas y unas bragas, relajada en casa porque sabía que yo era la única compañía que iba a tener. Iba bien peinada y se había maquillado con productos que conseguía cuando íbamos a comprar.

—¿Alguna vez has manejado un arma?

Cuando no levantó la vista de su lectura, supe que no quería hablar de ello.

—No.

Dejé el tema y me acerqué al sofá junto a ella. Tenía una copa de vino sobre la mesa, por lo que di un trago rápido antes de volver a dejarla. Pasé a ella a continuación, depositando un suave beso en sus labios.

Al principio no respondió, pero tras el contacto inicial me devolvió el beso. Sus labios suaves y carnosos se movieron contra los míos, y en un momento sus actos se volvieron apasionados. Me metió la lengua en la boca antes de que yo tuviera oportunidad de hacerlo.

Era algo por lo que me encantaba volver a casa.

Mi mano se movió hasta su nuca, sintiendo los sedosos mechones, tan agradables al tacto. Me encantaba tirar de su cabellera, pero por ahora, disfrutaba acariciándola. Me aparté y después froté su nariz con la mía. Era un gesto cursi de cariño, pero con ella surgía de manera natural.

Me miró con afecto, sin pensar ya en la pistola para nada.

—¿Por qué has vuelto tan tarde?

—He tenido un día largo. Tuve que pasar por casa de Crow para hablar con él.

—Espero que todo vaya bien.

—Siempre va bien. —Volví a coger su copa y di otro trago—. ¿Y qué es lo que ha hecho mi pequeña chef?

—Nada demasiado elegante. Pollo con verduras.

—A mí me parece elegante. —La besé en la mejilla antes de levantarme del sofá.

Me siguió con la vista mientras entraba en la cocina. Hasta con la puerta cerrada podía sentir su mirada penetrante. Recalenté la comida en el microondas antes de acercarme a la encimera y dar unos cuantos bocados. La comida casera sabía muchísimo mejor cuando aquella preciosa mujer la

preparaba para mí.

Estaba a punto de llevarme la comida a la sala de estar cuando Adelina entró en la cocina. La luz de sus ojos se había extinguido, y su suave boca se había contraído en una intensa mueca. Hasta tenía los ojos ligeramente vidriosos.

Ya la conocía mejor que nadie, y supe que algo no iba bien.

—*Bellissima*, ¿qué te pasa?

Se quedó de pie junto a la encimera frente a mí e inclinó la cabeza, bajando la vista hasta la superficie de granito.

Dejé el tenedor mientras esperaba.

—Cuéntamelo.

—Es difícil de explicar...

—Soy un tío bastante listo, a pesar de lo que diga Crow. Lo entenderé.

Ella volvió a alzar la mirada, con los ojos brillantes.

—Me gusta mucho este sitio. Acabo de darme cuenta de todo lo que voy a echarlo de menos...

El corazón me empezó a dar un vuelco.

—Tiene algo que ver con que vengas a casa estando yo sentada en el sofá... y haberte dejado la cena en la nevera. Es tan corriente y tan insignificante, pero tan agradable al mismo tiempo. Tan comfortable.

Ahora fui yo el que bajó la cabeza.

—No sé cómo explicarlo...

—Sé exactamente a lo que te refieres. A mí también me gusta.

—Y no sólo porque antes estaba prisionera. Siento este sitio como mi hogar... lejos de mi hogar.

Mi apetito fue desapareciendo mientras escuchaba el sonido de su dolor. Rodeé la encimera hasta ponerme a su lado, viendo sus lágrimas de cerca. Le rodeé la cintura con los brazos y me quedé de pie detrás de ella, con la cara apoyada en su nuca.

—Lo lamento de verdad, *Bellissima*. Desearía que pudieras quedarte.

—Yo también.

Le di un beso en la nuca y un suave apretón.

Cubrió mis brazos con los suyos y apoyó la cabeza contra mi pecho, bañándome en su perfume. Parecía diminuta entre mis brazos a pesar de haber engordado algunos kilos. Tenía el vientre y los muslos más voluminosos, pero sus curvas me volvían loco. Quería que cogiera más peso, que se preparara antes de volver a aquel agujero infernal.

Desearía poder seguir alimentándola para siempre.

ESTABA APRETADO CONTRA ELLA ENTRE SUS PIERNAS, CON LOS BRAZOS apoyados detrás de sus rodillas. Mis caderas se balanceaban lentamente al penetrar su humedad. Tenía los ojos clavados en ella y le hacía el amor con lentitud, como si no tuviera prisa por terminar. No la tomé bruscamente por detrás. No la até, ni la inmovilicé. No saqué ninguno de los oscuros deseos que anidaban en lo profundo de mi pecho. Cuando se trataba de ella, sólo deseaba hacer las cosas despacio, suavemente.

Sólo quería ser bueno con ella.

Cada vez que respiraba hondo, sus pechos se elevaban hacia mí. Oscuros y rosados, sus pezones estaban erectos como pequeñas balas. Tenía los pechos más firmes, redondeados y jugosos del mundo. Me encantaba besarlos cuando estaba encima de mí, moviéndose lentamente, justo como yo hacía con ella. Sus manitas se agarraban a mis bíceps, aferrándose a los poderosos músculos al contraerse. Yo era capaz de sostener mi cuerpo fácilmente sobre ella, el abdomen tenso y el tronco recto. Cada vez que la penetraba, me deleitaba en su estrechez y en su humedad. Era como un pedazo de cielo, un lugar maravilloso del que yo podía disfrutar en exclusiva.

Hacer el amor era de tontos. Pero supongo que ahora yo era un tonto.

—Cane... Me voy a correr. —Se mordió el labio inferior mientras yo me

introducía por completo en su interior.

—Lo sé, *Bellissima*. Siempre te corres.

Ella jadeó ruidosamente, sus gemidos aumentando de intensidad hasta convertirse en gritos de pleno derecho. Me hundió los dedos en la carne y sus muslos intentaron juntarse, pero mi cuerpo impedía el movimiento. Arqueó la espalda, sus bellos pechos apuntando al cielo. Siguieron más gemidos incoherentes y gritó mi nombre varias veces.

Ahora venía mi parte favorita. Adoraba todo aquel proceso, desde el principio hasta el final, pero nada me hacía sentir más masculino que derramar mi deseo en su interior, rellenándola con mi semilla. Di unos cuantos empujones más antes de enterrarme en ella por completo y eyacular, dándole todo mi semen. Apoyé mi frente en la suya y gemí.

—*Bellissima...* —Aquella conexión era algo que anhelaba con todas mis fuerzas, algo que amaba. Era la mejor sensación del mundo, mucho mejor que con cualquier otra amante con quien hubiera disfrutado antes.

Me agarró las caderas y tiró de mí, aunque sabía que no había nada más que introducir. Sus ansias me hicieron disfrutarlo más. Deseaba tanto que me corriera en su interior como yo hacerlo.

Besé su frente antes de retirarme lentamente, mi semen deslizándose hasta su entrada. Mi erección fue perdiendo fuerza poco a poco al entrar en contacto con el aire, todavía cubierta en sus exquisitos jugos. Le di un beso en el interior de los muslos antes de entrar en el cuarto de baño y meterme en la ducha. Estaba un poco ido, sin pensar realmente en nada. Ahora me encontraba absolutamente relajado, satisfecho de un modo carnal. Me quedé bajo el agua y cerré los ojos.

Adelina se reunió conmigo un momento después, su bello cuerpo aún más asombroso cuando estaba mojado. El pelo oscuro se le pegaba a la piel mojada, y el maquillaje se le emborronó al instante, desapareciendo con el agua. Se quedó debajo e inclinó la cabeza hacia atrás, permitiendo que el pelo descendiese entre sus omoplatos.

La contemplé hechizado, a pesar de que llevaba mirándola toda la noche. Mi cariño por ella había aumentado con rapidez desde la primera vez que le había puesto los ojos encima. Entonces podría haberla violado, pero no lo hice. Podría haberla obligado a hacer lo que yo quisiera, pero no lo hice. No estaba seguro de si realmente era un buen hombre, o si era ella la que me convertía en uno.

En cualquier caso, la respetaba. Y sabía que no se merecía todo aquello. Una mujer tan guapa y amable como ella no se merecía sufrir de esa manera, apreciando mi amabilidad cuando yo ni siquiera era una persona amable.

Me frustraba.

Deseaba que hubiera una solución. Deseaba que hubiera un modo de poder salvarla sin ponerme en peligro yo o a mi familia. Ahora que tenía un oponente considerable en otro frente, era aún menos lo que podía hacer por ella.

Aparte de ayudarla a suicidarse.

—¿Qué te pasa? —Debía de haberse dado cuenta de que llevaba mirándola fijamente casi cinco minutos sin decir nada.

—Sólo estoy pensando.

—¿En qué piensas?

En cosas que preferiría no decir.

—Nada importante.

—¿Por qué no me creo eso? —Sonreía ligeramente, tomándome el pelo.

No me podía creer que no hubiera ninguna solución para aquel problema, que los hermanos Barsetti no logran encontrar una manera de salvar a aquella mujer inocente. Yo tenía éxito en cualquier cosa que me proponía.

—¿Alguna vez has usado un arma?

Ella hizo una mueca ante aquella repentina pregunta, dejando de sonreír.

—¿Cómo?

—¿Has manejado alguna vez un arma? ¿Como una pistola?

—Eh... no. —Se echó champú en la palma de la mano, masajeándolo

despacio sobre su cuero cabelludo—. La primera vez que vi una fue cuando me capturaron... pero nunca he tocado ninguna.

Tuve una idea... aunque no era una idea excelente.

—¿Qué tal si te enseño?

—¿Qué se lograría con eso?

—¿Qué te parece que te enseñe a utilizar una, y cuando te devuelva a Tristan, te la llevas contigo? Escondida en algún sitio entre la ropa. Cuando estés dentro, en cuanto tengas la oportunidad, le disparas entre los ojos.

—¿Y eso de qué serviría? Tiene veinte hombres en ese complejo en todo momento.

—Mata a tantos como puedas. Si los matas a todos, podrás escapar.

—¿Y Lizzie?

—Obliga a Tristan a decirte exactamente dónde está. Si le estás apuntando al cráneo con una pistola, hablará.

Ella se aclaró el champú del pelo con una expresión de derrota en el rostro.

—Cane, yo no soy tú. Jamás lograría hacer algo así. Me vas a devolver en una semana. Para hacer cosas de agente secreto como esas, tendría que entrenarme durante meses.

Desde luego, el tiempo no estaba de nuestra parte.

—Aunque mate a Tristan, me van a matar de todas formas. Y entonces no sabré si Lizzie consiguió o no sobrevivir. Al menos, si muero de causas naturales, se olvidarán de mí.

—Lizzie sufrirá de todos modos, aunque no la hayan matado.

Los ojos de Adelina se llenaron de tristeza.

—Respeto tu lealtad hacia ella, pero apuesto a que ella querría que te salvaras tú.

—Estamos juntas en esto —susurró.

—Pero no deberíais estarlo —dije yo—. Ella querría que huyeras. Si Crow y yo estuviéramos en esta situación, yo también querría que él huyese.

Sería nuestra única victoria posible. Yo podría arreglar tu huida y hacer que todo pareciera legal. Hasta le puedo pedir a Crow que me dispare en el brazo, para hacerlo creíble para Tristan. Podríamos dejar rastros de tu fuga, para que tengan algo que seguir...

—No. Ya he dicho que no.

Suspiré de frustración.

—Sólo quiero ayudarte, *Bellissima*.

—Lo sé. Pero no puedes. Ya has hecho bastante.

—No tiene por qué ser así.

—Sí que tiene... —Se dio la vuelta hacia el grifo, ocultándome su rostro. El agua resbalaba por los esbeltos músculos de su espalda, y unos cuantos mechones de pelo se le pegaban entre los omoplatos—. Yo ya lo he aceptado, Cane. Tenemos que olvidarnos del tema.

—Me dijiste que no te querías marchar. —Alcé las manos y las puse sobre sus pequeños hombros, dándoles un suave apretón—. Y, sinceramente... yo tampoco quiero que te vayas.

—Pero no siempre podemos tener lo que queremos. La vida no es justa. Me siento simplemente agradecida por haber tenido una vida tan maravillosa antes de que me raptaran. Y tú has sido buenísimo conmigo.

Le rodeé la cintura con los brazos y le di un beso en el hombro. Mi amabilidad sólo existía en su percepción. La había aceptado como moneda de cambio, tratado como a ganado más que como a un ser humano, llenándola con mi semilla antes de devolverla al lugar del que había venido. La única auténtica amabilidad que le había demostrado había consistido en comidas calientes y un lugar para dormir.

—Tengo mucho por lo que estar agradecida. Eso es lo que lo hace tan difícil.

Que pudiera ver el lado bueno cuando sólo había malo se me escapaba por completo. Hacía falta una persona especial para ver la luz entre las tinieblas más absolutas.

—Desearía que hubiera algo que yo pudiese hacer. Y no lo digo sólo por decir.

—Eso ya lo sé, Cane. —Se dio lentamente la vuelta otra vez hacia mí, todavía con expresión triste, pero con un aire ligeramente más optimista—. ¿Conseguiste las pastillas?

Ya hacía tiempo que las tenía, pero no había querido mencionarlas. Incluso ahora, me resistía a pronunciar las palabras en voz alta. Me limité a asentir ligeramente.

—¿Cuántas necesito?

—Sólo una. Pero te daré unas cuantas. Sólo por si acaso.

—¿Qué me va a pasar?

Los últimos minutos de su vida serían dolorosos. Contarle los detalles sólo lograría empeorar la espera.

—Eso da igual. Cuando estés preparada, trágate una y ya está. Todo habrá terminado en menos de cinco minutos. —Al imaginármela pasando por aquello sentí una profunda sensación de desconsuelo.

Ella asintió.

—Vale... menos de cinco minutos. Eso puedo soportarlo.

Una bala en la cabeza sería más compasiva, pero ella no podía permitirse aquel lujo.

—Lo lamento.

—No es culpa tuya, Cane. Ni tampoco mía.

—No, no lo es...

—En todo caso, debería estar dándote las gracias. Has sido muy bueno conmigo desde la primera vez que nos vimos. Al final has resultado ser una bendición. Una luz en medio de toda esta oscuridad. Y Crow y Pearl también. He tenido mucha suerte de conoceros a todos.

—No. —Posé los labios sobre su frente—. Soy yo el que tiene suerte.

ESTABA SENTADO EN MI ESCRITORIO EN LA BASE CUANDO SONÓ EL TELÉFONO.

En la pantalla no aparecía ningún nombre.

No aparecía ningún número.

De hecho, no aparecía nada de nada. Cualquier identificación estaba completamente oculta. La que llamaba no era una simple persona. Aquel era el tipo de precaución que sólo emplearía alguien con algo que ocultar.

No tenía ni idea de quién podría ser.

Pero aquello no impidió que contestara con la misma confianza de siempre.

—Cane Barsetti. ¿Qué puedo hacer por usted?

Siguió una larga pausa durante casi treinta segundos.

Pero yo no pensaba decir ni una palabra más. Me había dirigido a aquella persona en tono casual. No pensaba picar ningún anzuelo más.

Por fin, alguien dijo algo.

—Ha pasado mucho tiempo, Cane. —Masculina, grave y profunda, su voz sonaba exactamente igual que entonces. Había recibido órdenes tuyas las veces suficientes para no olvidar aquel tono. Constantine seguía desprendiendo una paciencia tranquila, una autoridad silenciosa. Llevaba siete años sin hablar con él, desde el día en que había abandonado su culto—. ¿Qué tal van las cosas en el mundo de la distribución de armas?

Los rumores que había escuchado Bran eran ciertos. Constantine no era sutil dejando claras sus intenciones. Pero así era como él jugaba al juego: sin jugar al juego.

—No me puedo quejar. —No iba a revelar más de lo imprescindible. Después de todo, aquella conversación no estaba destinada a ser profunda. No tardaría en comunicarme el motivo de su llamada—. ¿Qué tal van las cosas en el negocio de los Skull?

—Nunca han ido mejor. Ayer nos cargamos a una familia entera... Todas y cada una de las generaciones. Ahora ya no son más que nombres en los libros de historia... si alguien se toma la molestia de consultarlos.

Ni se me había pasado por la cabeza que su crueldad hubiera disminuido. Si alguien pagaba un precio lo bastante alto, Constantine haría cualquier cosa que le pidieran. No entendía de compasión, remordimientos ni nada de eso. La gente decía que los Barsetti no tenían corazón. Nosotros éramos santos comparados con este tío y sus hombres.

—Entonces estarás cansado.

—Pues no, la verdad. Aún no me he acostado. Ya sabes lo que pasa con la adrenalina, Cane.

Yo me había unido a los Skull Kings hacía muchísimo tiempo. Tenía deudas y necesitaba el dinero. Cumplía órdenes sin hacer preguntas. Al terminar aquel periodo, dejé la organización y nunca le hablé de ella a nadie... aparte de Crow.

—Lo recuerdo.

—Te da la temblequera... pero en el buen sentido.

Continué sentado en silencio, esperando a que hiciera su siguiente movimiento. Sabía exactamente para qué me llamaba, pero no pensaba hacer ninguna excepción.

—Llamo para expresar mi gratitud. En cuanto tú y tu hermano eliminasteis a Bones, quedarse con sus negocios ha resultado bastante sencillo. Tenemos un almacén lleno de material, esquemas de nuevos diseños y un grupo de hombres ansiosos por trabajar. Sinceramente, me sorprende que no aprovecharais vosotros la ocasión cuando tuvisteis la oportunidad.

Fui muy cuidadoso con mi respuesta, pero no tardé demasiado en encontrar qué decir. Las pausas eran buenas, pero cuando se alargaban demasiado indicaban incompetencia.

—Mi hermano y yo tenemos todo el trabajo que necesitamos. No nos interesa monopolizar el mercado.

—¿Eso sabes quién lo dice?

Esperé a que llegara el insulto.

—Los imbéciles. Cuando hay dinero sobre la mesa y aun así te retiras de

ella... eso es una imbecilidad.

—El dinero no lo es todo, Constantine.

—Supongo que entiendo por qué Crow podría decir eso, ya que se acaba de casar... pero ¿cuál es tu excusa?

Me vino a la mente una imagen de Adelina.

—Tengo aficiones, Con. A lo mejor deberías pensar en tener algunas.

Soltó una risita al otro lado de la línea, sonando como un robot. Era cualquier cosa menos genuina. Un poco aterradora, de hecho.

—Todas mis aficiones van sobre dinero... y poder.

—Yo ya tengo todo el dinero y el poder que necesito.

—Ah, ¿sí? —preguntó—. Entonces supongo que no tendrás ningún problema en retirarte y dejarnos todo el negocio a nosotros, ¿no?

Era exactamente lo que me había temido. No permitió que el silencio durara demasiado tiempo.

—Me parece que es demasiado trabajo para una sola persona. Tienes los ojos mucho más grandes que el estómago, Con. Y si comes demasiado, te vas a poner enfermo.

Se rio ante mi juego de palabras.

—Siempre se te dieron bien las palabras, Cane. Pero a mí siempre se me dieron bien los actos.

Antes de que pudiera emitir algún tipo de amenaza, me hice con el control de la conversación.

—A los dos nos resultaría fácil hacernos con el mercado. Bones llevaba muy bien su negocio, pero su influencia tenía límites. Siempre necesitas otro par de ojos para ayudarte. Tú puedes ayudarme a mí, y yo a ti.

Constantine resopló divertido.

—Quieres que hagamos negocios juntos.

—Juntos no —dije yo—. Pero si yo no puedo aceptar un cliente, te lo enviaré a ti. Si me entero de que hay alguien más distribuyendo armas, podemos cargármolo juntos. Entiendo tu confianza, pero llegas a un negocio

completamente nuevo. El veterano en esto soy yo. Tú no eres más que un novato.

Silencio.

Puede que hubiera hablado de más.

—Coexistiremos pacíficamente. Acabo de matar a Bones. Odiaría tener que matar a alguien más... —Proferir amenazas era algo que había que evitar a toda costa, pero si no demostraba fuerza, él podría dudar de mi poder. Era mejor recordarle que yo era un enemigo formidable, hasta si pensaba que él mismo contaba con ventaja. Crow estaba dispuesto a replegarse en cuanto las cosas se pusieran difíciles, pero yo no quería tomar aquel camino. Aquel negocio era todo lo que tenía. Podría retirarme y pasar el resto de mi vida bebiendo vino, pero necesitaba algo que me hiciera levantarme de la cama por las mañanas. No tenía una esposa, así que necesitaba otra cosa.

—Yo también odiaría tener que matar a alguien, Cane —dijo Constantine por fin—. Especialmente a alguien que me cae bien de verdad.

CROW

ESTABA EN LAS BODEGAS, sentado ante mi escritorio, pero mi mente no estaba ocupada en pedidos, informes ni clientes. Botón acababa de salir a los campos con una blusa blanca. Cogía algunas uvas y comprobaba la hilera mientras se pasaba la mano por el pelo, pareciendo una visión bajo el sol. Tenía un poco de sudor alrededor del cuello y sentí deseos de enjugárselo con la lengua.

Podía estar mirándola todo el día.

Había entrado en el almacén en donde se guardaban las barricas de vino hacía un cuarto de hora, pero yo no había dejado de pensar en ella. La acompañaba Adelina, probablemente hablando de vino o de Cane.

Al final dejé lo que estaba haciendo y me dirigí al almacén, justo a la salida de la oficina principal. Recorrí el sendero de adoquines y entré en la sombra que arrojaba el edificio. Botón estaba abriendo una caja llena de vino nuevo, mientras Adelina lavaba los platos en el otro extremo de la habitación.

Me acerqué a Botón, que tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que estaba allí. La indiferencia desapareció de inmediato de su mirada, convirtiéndose en afecto con un toque de excitación. Dejó la botella que estaba examinando y me dedicó toda su atención.

—Hola.

Apoyé el brazo contra la barra y me arrimé dulcemente a ella,

contemplándola más como a una posesión que como a una persona. Con mi esposa tenía una reacción instintiva que nunca había tenido con nadie más. No eran los besos, ni los abrazos. Era la intensidad con la que la miraba, la forma en la que ocupaba su espacio sin pedir permiso. A diario intercambiaba más palabras con Lars o con Cane, pero con ella me comunicaba muchísimo más. Ahora mismo, mis intenciones quedaban perfectamente claras. No estaba de humor para charlas, porque nunca había sido un buen conversador. Quería sus piernas abiertas, y su sexo húmedo lleno de mi enorme miembro. Quería que se mordiera el labio inferior para que siguiera callada hasta que yo terminara. Se me podía llamar antiguo, pero aquello era lo que había llegado a esperar de mi esposa. Yo trabajaba y la mantenía: su trabajo era follarme.

—¿Qué? —Dejó la botella sobre el mostrador y se enfrentó a mi intensa mirada.

Yo me limité a hacer un gesto con la cabeza en dirección a la oficina.

—¿Y ya está? —preguntó ella—. ¿No me dedicas ni una sola palabra?

Entrecerré hostilmente los ojos y me alejé. Tendría que haberla llamado y ya está, pero aquello me habría exigido pronunciar palabras. Le habría enviado un mensaje de texto, pero hasta eso era demasiado trabajo. Prefería simplemente mirarla y comunicarle lo que deseaba.

Volví a mi despacho, sabiendo que ella me seguiría antes o después.

Al llegar ya me había desprendido de la chaqueta y de la corbata. Estaba desabrochándome el último botón de la camisa cuando entró ella, fingiendo estar molesta, aunque no lo estaba ni de lejos.

—No puedes mangonearm...

—Observa y verás. —Dejé caer la camisa y di unas palmaditas sobre la mesa—. Súbete a la mesa.

Los ojos le ardieron de inmediato, ofendida por la brusquedad con la que me dirigía a ella, pero tal y como había predicho, entró con tranquilidad en la habitación y se desabotonó la parte delantera de la blusa hasta abrirla,

dejando a la vista el sujetador blanco perlado que llevaba debajo. A continuación, se quitó los pantalones, bajándose luego lentamente el tanga negro que se ceñía perfectamente a sus caderas.

La cogí por la cintura y la levanté para sentarla sobre la mesa de caoba. Me bajé los pantalones y los bóxers hasta las rodillas y puse una de sus piernas encima de mi hombro. Tiré de ella hasta el borde del escritorio y me deslicé en su interior, donde su húmeda excitación me dio inmediatamente la bienvenida. Probablemente había empezado a mojarse en cuanto me había visto en el almacén.

Estaba tumbada de espaldas sobre la mesa, sus pechos realzados por el sujetador que llevaba. Se aferró a mis caderas mientras yo la penetraba una y otra vez, sin estar de humor para hacerle el amor dulcemente. En cuanto la había visto inclinándose en los campos y limpiándose el sudor con el dorso de la mano, una sola cosa había ocupado mi mente.

Follármela.

Pero a mi mujer le encantaba follar, así que no le importó ni un poquito.

Extendió una pierna junto a mi cadera manteniendo la rodilla contra el pecho. Sus dedos se agarraban con fuerza a mi cintura para no alejarse demasiado de mí en ningún momento. Seguí arremetiendo contra ella con las caderas, llenándola profundamente con mi erección una y otra vez. Incluso con todo lo que disfrutaba tirándomela, no emití ni un solo sonido.

A Botón, por otra parte, le costaba esfuerzo mantener la boca cerrada durante todo el tiempo. Mi asistente estaba justo al otro lado de la puerta, por lo que podía oír cualquier ruido que hiciéramos. Pero a mí no me importaba que nos oyese. Aquellas eran mis bodegas y aquel, mi despacho. Podía follarme a mi esposa durante todo el día, si me daba la gana.

Botón dejó escapar un suave gemido y después contuvo el aliento, intentando guardar silencio al llegar al orgasmo. Me clavó las uñas en los abdominales y me arañó, jadeando y gimiendo sin poderse controlar. Su sexo se tensó alrededor de mi miembro, dándole un erótico abrazo. Con lo

impertinente que se había puesto por haber sido llamada allí, desde luego no había tardado nada de tiempo en correrse.

Bajé el ritmo de mis empujones, porque yo también estaba a punto de llegar. No necesitaba ningún estímulo más, porque ver a mi mujer intentar mantenerse callada durante un orgasmo ya me ponía lo bastante. Me enterré por completo en su interior y me doblé sobre ella.

—Cuando te diga que te pongas en mi mesa, tú lo haces. ¿Entendido?

—Sí.

—Cuando quiera follarte, te follo. ¿De acuerdo?

—Sí.

Cuando tenía un grueso miembro dentro, Pearl era extremadamente colaboradora. Toda aquella actitud impertinente se quedaba en la puerta. Estaba completamente dentro de ella y preparado para estallar.

—Dime que me amas.

Sus manos subieron por mi pecho, clavándome las uñas casi hasta cortarme, como a mí me gustaba.

—Te amo, marido.

Nada me ponía más cachondo que aquello. Solía abofetear a las mujeres antes de correrme. Algunas veces las azotaba hasta que sangraban. Lo que más me ponía eran las lágrimas en sus ojos cuando mi miembro resultaba demasiado grande para su culo. Pero todas aquellas fantasías oscuras ya no me excitaban. Lo que más caliente me ponía ahora del mundo era escuchar a mi mujer decirme que me amaba.

Me había convertido en un puto nenaza.

Me corrí con fuerza, relleniéndola con toda la semilla que tenía. Vací por completo mis testículos en ella, vertiendo todo mi amor además de mi deseo. Estaba cabreadísimo con ella por haberme traicionado, pero mi enfado no hacía más que recordarme lo profundamente que amaba a aquella mujer. Sin ella, la vida no tenía sentido. No había ni siquiera vida. Hasta yo desaparecía. Me resultaba raro pensar que había vivido casi toda mi vida sin ella, que mi

hermana había muerto pero yo había seguido avanzando. Mi pequeña mujercita sólo llevaba presente un abrir y cerrar de ojos... pero parecía toda una eternidad. Nunca podría seguir adelante si la perdiera.

Al terminar continué en su interior, considerando aquel sexo mi hogar. Podía quedarme todo el día dentro de ella y lo había hecho muchas veces, pero tenía que volver al trabajo. El resto de la diversión tendría que esperar hasta más tarde.

—Cane, esper... —La voz de mi asistente llegó por el intercomunicador.

—No te preocupes —dijo Cane al llegar a la puerta—. Está esperándome.

—Maldito gilipollas. —Mi chaqueta estaba al otro lado de la mesa, así que la cogí y la extendí encima de Pearl, cubriéndola por completo para que el mierda de mi hermano no la viera.

Cane irrumpió en mi despacho como si fuera el dueño del lugar.

—Hola, hay algo que tenemos que... joder. —Se le congeló la cara al verme con los pantalones por los tobillos y el culo al aire.

Le dediqué una mirada fría, una amenaza que no necesitaba palabras.

—Eh... Esperaré fuera. —Cane salió rápidamente por la puerta y la cerró a su espalda, dando un portazo.

No me importaba que mi hermano me viera con los pantalones bajados. La única que me importaba era Botón, que estaba oculta y a salvo bajo mi chaqueta, con el sexo goteante de mi semen.

—¿Se ha ido ya? —susurró.

—Sí. —Le quité la chaqueta de encima y luego me subí los pantalones.

—¿No llama a la puerta?

—Nunca. —Me abroché el cinturón y después me abotoné la camisa.

—Menudo cretino. —Se puso rápidamente el tanga y después cogió los vaqueros—. A lo mejor tendrías que cerrarla con pestillo.

—No. Sólo tengo que romperle la nariz.

Botón recompuso su aspecto para que no pareciera que acababa de echar un polvo sobre mi escritorio. Se arregló el cabello con la punta de los dedos y

después se abotonó la parte delantera de la blusa.

—Bueno... Debería volver al trabajo. No estoy segura de cómo voy a conseguir mirar a Susan.

—Ella ya sabe lo que hacemos aquí.

Botón suspiró antes de salir.

—Le daré una patada en los huevos a Cane al salir.

—Esa es mi chica. —Me puse la chaqueta antes de sentarme detrás de mi mesa.

Cane entró un segundo después, con expresión culpable como un perro que acabara de hacerse pis en la esquina. Cerró la puerta tras de sí y se aproximó lentamente a mi mesa.

—De acuerdo... A partir de ahora, llamaré.

—Si la próxima vez no llamas, te mataré.

—La visión de tu culo ha sido castigo suficiente.

—Entonces no vuelvas a hacer eso.

Cane se sentó.

—Bueno, ¿qué demonios es tan importante? —exigí saber, frustrado porque mi esposa hubiera tenido que marcharse a toda prisa, antes de haber podido darle un beso de despedida. Era de bastante mala educación correrse dentro de una mujer y largarla luego así, con semen resbalándole por el trasero.

—Me ha llamado Constantine —reveló con un suspiro.

O sea, que sí que era importante.

—Cuéntamelo sin rodeos.

—Profirió algunas amenazas veladas. Dijo que no estaba seguro de que hubiera espacio para todos.

Me froté la sien.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que podíamos entablar una asociación pacífica que nos beneficiaría a ambos.

—¿Y él qué te dijo?

—No está seguro de que sea lo que él quiere. Así que le recordé lo que le hicimos a Bones, asegurándole que no tendríamos ningún problema en volver a hacerlo.

Entrecerré los ojos mirando a mi hermano.

—¿Amenazaste al líder de un grupo que desuella las cabezas de sus víctimas? —No pude mantener la voz baja, ni siquiera por Susan—. ¿Te has vuelto loco de remate?

—Sé cómo trabajan estos tipos —contestó—. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? —saltó—. Acabas de irrumpir aquí como un idiota.

—Eso no quiere decir que lo sea. Sólo da la impresión de que no entiendo la privacidad. Son dos cosas diferentes.

Me pasé las manos por la cara, sintiendo la ira hirviéndome debajo de la piel.

—Y si no le plantamos cara, sabrá que puede avasallarnos.

—Pues que lo haga.

La mirada de Cane se ensombreció de desilusión.

—Entiendo que ahora eres un hombre casado, pero eso no nos convierte en unos nenazas. Nosotros no permitimos que nadie nos mangonee.

—Acabo de terminar una guerra. No tengo la energía necesaria para meterme en otra.

—Pero si viene a llamar a nuestra puerta, no podemos ignorarla.

—Si quiere ser el único traficante de armas de este hemisferio, déjale que lo sea —rebatí yo—. No es tan importante. No merece la pena luchar por eso.

—Nuestro negocio es toda mi vida —dijo Cane—. Es todo lo tengo. No puedo renunciar a ello.

¿Necesitaba recordarle a qué nos enfrentábamos?

—Desuellan a sus víctimas y coleccionan sus cráneos. ¿Entiendes lo que quiere decir eso?

Cane puso los ojos en blanco.

—Sólo cuando se lo encargan.

—¿Y qué pasa si se encargan a sí mismos eliminarnos? —solté yo—. Tengo esposa, Cane. Sé que tú no entiendes lo que eso significa, pero no puedo permitir que nada le suceda. Ya ha pasado por bastante. No voy a arrastrarla por otro suplicio por un negocio que ni siquiera me importa. Así que, ¿por qué no te encargas tú de él, y yo me retiro?

Me dedicó una mirada de incredulidad.

—¿Me darías la espalda de esa manera? ¿A tu hermano?

—No te estoy dando la espalda. Sabes que mi situación ha cambiado.

—¿Quién arriesgó el cuello para salvar a tu mujer? —quiso saber él.

—¿Y quién fue el que casi la mata al principio? —Nada justificaba que me hablase como si yo le debiera algo.

Cane suspiró y sacudió la cabeza.

—Estamos hablando de un negocio de mil millones de dólares.

—Cane, tenemos dinero. Los dos tenemos tanto dinero que no sabemos qué hacer con él.

—¿Pero vamos a permitir que un matón venido a más llegue y se haga con el control? —Cane se inclinó sobre mi mesa—. Somos Barsetti. Nosotros no la cagamos así. Peleamos por lo que es nuestro y no nos detenemos jamás.

—Pero estos no son los matones del recreo. Estos tíos son psicópatas. Tú has trabajado con ellos durante años, así que no le quites peso a su capacidad de ser malvados. Antes las mujeres y el orgullo eran importantes para mí, pero ahora que tengo una esposa, me he dado cuenta de que hay cosas más importantes en la vida. Quiero una vida tranquila, en la que podamos visitar lugares sin tener que estar todo el rato mirando por encima del hombro. Si nos retiramos, ¿sería de verdad el fin del mundo?

Cane sacudió la cabeza con la mandíbula apretada.

—Es que no me puedo creer que vayas a permitir que alguien nos eche así a un lado...

—No estoy permitiendo que nadie nos eche a un lado. Simplemente, el

negocio no me importa lo bastante como para pelear por él. Si nos hiciera falta el dinero, la cosa sería diferente. Pero ambos tenemos riquezas de sobra para mantener a generaciones. Siempre puedes encontrar otra forma de ganar dinero. Entra conmigo en el negocio del vino. Es lucrativo a pesar de ser legal.

—No quiero entrar en el negocio contigo, Crow. Y el vino no me importa una mierda.

—Pues bien que te gusta bebértelo.

—Sabes que prefiero el *whisky*.

—Pues entonces entra en el negocio del *whisky*. Puedes hablar de ello con Crewe.

Él se frotó ambas sienes al mismo tiempo.

—¿Pero qué coño te ha pasado, tío? Antes nada te daba miedo. Ahora eres como un perro con el rabo entre las piernas.

Si él tuviera algo tan valioso como lo que tenía yo, lo entendería. Pero dado que no le quedaría nadie cuando Adelina se marchase, estaría solo en su mansión, asfixiado por sus propios pensamientos. No quería el negocio por el dinero, sino para tener un propósito.

—A mí no me da miedo nada... algo que me preocupa. Pero sí temo por Pearl. Cuando me casé con ella, prometí cuidarla. Si Constantine quiere ir a la guerra, intentará diezmarnos. Y tú sabes bien que Pearl será el principal objetivo. Es la única persona en el mundo por la que nos preocupamos, además de Lars.

Cane bajó la cabeza, sabiendo que yo tenía razón.

—Tú me dijiste que querías a Pearl como a una hermana, y que harías lo que fuera por ella. Te picó que te dijera que no quería que estuvieras a solas con ella.

Cane me miró.

—Así que demuéstalo. Protégela.

Volvió a bajar la vista al suelo, con la irritación bailando en sus ojos.

—No es lo mismo. Estamos hablando de nuestro negocio. Nos dedicábamos a ello mucho antes de que Pearl apareciese.

—Y fue este negocio el que le costó la vida a Vanessa. —¿Tenía que recordar a mi hermano cómo habíamos perdido a nuestra única hermana? Si no hubiéramos seguido en el negocio de las armas, no habríamos acabado siendo la única competencia directa de Bones. La guerra entre clanes habría terminado. Podríamos haberle puesto fin retirándonos... pero no lo hicimos—. No pienso permitir que le pase lo mismo a mi esposa. He aprendido la lección.

Él se reclinó en la silla y miró por la ventana, ignorando mi silueta frente a él. Tenía la mandíbula firmemente apretada y una barba cada vez más cerrada, porque llevaba un tiempo sin afeitarse.

—Entiendo lo que me dices. Ahora mismo nuestra familia es muy reducida, y no quiero que se reduzca aún más. Pero permitir que alguien nos mangonee así va contra todo en lo que creo. Prefiero morir luchando que rendirme.

—Si fuese otro enemigo, estaría de acuerdo contigo. Pero estos tíos son más aterradores que Bones. Él era un aburrido en comparación con ellos. Además, sólo era uno. Estos son doce... todos igual de sádicos.

Cane asintió, de acuerdo conmigo.

—Con lo cual, aunque tengamos a todos los hombres y las armas a nuestra disposición, seguiría siendo posible que perdiéramos. Sé que esos tíos están locos, pero también son muy listos. Sólo somos dos, Cane. Tendría que enviar a Pearl a alguna parte en la que no pudieran encontrarla hasta que todos estuvieran muertos. Y puede que no lográramos matarlos a todos, o que aquellos a los que matemos tengan alguien que les vengue. Por eso, ¿merece realmente la pena?

—¿Qué sugieres, entonces? ¿Si nos empujan, nos apartamos?

Asentí.

—No tenemos más remedio. Ya no somos dos solteros.

—Esa fue decisión tuya, no mía.

—Te guste o no, es tu hermana. Puede que algún día aumente nuestra familia y el apellido Barsetti continúe después de mi muerte. Los dos sabemos que tú no vas a tener hijos.

—Oye —dijo él a la defensiva—. Podría suceder.

Puse los ojos en blanco.

—Consigue primero una esposa y reconsideraré mis palabras. —Adelina era lo más parecido a una novia que le había visto tener. Pero tenía fecha de caducidad... Una que se acercaba a toda velocidad.

—Tengo que pensar en ello... —Volvió a mirar por la ventana, con la mandíbula bien apretada—. A lo mejor acaba aquí la conversación. Quizá entienda que hay trabajo suficiente para ambos. No tiene por qué haber un conflicto de intereses si nosotros no lo creamos.

—Puede ser.

Se levantó de la silla, evitando a propósito aproximarse a mi escritorio.

—No quiero acercarme a eso... —Se encaminó hacia la puerta con ambas manos levantadas—. Sabes, deberías probar a cerrar la puerta con pestillo alguna vez.

—Y tú deberías probar a llamar.

—GRACIAS POR TRAERME. —COMO TODOS LOS DÍAS, ADELINA PRONUNCIÓ las mismas palabras antes de salir del coche.

—De nada, Adelina. —No me esforzaba especialmente por ser agradable con aquella mujer, pero sí le demostraba mi respeto siempre que tenía ocasión. La llamaba por su nombre, ofreciéndole la atención que merecía. Estaba a punto de volver a una auténtica pesadilla, un destino del que mi esposa había logrado escapar.

Habría sido tan fácil que cada una estuviera en el lugar de la otra que

pensarlo me ponía enfermo.

Botón se despidió con la mano mientras nos alejábamos.

Adelina utilizó la llave que le había dado Cane y entró en la casa.

Yo salí de la rotonda y conduje de vuelta a nuestra finca, a sólo unos kilómetros de distancia. Cane y yo siempre habíamos estado cerca el uno del otro, incluso cuando él vivía en Florencia. Y aunque nos llevábamos mal casi todo el tiempo, siempre teníamos que estar cerca del otro. Hacerlo había salvado nuestras vidas en varias ocasiones.

Botón miró por la ventana con las gafas de sol colgadas de la nariz.

—¿De qué quería hablarte Cane?

—Trabajo. —No pensaba contarle nada. Sólo lograría asustarla.

—¿Y por qué no te ha llamado y ya está?

Odiaba cuando se ponía a analizarlo todo. Era inteligente, y aquello me gustaba casi siempre, pero no en momentos como aquel.

—Quería ver qué tal estaba Adelina.

—Pero si nunca se pasa.

—A lo mejor es simplemente que no lo has visto. Estabas desnuda sobre mi mesa, ¿te acuerdas?

—Como si pudiera olvidarlo. Tuve que ir sin bragas el resto del día porque estaban manchadas...

Sonreí como el capullo arrogante que era.

Botón me pegó juguetonamente en el brazo.

—Si no hubiera tenido que salir de allí corriendo como una golfa, eso no habría sucedido...

—A lo mejor Cane debería interrumpirnos más a menudo.

Volvió a darme una palmada en el brazo.

—Sabes que antes o después vas a tener que decirme lo que está pasando. ¿Por qué lo sigues retrasando?

—¿Por qué tengo que contarte nada? —la desafié—. No es asunto tuyo.

—Que no es asunto mío, ¿eh? —respondió—. O sea, ¿que mi seguridad y

mi estabilidad financiera no son asunto mío?

—¿Qué te hace suponer que tiene nada que ver con cualquiera de esas cosas?

—Que Cane estaba pálido como la cera —contestó—. Me estás ocultando algo gordo. Lo noto.

Era prácticamente una detective.

—Así que lo mismo te da contármelo. Le pediré a Adelina que se lo saque a Cane, si tengo que hacerlo.

Y él sin duda se lo contaría a cambio de sexo.

Me miró a través de sus gafas de sol oscuras.

—Crow.

Yo volaba a través de los campos, conduciendo a más de treinta kilómetros por hora por encima del límite de velocidad, según tenía por costumbre.

—¿Te acuerdas cuando te comenté que antes o después alguien ocuparía el lugar de aquel pedazo de mierda?

—Sí...

—Bien, pues ya lo ha hecho alguien. Cane conoce al grupo. Los Skull Kings.

—¿De verdad los llama así la gente? —preguntó con incredulidad.

—Y por una buena razón. Desuellan las cabezas de sus víctimas y se quedan con los cráneos.

Sus mejillas palidieron al instante.

—Son un grupo de asesinos entrenados para matar por encargo. No tienen ninguna política de devolución, porque nunca fallan el tiro. Son conocidos por su brutalidad. Aceptan cualquier trabajo, aunque se trate de una persona inocente. A sus ojos, no existe el bien y el mal. Sólo los vivos y los muertos.

La intensa luz de Botón se había extinguido al entender lo peligrosos que eran aquellos hombres como enemigos.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Cane solía ser su duodécimo hombre.

Las gafas de sol ocultaron en parte su reacción, pero era evidente que se le había puesto la cara larga.

—¿Cane?

Asentí.

—Fue hace casi diez años. Necesitaba el dinero. Los golpes se pagan bien.

—O sea, ¿que mataba a gente?

—Sí. A un montón.

—¿Desollaba cabezas de personas? —preguntó con incredulidad.

—Bueno, esa parte no. Constantine prefiere hacerlo él...

Miró por la ventana con los dedos apoyados contra la boca. Se puso aún más pálida, casi como si fuera a desmayarse.

—Cane me ha contado que se han hecho con el control, y que no les alegra demasiado compartir el negocio con nosotros.

—¿Qué quiere decir eso? —susurró.

Al contrario que la mayoría de las esposas, ella no quería vivir en una bendita ignorancia.

—Es posible que Constantine quiera que nos retiremos del negocio de las armas.

—¿Y qué pasa si es así?

—Entonces nos veremos obligados a hacerlo.

—¿Y no peharemos? —preguntó.

—No. No merece la pena.

—¿Cane también lo piensa?

Medité mi respuesta antes de contestar.

—Está indeciso.

—¿Indeciso? —preguntó—. Eso no le pega nada. Siempre tiene una opinión tajante sobre todo.

Mantuve los ojos en la carretera, divisando nuestra casa en la distancia.

Pearl se volvió hacia mí cuando no respondí.

—Él quiere pelear, ¿no es cierto?

—Da igual lo que él quiera. Le dije que yo me retiraría llegado el caso.

—¿Que te retirarías? ¿Quieres decir que no lo ayudarías?

—Quiero decir que saldría de ese negocio y no volvería a tener nada que ver con él.

—¿Por qué no querrías ayudarlo? También es tu negocio, Crow.

Aparté los ojos de la carretera para mirarla.

—Sabes exactamente por qué, Botón. Ya vivimos un infierno con Bones. No pienso volver a pasar por algo así. No pienso volver a ponerte en peligro.

—Pero ese negocio es tu vida.

—No es más que dinero. Mi vida eres tú. —Le puse la mano encima del muslo—. Puedo dedicarme a hacer vino todo el día y volver a casa contigo. Con eso me basta.

Ella sonrió antes de cubrir mi mano con la suya, rodeándola con sus cálidos dedos.

—Eso es muy bonito, Crow, pero no creo que puedas hacerle algo así a tu hermano. Tienes que apoyarlo... pase lo que pase. O bien os retiráis los dos, o peleáis juntos.

—No.

—Hasta si te retiras del negocio, eso no quiere decir que los Skull Kings no vengan a por nosotros. Los dos somos muy importantes para Cane. Podrían utilizarnos a ambos para conseguir lo que quieren. Tenemos que estar en esto juntos... los tres.

NO PUDE DORMIR.

Tuve una pesadilla... y esta vez no era sobre Bones.

Era sobre Constantine y los Skull Kings, gente a la que no podía poner

rostro. Pero en mi imaginación, eran aterradores. Me arrebataban todo lo que me era querido. Se llevaban a mi hermano... y después se llevaban a mi mujer. La veía inmovilizada sobre la cama mientras se la turnaban... y me obligaban a mirar.

Me levanté sudando febrilmente y me dirigí a mi despacho. Era una noche fría, así que encendí un fuego y cogí mi licorera de *whisky*. Aunque no tenía frío, me senté en el sofá frente al fuego y contemplé las llamas danzar. Me distraían lo suficiente para aclarar mis ideas, para impedirme pensar en las cosas espantosas que mis pesadillas acababan de obligarme a presenciar.

Utilizaba el *whisky* como muleta, apoyándome en él para no derrumbarme. Había sido mi amigo en todos los momentos difíciles. Nuestra relación había empezado cuando yo tenía dieciséis años. Ni siquiera era un hombre todavía cuando empecé a confiar en el alcohol para ayudarme a vivir mi vida.

Era un alcohólico. Lo admitía. Nadie me daba la tabarra con ello porque era capaz de controlar mi genio, al contrario que la mayoría. Ocultaba los síntomas habituales para poder beber todo lo que quisiera... hasta que mi mujer me cortó el grifo.

Estuve allí sentado durante una hora, con los ojos de párpados pesados clavados en las llamas mientras consumían la leña hasta reducirla a brasas.

La puerta se entreabrió y por ella asomó la cabeza de Botón. Se había puesto una de mis camisetas de algodón. Era cinco tallas demasiado grande y le llegaba por las rodillas. Entró y me miró fijamente, con el pelo revuelto por el modo en que se lo había agarrado con los puños antes de irnos a dormir. Ahora que casi me habían arrebatado una vez más a mi esposa, la atesoraba aún más. Hacía el amor con ella todo lo posible. Nunca se podía saber cuánto tiempo tendríamos en este mundo, así que debía lograr que cada minuto contara.

Botón me cogió el vaso de la mano y se lo llevó a los labios. Se terminó la mitad del vaso de un solo trago, evidentemente para dejar clara su opinión,

porque ya me había hecho saber que mi bebida favorita no le gustaba nada. Dejó el vaso vacío en la mesa y se sentó a mi lado. Había una manta sobre el respaldo del sofá, así que se la echó sobre los muslos para abrigarse.

Yo no quería que tuviese frío, así que metí otro tronco en el fuego, azotando las brasas para avivarlo otra vez. Me limpié las palmas en los pantalones de chándal y volví a mi sitio, sintiendo la mirada de mi esposa sobre mí.

—¿No puedes dormir? —me susurró.

—Supongo que no.

—Crow —insistió.

—He tenido una pesadilla... No he podido volverme a dormir.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ni lo más mínimo. —Me rellené el vaso y di otro trago.

—¿Cuántos de esos te has tomado?

—Demasiados.

No continuó con la discusión, consciente de que yo estaba de muy mal humor.

—No puedo dormir si tú no estás a mi lado.

—¿Qué hiciste cuando estuvimos días sin dormir juntos?

—Casi no dormía —dijo con sencillez—. Sólo conseguía dormir algunas horas aquí y allá. Luego echaba una siesta a mitad del día.

Yo no había dormido mejor que ella, pero al menos no tenía estas pesadillas.

—Como ya no estoy durmiendo, he pensado que quizá querrías compañía.

Siempre me encantaba que estuviera conmigo. No lo demostraba demasiado bien porque me solía comportar como un capullo casi todo el tiempo, pero agradecía de verdad su compañía. Era una de las pocas personas que había sufrido tanto como yo, que había perdido a gente como yo.

Giró el rostro hacia mí y me observó, estudiándome con la mirada como

si sus ojos pensaran por su cuenta. Sus emociones resultaban obvias en la superficie. Aun cuando no dijera nada, yo era capaz de saber lo que estaba pensando.

Ella también era capaz de saber lo que estaba pensando yo.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—Yo nunca tengo miedo, Botón.

—Todo el mundo tiene miedo alguna vez.

—Por mí no me importa. He hecho las paces con la muerte hace mucho tiempo. Vendrá a por mí y yo no opondré resistencia. Lo único que me importa eres tú. Perderte es lo que me asusta. Eres lo más maravilloso que me ha pasado nunca... pero también lo peor. Tengo algo que valoro más que cualquier otra cosa de las que tengo. Eres inestimable, irremplazable. Ese es el tipo de cosas que me asustan. Todo el mundo sabe que te adoro. Mis enemigos saben que eres mi mundo entero. Podrían desposeerme de todo lo que tengo y no harían mella en mí. Pero si te pusieran una mano encima... eso me mataría. —Yo contemplaba las llamas, incapaz de mirarla a los ojos—. Así que Cane se va a retirar, aunque tengamos que obligarlo. Tú y yo nos merecemos una vida tranquila juntos. Una en la que no nos asuste ser libres.

—¿Y qué pasa si retirarnos hace que vengan a por vosotros con más ganas? —preguntó—. ¿Si le parecéis débiles, así que decide quedarse con todo lo que tenéis?

—Retirarse de un negocio que lleva años siendo rentable no es debilidad. Es jubilación.

—¿Entonces crees que es la mejor opción?

—Es la única opción que tenemos.

Botón se acercó más a mí en el sofá y me apoyó la barbilla en el hombro. Me rodeó la cintura con un brazo y se acurrucó a mi lado. Su respiración regular me resultaba de gran consuelo, un ritmo melódico que ahuyentaba mis temores.

—Nadie puede separarnos, Crow. Bones intentó alejarme de ti y no lo consiguió. Estos hombres tampoco lo conseguirán.

ADELINA

SÓLO ME QUEDABAN unos cuantos días.

En unos días, todo aquel precioso mundo desaparecería. No tendría a un hombre fuerte que me diera calor en medio de la noche. Todos mis derechos me serían arrebatados. Estaría desnuda, helada, hambrienta y asustada. Tendría una argolla alrededor del tobillo en todo momento para no poder escaparme cuando entrara Tristan.

Y tendría que volver a mirar la fea cara de Tristan.

Una cara que había intentado olvidar con todas mis fuerzas.

Sabía que tendría que volver desde el principio de mi estancia. Mi partida no me cogía por sorpresa. Desde luego no me había pillado desprevenida. El tiempo había pasado rápidamente, pero yo no me esforzaba por juzgar su paso.

Simplemente, no había pensado que fuera a ser así de difícil.

Quería quedarme allí para siempre.

Cane no era el hombre perfecto, pero me había ofrecido luz cuando me encontraba en un pozo de oscuridad. Me había demostrado amabilidad cuando podría haber sido cruel fácilmente. Aquella era la auténtica definición del carácter de alguien: cuando podía hacer algo malo, pero decidía no hacerlo. Cane tenía las manos manchadas de sangre y era un criminal, pero para mí era inherentemente bueno.

Lo echaría tanto de menos como a mi propia familia.

Aquella noche me costó mucho dormir. Sólo podía pensar en el tiempo que me quedaba. En cuanto volviera a estar en poder de Tristan, recibiría un puñetazo en la cara. Probablemente así era como me daría la bienvenida. No vería una sola marca en mi cuerpo y seguramente notaría que había ganado peso. Se daría cuenta de lo bien que me habían tratado y se esforzaría el doble por hacerme sentir peor.

Lo conocía muy bien.

El corazón me latía a toda prisa dentro del pecho. No lograba calmarlo. Me sudaban las palmas de las manos y la nuca. La ansiedad se apoderó de mí y sentí que no podía respirar. Estaba casi histérica de terror.

Llena de pánico por el poco tiempo que me quedaba.

Me incorporé en la cama y aparté las sábanas con los pies. Cane estaba dormido como un tronco a mi lado, desnudo y musculoso. Hasta dormido era sólido como el cemento. Balanceé los pies fuera de la cama, permitiendo que el aire evaporara el sudor de mi nuca. En lo único que podía concentrarme era en mi respiración, así que aquello fue lo que hice.

Hice todo lo que pude por calmarme.

Cane debió de oírme, porque se incorporó un momento después.

—¿*Bellissima*?

Era mi apodo favorito, como más me gustaba que se dirigieran a mí. Aquello sería lo que más echaría de menos. Era tan tierno y dulce, un contraste radical con la brusquedad con que me trataban cuando estaba en poder de Tristan.

—¿Qué pasa? —Se desplazó por la cama hasta estar justo detrás de mí. Sus labios se posaron en la parte de atrás de mi hombro y empezó a darme suaves besos por todas partes, mimándome.

—Sólo... he tenido una pesadilla.

—¿Quieres hablar de ello?

Me acerqué las rodillas al pecho y me las rodeé con los brazos.

—No.

Él abrió las piernas y las estiró a ambos lados para sentarse justo detrás de mí, rodeándome firmemente la cintura con los brazos.

—Estoy aquí preparado para escuchar si cambias de opinión.

Yo continué respirando erráticamente, con el corazón yéndome a mil por hora. Seguía acalorada y sudorosa. Hice todo lo que pude por disimular mi ansiedad, pero era imposible que no la sintiese al tenerme abrazada contra él.

—¿*Bellissima*?

—¿Hmm?

—Cuéntamelo. Te sentirás mejor.

—Es sólo que... estoy asustada.

Apoyó la cara contra mi nuca.

—No quiero marcharme. Después de estar un mes aquí, entiendo lo terrible que era en realidad. Has sido tan bueno conmigo, te has convertido en un amigo de verdad para mí. Te voy a echar de menos...

Él respiró hondo.

—Yo también te voy a echar de menos.

—Sólo me quedan unos cuantos días... El tiempo ha pasado muy deprisa.

—Sí.

—Estoy intentando conservar la calma, pero no lo consigo. Siento que no puedo respirar.

—¿Sabes lo que hago yo cuando tengo miedo?

—Pensaba que me habías dicho que nunca lo tenías.

—Bueno, pues mentí —susurró—. Yo lo que hago es pensar en otra cosa, en algo que me ponga contento o me haga reír. Cuando pienso en ello el tiempo suficiente, dejo de pensar en lo que me altera.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste eso?

—Cuando casi maté a Pearl... Crow dejó de hablarme. Pensé que había perdido a mi hermano para siempre. La idea de no tenerlo en mi vida me dolía muchísimo. Me daba pánico. Me hacía perder el sueño. Así que

intentaba pensar en otra cosa, en algo positivo. Normalmente me ayudaba a superar la noche.

Asentí.

—Te gusta trabajar en las bodegas, ¿verdad?

—Sí...

—¿Qué es lo que te gusta de trabajar allí?

—Las vistas —contesté—. Siempre son preciosas. Y las hojas de parra huelen tan bien... Me encanta el vino y la gente. Hay un ambiente fantástico. Y el queso... Podría estar comiendo queso todo el día.

—¿Y qué más?

Le hablé de la pareja de ancianos que había venido a Italia ahora que estaban jubilados. Habían enviado a sus hijos a la universidad y decidido gastar un poco en sí mismos, por una vez. Hicieron la degustación de vino y compraron cinco botellas antes de marcharse.

—Eso suena agradable.

—Sí.

Me atrajo contra su pecho y me volvió el rostro hacia él. Frotó su nariz contra la mía antes de depositar un suave beso en mis labios.

Sin más, mis problemas se derritieron como la mantequilla. No pensaba en mi destino fatal, ni en la hora de mi muerte. No pensaba en cómo serían los últimos minutos de mi vida. No pensaba en el daño que me haría Tristan.

Sólo pensaba en Cane.

HABÍAMOS TERMINADO CON UNA DEGUSTACIÓN POR LA TARDE Y AHORA PEARL y yo estábamos recogiendo. No hablábamos mucho porque estábamos ocupadas atendiendo las mesas que había en el exterior del almacén. Casi todos los clientes nos preguntaban qué tal era vivir en un sitio tan bonito. Pearl tenía mejores respuestas que yo. Yo sólo llevaba allí un mes, y no había

visto demasiadas cosas.

Pero estaba agradecida por haber podido a ver algunas gracias a Cane.

Pearl le puso el corcho al vino sobrante y metió las botellas en la nevera.

Me pregunté cómo sería su vida cuando yo me fuera. ¿Seguiría trabajando allí? ¿Tendría una familia que criar?

—¿Pearl?

—¿Sí, bonita? —Recogió las copas usadas de vino del mostrador y las puso en el fregadero.

Yo me acerqué a la barra y apoyé la escoba contra el mostrador.

—¿Pensáis tú y Crow tener hijos pronto?

—¿Pronto? —preguntó—. No. Pronto desde luego que no.

—¿Pero queréis tenerlos algún día?

Ella lavó las copas con agua y jabón, con la vista fija en sus manos.

—Me gustaría. Crow no descarta la idea, pero tampoco le vuelve loco.

—¿No es un hombre familiar? —Siempre había querido formar mi propia familia. Quería tener tres hijos. No me importaba que fueran niñas o niños, mientras naciesen sanos. Quería tener una casa cerca del océano para poder llevar a mis hijos a la playa todos los días.

—Él cree que no, pero definitivamente lo es. —Dejó las copas sobre el mostrador que tenía al lado y las secó con el trapo—. Él y Cane están muy unidos, y nunca ha superado la pérdida de Vanessa.

—¿Quién es Vanessa?

—Su hermana. —Me dirigió una mirada mientras pulía cuidadosamente el cristal—. ¿No sabes nada sobre Vanessa?

—Creo que Cane la mencionó una vez...

—Bien, pues... el hombre que me capturó... fue el que la mató a ella. La mantuvo prisionera, y antes de que Cane y Crow pudieran rescatarla, la mató de un tiro. Ninguno de los dos lo ha superado realmente.

Se me rompió el corazón por aquella mujer a la que nunca había conocido, por aquella mujer que había compartido el mismo destino que yo

estaba a punto de aceptar. Cane poseía una oscuridad particular que no tenía nada que ver con sus tendencias criminales.

Tenía el corazón destrozado.

—Me sorprende que nunca te lo haya contado —me susurró.

Dado que yo estaba en la misma posición, probablemente no había querido asustarme, recordarme el destino que estaba a punto de vivir.

—No hablamos demasiado... —Casi todo eran besos y caricias, entre otras cosas.

Ella secó la última copa antes de dejarla a un lado.

—Adelina, ¿te puedo hacer una pregunta?

Era la única amiga que tenía en el mundo. Me podía preguntar lo que quisiera.

—Por supuesto.

—¿Estás enamorada de él? —Me miró directamente a los ojos, observando hasta la más mínima de mis reacciones.

La pregunta me cogió por sorpresa. Pensé que iba a preguntarme algo sobre volver con Tristan, sobre mis sentimientos al respecto. No pensé que estuviera pensando en Cane. Le tenía cariño a Cane y me importaba de verdad, pero el amor nunca se me había pasado por la cabeza.

—Eh... Creo que no. O sea, me encanta estar con él. Es un hombre muy dulce. Sólo finge ser duro y cruel, pero por dentro es un blando. Cuando estoy con él, me siento feliz. Pero enamorarse en mi situación es sencillamente imposible.

—¿Por qué?

—Por lo poco que ha durado nuestra relación. En dos días tengo que volver con Tristan.

Pearl continuó mirándome fijamente, como si esperara que dijese algo más.

—¿Por qué me lo preguntas?

Ella se encogió de hombros.

—A veces me pregunto si no estará enamorado de ti.

Desde que llegué Cane siempre había sido amable conmigo, pero no creía que él fuese capaz de sentir nada más profundo. Me había dicho que me iba a devolver a Tristan. Si estuviera realmente enamorado de mí, no haría una cosa semejante.

—No lo está.

—¿Por qué estás tan segura?

—Lo estoy, simplemente. Ahora tenemos una conexión, un vínculo. Sé que me echará de menos cuando no esté. Yo también lo echaré de menos a él. Pero el amor no es algo que entre dentro de nuestras posibilidades. No creo que pudiera enamorarme jamás de un hombre en estas condiciones. No es mi idea de algo romántico.

—Yo tampoco imaginaba que iba a conocer así a mi marido, pero no cambiaría nada.

—No pretendía ofender con mis palabras...

—Lo sé —dijo en voz baja—. Es simplemente que nunca he visto a Cane comportarse así con nadie.

—Bueno, sí que me compadece...

—Y él no demuestra compasión por nadie.

—Tiene el corazón más grande de lo que deja entrever. Desde que llegué siempre ha sido muy bueno conmigo. Nunca me ha obligado a hacer nada que yo no quisiera. Me ha dado toda la libertad que ha podido entre cuatro paredes. Es amable conmigo... Me hace feliz. Ha sido una auténtica bendición. Me ha ayudado a creer que hay gente buena... que hay esperanza para todo el mundo.

Se le llenaron los ojos de tristeza.

—Lo siento muchísimo, Adelina...

—Ya lo sé, Pearl. Pero no te sientas mal. No hay nada que vosotros podáis hacer. Eso lo entiendo... así que, por favor, no te sientas culpable.

—No me siento culpable —contestó—. Sólo muy desdichada. Esto no

debería pasarte a ti, ni a mí, ni a nadie. No debería estar permitido que los hombres nos consideraran una propiedad, una cosa que pueden tomar sin más. No deberían tener ese tipo de poder, poseernos sólo por haber estado en el lugar incorrecto en el momento inadecuado. Odio tanto todo esto, Adelina... No te haces una idea.

Escuché el dolor en su voz, los recuerdos que todavía la atormentaban. Ella había sufrido durante mucho más tiempo que yo. Yo sólo llevaba una semana siendo el juguete de Tristan cuando apareció Cane. Por lo que había podido entender, ella había sufrido meses los tormentos de Bones antes de escapar. Había miles de mujeres en todo el mundo que tenían que sufrir de la misma manera. Era algo inherentemente malo, un crimen contra la humanidad.

—Lo sé.

CANE ME ENVOLVIÓ LA CINTURA CON LOS BRAZOS Y ME ESTRECHÓ CONTRA SU pecho, con la espalda apoyada en el cabecero y los ojos oscurecidos de ardiente intensidad. Con su frente contra la mía, me guiaba arriba y abajo sobre él. Ambos estábamos consumidos de excitación, nuestros cuerpos húmedos y resbaladizos. Se movía en lo más profundo de mí lentamente, con una amabilidad intencionada que resultaba muy placentera. Hacía semanas que no follábamos como animales. Ahora, cada vez que me penetraba, era de un modo profundo y lento, lleno de pasión y carente de violencia.

Cuando lo sentía así en mi interior, no pensaba en el poco tiempo que me quedaba. Sólo pensaba en esos ojos oscuros que me perforaban con su mirada. Sólo pensaba en aquellos labios suaves, aquella fuerte mandíbula y el modo en que su cabello se rizaba al pasar mis dedos por él.

Me habían separado las piernas a la fuerza y me habían arrebatado mi virginidad. Fue cruel y doloroso. Pero estar con Cane era algo totalmente

diferente, como si me hubieran dado una segunda oportunidad para disfrutar de algo que casi me había destrozado. Me había enseñado que podía ser placentero; que incluso con su tamaño, no tenía por qué doler. Me había hecho anhelarlo cuando estábamos separados todo el día. Me había hecho desearlo en medio de la noche. Me había hecho querer algo que antes despreciaba.

—*Bellissima*... —Respiró hondo mientras me estrujaba las nalgas. Me masajeaba el trasero con las puntas de los dedos, presionando contra los músculos. Su miembro continuaba dilatándose con cada empujón, enterrándose profundamente en mi interior—. Me torturas cuando tienes ese aspecto...

—¿Qué aspecto?

—Te llamo *Bellissima* por una razón. —Metió la cara entre mis pechos y me lamió, diseminando besos por mi piel cálida. Se metía mis pezones en la boca mientras continuaba haciéndome subir y bajar sobre su erección, una y otra vez. Elevaba mis caderas generosas con las manos y me besaba en el cuello, bañándose la piel con su cálido aliento.

Eché la cabeza hacia atrás y le cabalgué con un poco más de energía.

—Me voy a correr...

Me mordisqueó el cuello, siendo más agresivo que antes. Tiraba de mí hacia abajo con más fuerza, empujando a través de mi estrechez y envolviéndose en mi excitación empapada. Metió una mano entre mis piernas y me frotó el clítoris con intensidad.

Como si yo necesitara más estimulación.

Sabía que quería que llegara al orgasmo lo antes posible porque él ya no era capaz de contener su excitación. Estaba a punto de estallar, llenándose con toda su semilla.

Le pasé los brazos alrededor del cuello y me aferré a él mientras me corría, descendiendo sobre su miembro con más fuerza y profundidad. Grité junto a su oreja, pero él no se volvió. La humedad se acumulaba entre mis

piernas, empapando su sexo. Todo mi cuerpo disfrutaba de él, catapultándose a las alturas celestiales hasta llegar al paraíso y más allá.

—*Bellissima...* —gruñó al correrse, llenándome con todo su deseo. Me gimió en el oído mientras disfrutaba del mismo placer que yo acababa de experimentar. Se agarró a mí con más fuerza, a pesar de que yo no me iba a ir a ninguna parte. Me enterró los dedos en la carne con el pecho resbaladizo de sudor.

Hundí la cara en su cuello mientras recuperaba el aliento, mi cuerpo tensándose y relajándose al mismo tiempo. Cerré los ojos y me aferré a él, sintiendo la única forma de felicidad que conocería jamás. Cuando estábamos solos los dos, no pensaba en lo que se avecinaba. Sólo en la paz tranquila que existía entre nosotros.

Cane salió de mí y me miró a los ojos. Tenía esa expresión tierna que no mostraba demasiado a menudo. Era amable, dejando ver al hombre dulce que había debajo de toda aquella dureza. Me besó la comisura de la boca antes de depositarme sobre la cama.

Yacimos juntos, cubiertos en sudor y calidez. Todavía me rodeaba con un brazo, su cuerpo gloriosamente firme elevándose y descendiendo al respirar profundamente. Su enorme mano me ciñó suavemente la cintura, la zona en la que se habían acumulado la mayor parte de mis nuevos kilos.

Yo notaba cuánto había cambiado mi cuerpo por estar todo el día sentada hartándome de una comida deliciosa, pero a Cane no parecía importarle. Cuanto más rellena estaba, más me deseaba. Era el sueño de cualquier mujer hecho realidad.

Apoyó el rostro en mi cuello y me abrazó estrechamente, manteniendo el calor de mi cuerpo con el suyo cuando ambos volvieron a un estado de calma. Sus potentes músculos actuaban como un calefactor personal para el disfrute de ambos.

No me podía creer que sólo me quedara un día.

Un día nada más.

Cane levantó la cabeza de mi cuello y pegó su rostro al mío. Me miró a los ojos mientras sus dedos me acariciaban suavemente la mejilla. Me metió un mechón de pelo detrás de la oreja, tensando la mandíbula mientras me contemplaba.

Hasta sus facciones eran oscuras. Era alto, moreno y atractivo... y exudaba peligro. Si me lo hubiera encontrado en algún lugar de noche, me habría asustado. Incluso ahora, seguía dándome un poquito de miedo. Pero por debajo de aquella dura superficie, era un hombre con un corazón tan grande como el mío. Era un gigante amable, un monstruo amigable.

Un ángel oscuro.

Suspiró mientras me miraba, con los pensamientos aflorándole a los ojos.

Aquello le dolía tanto como a mí.

—Gracias por ser tan bueno conmigo —susurré—. Me lo he pasado como en mi vida.

—No me des las gracias.

—Pero te las mereces.

—No. No actúes como si fueras a marcharte ya. Todavía tenemos tiempo. No lo desperdiciemos.

CANE

AQUELLO ERA MÁS duro de lo que había imaginado.

Había prometido devolverla, pero ahora era lo último que quería hacer.

No debería importarme. Durante el último mes le había dado paz y tranquilidad, muchísima comida y grandes cantidades de sexo fantástico. Había sido clemente, proporcionándole incluso el medio para acabar con su vida y que así no tuviera que sufrir más.

Pero eso no era lo que quería para ella.

Quería que disfrutara de la campiña toscana cada día. Quería que comiera cuando quisiese. Quería que sonriera todos los días. Jamás me había preocupado por la felicidad de otra persona, pero ciertamente me preocupaba por la suya.

Sin embargo, no podía hacer nada. Tenía que llevarla de vuelta. Era parte del trato.

Pearl ya se había enfrentado a Tristan, intentando comprarle a Adelina como si fuera alguna clase de ganado. Pero Tristan no era idiota, así que por supuesto se había negado.

A lo mejor yo podía volver a intentarlo.

Hacerle una oferta que no pudiera rechazar.

Cerré la puerta de mi despacho en la base e hice la llamada.

Sonó varias veces, haciéndome pensar que a lo mejor ni siquiera lo cogía.

Pero lo hizo.

—Cane Barsetti. Me imaginaba que no tardaría en saber de ti.

—Tristan. —Me resultaba difícil mostrarme cordial. Estaba a punto de arrebatarme a mi mujer, a mi *Bellissima*—. ¿Qué tal van esas armas?

—Valen lo que pagué por ellas. Tú y tu hermano sabéis lo que hacéis.

—Así es.

—Bueno, pues tu bella cuñada se pasó por aquí.

Sospechaba que saldría el tema.

—No se calla las cosas. Me gusta.

—A mi hermano también.

—Entiendo por qué. Me pidió que le vendiera a Adelina, y yo le ofrecí un intercambio. No lo aceptó.

Porque no era imbécil perdida.

—Francamente, me pareció un poco irrespetuoso que se metiera aquí como si fuera la dueña.

No pensaba pedirle disculpas por ello, no cuando no había sabido lo que iba a hacer hasta después de que lo hubiera hecho.

—Si hubiera sido cualquier otra persona, ahora mismo estaría atada. De hecho, seguramente ya estaría muerta. Pero la perdoné... porque tú y Crow me gustáis. Eso sí, no esperes que sea tan clemente la próxima vez. Porque no lo seré.

La amenaza no era velada, pero no podía dar rienda suelta a mi enfado porque tenía razón en lo que decía. Había sido una estupidez por parte de Pearl hacer aquello, y yo no podía poner una excusa por ello. Le podían haber partido el cuello. Era demasiado arrogante, esgrimiendo el apellido Barsetti. Por suerte, la había protegido.

—Como te he dicho, es una buena pieza. Pero a mi hermano le van esas cosas.

Tristan soltó una risita.

—Lo entiendo. Adelina es de la misma manera.

Ahora yo quería partirle el cuello a él. Con sólo haber visto antes a Adelina, podría haber sido mi esclava en vez de la suya. Habría sido bien tratada, tratada con respeto. Ni siquiera se habría sentido nunca como una prisionera.

—Te espero aquí mañana a las siete de la tarde. Tendré la transferencia preparada.

Me quedaba algo más de un día con ella. Ya casi estaba fuera de mi alcance, a pesar de estar todavía sentada en mi casa.

—Tengo una propuesta de negocios para ti.

—¿En serio? —preguntó—. ¿No puede esperar hasta mañana?

—No. Quédate con el segundo depósito por las armas. Y deja que yo me quede con Adelina. —Acababa de poner diez millones de dólares sobre la mesa. Era una suma considerable de dinero hasta para hombres opulentos como nosotros. Él sólo había disfrutado de Adelina durante una semana, así que tampoco era como si se fuera a perder demasiado. Podría conservar la cartera llena de dinero y quedarse con la artillería al mismo tiempo.

Tristan se quedó callado como un muerto.

No conseguía adivinar lo que pensaba de mi oferta.

Cuando Pearl se metió en su guarida, lo hizo sin tener una oferta. No tenía dinero que darle. Era una negociadora espantosa. Quizá tratar conmigo produjera un resultado diferente.

—¿Quieres comprarme a mi puta? —preguntó con frialdad.

—Sí.

—Ya le dije a la fulana de Crow que no estaba a la venta.

Normalmente defendería el honor de Pearl, pero aquel no era el momento. Pearl lo entendería. Estaba intentando sacarle la libertad de Adelina... su vida.

—Todo está a la venta... por el precio adecuado. Diez millones de dólares es mucho dinero. Ambos los sabemos.

—Sí. Pero esa puta no tiene precio.

Apreté la mandíbula ante el modo en que la insultaba. Yo nunca la había llamado una cosa semejante. Ni siquiera había pensado en llamarla una cosa semejante.

—El dinero es lo que no tiene precio, Tristan. ¿Qué te parecen quince millones?

—No. La cambiaría por la zorra que vino por aquí. Eso es todo.

—Te aseguro que no la quieres a ella —dije yo—. Es un dolor en el culo.

—Y a mí no me importaría ser un dolor en el suyo.

Me empezó a hervir la sangre, furioso porque se permitiera hablar de Pearl de aquella forma brutal.

—Veinte millones.

—Cuanto más me ofrezcas, más aumenta su valor.

—De acuerdo. Armas ilimitadas para tus soldados... de por vida.
—Quizá eso le haría reconsiderar su postura.

Él guardó silencio.

Con suerte, estaba pensándose en serio. No era un precio exacto, pero sí un recurso que podía utilizar para siempre. Aquello sumaba más de veinte millones... fácilmente. Por lo menos lo había tentado.

Tristan rompió su silencio.

—No.

El corazón se me cayó a los pies. Si no aceptaba aquella oferta, realmente no había nada más que pudiera darle. Su fascinación por Adelina era equiparable a la mía. No había nada que pudiera sustituirla. Era realmente inapreciable... de un valor incalculable.

—Te veo mañana, Cane. Y si me la juegas... ya sabes lo que pasará.
—Clic.

Escuché cómo se cortaba la línea antes de lanzar el teléfono sobre la mesa.

Una sombra iba cubriendo el cielo y yo no veía nada. Todo se estaba oscureciendo. Una guerra asomaba por el este y empezaba a extenderse hacia

el oeste. Tristan era un enemigo poderoso al que no quería enfrentarme. Casi todas las guerras del mundo habían empezado por una bella mujer.

Yo no iba a ser uno de aquellos necios.

Tenía que dejarla marchar.

Tenía que dejarla sufrir.

Y dejarla morir.

CROW SE PASÓ POR LA BASE. CON UNOS VAQUEROS OSCUROS Y UNA CAMISETA, entró en mi oficina sin llamar, probablemente en venganza por lo que le había hecho yo hacía unos días. Tenía los pies apoyados en la mesa y estaba disfrutando de una botella entera de *whisky* para mí solo. Estaba de un humor de perros, con la mandíbula apretada y una migraña que ni siquiera una botella entera de alcohol podía curar.

Crow entró y examinó la escena que tenía delante.

Yo ni siquiera lo miré de reojo. Me apretaba el vaso frío contra la sien, utilizando la temperatura para mitigar la migraña.

Crow cogió la botella y se sirvió un vaso.

—Me sorprende que no te hayas tomado el día libre.

Debería estar en casa con Adelina, consolándola antes de tener que devolverla al día siguiente. Pero necesitaba tiempo a solas, tiempo para amortiguar mi doloroso desengaño. Necesitaba ahogarme en alcohol para entumecerme.

—Me iré a casa dentro de poco. —Di un sorbo, mirando fijamente la otra pared.

—¿Te encuentras bien?

—Si vas a ponerte a decir estupideces, mejor no digas nada.

En vez de marcharse, Crow apartó la silla y se sentó.

—He llamado a Tristan. —Dejé el vaso sobre la mesa y me froté la sien.

—¿Y de qué habéis hablado?

—Le ofrecí comprarle a Adelina.

Crow bebió mientras asimilaba mis palabras.

—Me da la impresión de que no ha aceptado tu oferta.

—No. Puse veinte millones sobre la mesa, pero ni siquiera le hicieron pestañear.

—Bones hizo lo mismo con Pearl.

—Entonces le ofrecí surtirle de armas de por vida si me permitía quedarme con ella.

El silencio de Crow hervía de enfado.

—No te preocupes, tampoco lo aceptó.

—Eso tiene que haber sido difícil de rechazar.

—No me lo pareció.

Crow dio otro trago.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que devolvérsela mañana a las siete.

—Lo siento, Cane. Sé que le tienes cariño a la chica.

Le tenía demasiado cariño. Acababa de contarle a Crow que habría pagado veinte millones de dólares por ella. Ya no tenía sentido ocultarlo.

—Ya te lo he ofrecido, pero lo volveré a hacer. Puedo llevarla yo, si eso te lo hace más fácil.

—No. —Tenía que hacerlo yo. No iba a comportarme como un cobarde. Tenía que ser fuerte para ella, para que ella se sintiera fuerte—. Pero gracias, de todas formas.

—¿Hay algo que yo pueda hacer, Cane?

Sacudí la cabeza por única respuesta.

—Dejarme a solas.

Crow no se movió. Se quedó sentado, con el vaso aún en la mano.

—¿Qué te parece si me quedo a solas contigo?

—¿Por qué?

—Para eso está la familia, ¿no? Para tener siempre alguien con quien estar a solas.

AQUELLA NOCHE NO DORMÍ.

Ella tampoco.

Hicimos el amor unas cuantas veces, pero no era lo mismo. Los dos estábamos pensando en el día siguiente, en el momento en el que tendría que devolverla. Ella pensaba en la mirada grotesca de los ojos de Tristan, y yo en sus manos sobándola todo el cuerpo.

Era espantoso.

Me había dicho a mí mismo que se haría más fácil con el tiempo. Con el paso de los años, lo iría aceptando poco a poco. Pero no me daba la impresión de que eso fuera a suceder jamás. Siempre me sentiría fatal por lo que le había pasado a Adelina.

Por no haberla salvado.

A la mañana siguiente, recogió sus cosas. Le había comprado un montón de cosas bonitas desde que se había venido a vivir conmigo, sobre todo ropa de diseño y accesorios para el pelo. Sus cosas ocupaban la mitad de mi armario. Abrió la bolsa y empezó a meterlo todo dentro, pero entonces titubeó.

Porque se dio cuenta de que no tenía sentido llevarse nada de aquello.

No podría ponerse las cosas bonitas que le había comprado. Se las quitarían hasta dejarla desnuda, encadenada a una pared y dentro de una jaula. No tendría ningún armario. No se podría duchar. Sería como un cerdo en una cochiguera.

Ver cómo volvía a meter las prendas en el armario fue una de las cosas más dolorosas que había presenciado jamás.

No lloró, ni dejó escapar un sollozo, pero su cuerpo se combaba bajo el

peso de la depresión. Tenía la espalda encorvada y los hombros caídos hacia delante. Se sentó en el borde de la cama y se cruzó los brazos sobre el estómago, con las rodillas pegadas al pecho.

Me senté a su lado, resistiendo el impulso de tocarla.

Ella miraba al suelo, con el pecho subiendo y bajando profundamente.

—¿Tienes las pastillas?

—Sí.

—¿Me las puedes dar?

Yo no me moví.

—¿Dónde las vas a poner?

—No lo sé... No voy a continuar vestida durante demasiado tiempo.

Hice una mueca ante aquel pensamiento.

—No se te disolverán en la boca. Puedes meterte una dentro de cada mejilla...

—Y luego esconderlas en mi cuarto cuando me deje sola.

—Sí... —Cerré los ojos al imaginármela tirada en el suelo de piedra, con los tobillos encadenados a la pared y lágrimas en los ojos. Estaba sucia, con el pelo grasiento y muy delgada. La imagen era más de lo que podía soportar, así que la aparté de mi mente.

Ella extendió la mano con la palma mirando hacia el techo.

Abrí el cajón de la mesilla de noche y saqué la bolsita de plástico. La dejé caer sobre su mano.

Ella examinó las pastillas rosas, del color perfecto para disimularlas dentro de la boca.

—Todo habrá acabado en menos de cinco minutos...

Asintió y se las guardó en el bolsillo delantero.

Me senté a su lado en silencio, dejando pasar los minutos que faltaban antes de tener que marcharnos. El dormitorio estaba impregnado de su esencia; toda la casa, en realidad. Pasaría un tiempo antes de que el olor finalmente desapareciera, de que yo empezara a dormir en el centro de la

cama porque ya no tenía que compartirla. No vería sus cabellos en el desagüe de la ducha, ni su cepillo de dientes sobre el estante. Aquella casa volvería a estar vacía, a estar en silencio. Desde el primer día que me había mudado allí, ella había estado conmigo. Nunca había vivido verdaderamente solo en aquella casa.

Ahora lo haría.

Me resultaba duro imaginarme volviendo a casa del trabajo y no verla. Era duro pensar en hablar con Pearl y Crow como si todo fuera normal, cuando iba a ser evidente que faltaba Adelina. Sabía que Pearl estaba pensando en nosotros dos en aquel mismo instante, sabiendo exactamente lo que se avecinaba.

Esperé a que Adelina empezara a llorar. Pero no lo hizo.

Esperé a que empezara a temblar. Pero aquello tampoco lo hizo.

Se quedó completamente quieta, mirando fijamente a la pared opuesta.

No había nada que pudiera decir para mejorar la situación, así que no dije nada. Las palabras carecían de significado en momentos como aquel. Estaba, literalmente, encaminándose hacia su muerte. El único consuelo que yo había podido ofrecerle eran aquellas pastillas.

Harían que todo acabase rápidamente.

Mi mano se movió hacia la suya y la cogió, dándole un suave apretón.

Sus dedos reaccionaron al contacto, entrelazándose con los míos. No apartó la mirada de la pared en ningún momento, y su respiración continuó siendo tan profunda y regular como antes.

Permanecí allí sentado con ella sin decir nada. Estar allí con ella parecía ser el último regalo que podía dar. Todavía estaba conmigo, y mientras fuera mía, estaría a salvo.

Sólo deseaba que pudiera estarlo siempre.

DESPUÉS DE UN CORTO VUELO, ATERRIZAMOS EN EL SUR DE FRANCIA. FUIMOS en coche desde el aeropuerto hasta la guarida que Tristan tenía en la costa. No había ningún otro edificio en kilómetros a la redonda, y tenía acceso a su propio embarcadero personal. Eso facilitaba mucho el contrabando.

Yo conducía a quince kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad, tomándome mi tiempo para llegar allí. No tenía ninguna prisa, ni ella tampoco. Había dicho que estaría allí a las siete, pero me importaba un carajo llegar tarde. El enfado de Tristan no me impresionaba.

Mi mano agarraba firmemente la suya sobre su muslo. No la aparté en ningún momento. Pude sentir cómo su pulso se aceleraba gradualmente a medida que nos acercábamos a casa de Tristan. Su respiración no se agitó en ningún momento, ni tampoco se le llenaron los ojos de lágrimas. Mantenía una expresión fría, con las defensas ya totalmente levantadas para lo que estaba a punto de suceder.

La admiré más que nunca.

Podría haberse derrumbado y empezado a llorar, pero no lo hizo. Podría haberse puesto histérica y gritado, pero tampoco lo hizo. Se enfrentaba a la muerte con la cabeza bien alta y los hombros erguidos. Lo hacía con dignidad y aplomo. Tristan podría hacer lo que quisiera, pero ella seguiría siendo lo más elegante que había en la habitación.

Me recordaba a Pearl.

Llegamos a la última carretera y la mansión quedó a la vista, con el agua detrás. El sol ya se estaba poniendo y había un bello atardecer como fondo. Como si se estuviera despidiendo de ella, el sol se iba hundiendo lentamente por el horizonte.

Los hombres de Tristan estaban apostados fuera, con los ojos fijos en el coche mientras yo reducía la velocidad. Giré en la rotonda, pero aparqué a propósito a una buena distancia, para darle a ella todo el espacio posible. Los hombres hablaron por sus micrófonos, diciéndole a Tristan que ya estábamos allí.

Adelina estaba mirando fijamente por la ventana antes de volverse hacia mí, de algún modo más bella de lo que la había visto nunca. Su cabello castaño se derramaba con perfección sobre sus hombros, y sus ojos brillantes relumbraban suavemente. Todas las magulladuras se habían difuminado al poco tiempo de venir conmigo. Ahora su piel tenía un aspecto suave e inmaculado. Parecía una preciosa mujer cuyo lugar era una mansión, con una tiara de diamantes sobre la cabeza. Debería estar en casa con un marido e hijos, disfrutando de una vida donde pudiera envejecer con alegría.

No debería estar allí.

Pero decir todo aquello sólo lo empeoraría todo.

Así que dije lo único que significaría algo para ella.

—Te admiro.

Su mirada se suavizó ligeramente.

—Eres tan valiente...

Me apretó la mano.

—Tú me haces valiente.

Me acerqué su mano a los labios y besé sus nudillos.

—No importa lo que te hagan. No pueden quitarte tu mente, tu corazón ni tu alma. —Moví la mano hacia su pecho, donde su corazón latía a toda prisa—. Así que sigue siendo valiente.

Se le formó una suave sonrisa en los labios.

—Vale... —Rebuscó en el bolsillo hasta encontrar la bolsita con las pastillas. Cogió dos de ellas y se las metió dentro de cada una de las mejillas—. Si trago sin darme cuenta... pues qué se le va a hacer.

Bajé la mirada.

Tristan salió con unos cuantos hombres, el pelo tan grasiento como siempre. Llevaba una cazadora de cuero negra y unos vaqueros negros. Superando holgadamente el metro ochenta, era una mole de hombre. Nos fulminaba con los ojos a ambos lados de la nariz retorcida, irritado porque siguiéramos dentro del coche después de las siete.

Como si me importara una mierda.

—Gracias por todo —susurró—. Eres un buen hombre, Cane. Si alguna vez dudas de tu valía, recuerda lo que te he dicho. —Me cogió la mano y me besó los nudillos.

Ahora la echaría todavía más de menos que antes.

Puso la mano en la puerta y respiró hondo antes de abrirla. Con la espalda perfectamente recta, salió fuera y se irguió cuan alta era.

Salí del coche y me puse a su lado. Sin pensarlo, tomé su rostro entre mis manos y la besé. Fue un beso suave, un contacto delicado que habíamos tenido cientos de veces. Estaba lleno de respeto, amistad y adoración. Aquella mujer se había convertido en mi amiga, en mi musa. Quería protegerla y me sentía impotente al no poder hacerlo.

—Nunca te olvidaré, *Bellissima*. Vivirás para siempre. —Puse su mano sobre mi pecho—. Aquí dentro.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y yo supe que no eran de miedo.

Tomé su mano en la mía y empezamos la lenta marcha hacia la casa de Tristan. Estábamos a decenas de metros de distancia y el paseo era innecesariamente largo. Pero yo había querido darle hasta el último segundo que pudiera, darle aire fresco todo el tiempo posible.

En un abrir y cerrar de ojos estábamos frente a Tristan y sus hombres.

Él sólo tenía ojos para Adelina.

—Te he echado de menos, Adelina.

Ella lo contemplaba fríamente, con su mano todavía en la mía.

—Espero que no te hayas olvidado de mí. Si lo has hecho, disfrutaré haciéndote recordar. —Extendió la mano.

Ella no la tomó.

Él entrecerró los ojos.

—Esto empieza bien. Me encanta castigarte.

El corazón me latía a toda prisa. Apenas lograba respirar. Me sentía mareado. Tenía náuseas.

—¿Dónde está el dinero?

Tristan se volvió hacia mí.

—Tengo que admitir que pensé que hoy no aparecerías, después de que rechazara tu oferta.

Los ojos de Adelina se volvieron hacia mí.

—Veinte millones de dólares por una zorra. —Tristan sacudió la cabeza—. No me hubiera extrañado que hubieras huido. Pero tu oferta sólo me hace desearla más.

Yo sentía ganas de sacar la pistola y pegarle un tiro justo entre los ojos. Sus matones me reventarían, pero habría merecido la pena.

Adelina continuó mirándome, hasta que apartó la mirada.

Tristan se dio la vuelta hacia uno de sus hombres.

—Envía el dinero.

Un hombre vestido totalmente de negro encendió una tableta y tocó la pantalla con la punta de los dedos. Tristan me observaba mientras esperaba, y yo no cambié de expresión. Me enfrenté a su fiera mirada con la mía. El hombre terminó y le tendió la tableta.

—Está hecho.

Tristan levantó el dispositivo para enseñármelo. El dinero había pasado a mi cuenta. Estaba hecho.

—¿Satisfecho?

Asentí ligeramente.

Tristan le devolvió al otro la tableta.

—Ahora, tu parte del trato.

Yo no solté la mano de Adelina. Ella tendría que hacer el primer movimiento. Me quedaría allí todo el tiempo que me necesitara.

Tristan chasqueó los dedos.

—Ven. Puta.

La expresión de Adelina no cambió. Retiró lentamente la mano y avanzó un paso.

Me sentí débil en cuanto se alejó. Me sentí morir en cuanto dejó de ser mía. Mi mundo cambió en aquel instante. Giró y se retorció, provocándome náuseas. Ella había sido el centro de mi universo durante el último mes. Ahora se había ido, igual que el sol poniente. Pero para mí, sería una noche eterna. Mi sol no volvería a salir.

Tristan lucía una sonrisa que parecía una mueca.

—Buena chica. —La cogió por el cuello y tiró de ella hacia sí.

Las dos manos se me cerraron en puños.

—Bienvenida a casa, golfa. —Tristan le apretó los labios contra la oreja—. Tengo una fiesta de bienvenida planeada para ti. —La agarró por el pelo y tironeó hasta tirarla al suelo.

Mi cuerpo saltó inmediatamente hacia delante.

Uno de sus hombres me agarró por el hombro y me empujó hacia atrás. Estaba rodeado por cinco hombres, todos con ametralladoras. Un movimiento en falso y estaba muerto. El destino de Adelina no cambiaría con ello.

Tristan se giró hacia mí, estrechando los ojos.

—El trato ya ha terminado. Márchate.

Yo no me podía mover. Sabía exactamente lo que le sucedería en cuanto me fuese. En el instante en el que cruzase el umbral, la desnudarían y la empujarían sobre una cama. Se la follaría de un millón de maneras, hasta que estuviera dolorida y hecha un mar de lágrimas. Lo mismo le daba tragarse las dos pastillas en aquel momento.

Cuando no me moví, Tristan agarró a Adelina por el pelo y tiró de ella hasta que volvió a levantarse.

Ella no emitió ni un solo sonido.

Como un hombre guiando a un caballo, tiró de su pelo como si fueran riendas de vuelta a la casa de tres pisos al borde del agua. Hasta cuando mantenía el mismo ritmo que él, recibía tirones igualmente. Sus hombres se movían con él, y los dos guardias que había apostados en el exterior de la casa no me quitaban la vista de encima.

Yo me quedé allí de pie sin más.

Tristan abrió la puerta delantera y la hizo entrar de un violento empujón. La puerta se cerró un momento después y todo quedó en silencio.

Me quedé donde estaba, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo acelerado. Todo lo que sentía era dolor, un dolor ardiente y desatado. El aire circulaba por mis pulmones, pero el oxígeno no me llegaba a la sangre. Mis musculosas piernas me parecieron débiles de repente. Me sentía como si lo hubiera perdido todo cuando todavía lo tenía por completo. Sólo había pasado un mes, y nada era diferente.

Pero ahora ya nada era lo mismo.

Tenía que darme la vuelta y marcharme a casa. Tenía que volver a mi vida. Estaba perfectamente antes de que Adelina entrara en ella. Todo volvería a estar perfectamente otra vez.

Aunque no estaba seguro de poder creerme aquello.

Por fin, me di la vuelta y me metí en el coche. Hasta sentado detrás del volante era incapaz de arrancar el motor. No estaba en condiciones de conducir. Para alguien que me observara desde fuera, mi cara era una máscara de estoicidad, que no transparentaba ninguna emoción.

Pero por dentro me estaba muriendo.

Por dentro, me rompía en mil pedazos.

Sólo podía pensar en ella sufriendo, en lo que Tristan estaría haciéndole, en cómo estaría suplicando morir en aquel preciso instante.

Me saqué el teléfono del bolsillo y me lo llevé a la oreja.

Crow contestó de inmediato.

—Hola, qué...

—Está hecho. —La emoción no traicionó mi voz.

Crow estuvo un rato en silencio.

—Estoy aquí si...

Clic.

Apagué el teléfono y lo lancé al asiento del pasajero, sobre el cuero

todavía templado por el cuerpo de Adelina.

Por fin, arranqué el coche y me alejé conduciendo.

Pero el que se alejaba conduciendo era un hombre diferente del que había llegado.

CROW

ESCUCHE la línea quedarse en silencio.

No me molesté en volver a llamarlo porque conocía muy bien a mi hermano. Ya habría apagado el teléfono. No quería hablar conmigo. No quería hablar con nadie. Aunque se le acercara Pearl, la rechazaría.

La voz de Cane no sonó diferente de lo habitual, pero pude sentir el dolor en su tono. Pude escuchar el crepitar del enfado. Pude sentir su tristeza, su sufrimiento brutal, a través de la línea silenciosa. Mi hermano afirmaba no amar a aquella mujer, pero si aquello no era amor, no sabía qué otra cosa podría serlo.

Cuando me di la vuelta, Pearl estaba allí de pie con los brazos cruzados delante del pecho. Escudriñaba mi rostro en busca de pistas de lo que acababa de suceder. Quería una confirmación, pero a la vez, no quería escucharla.

—Está hecho. —Le repetí las palabras de mi hermano, encontrándolas concisas y efectivas.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al instante, más rápidamente de lo que yo podía chasquear los dedos.

—Botón... —Ella me rodeó a toda prisa y salió de nuestro dormitorio, evitándome sin mirar ni un momento atrás. Sus ligeras pisadas resonaron por el parqué mientras recorría el pasillo casi a la carrera.

Mi primer impulso fue ir detrás de ella, pero era evidente que no quería

estar conmigo. A sus ojos, yo era de algún modo responsable de todo aquello. Como no estaba dispuesto a arriesgar tanto mi vida como la suya por aquella mujer, de alguna manera era un malvado.

Adelina era una mujer agradable que se merecía algo mejor, pero yo siempre pondría a mi esposa por delante.

Así era como funcionaba aquel mundo cruel.

YA ERA TARDE POR LA NOCHE CUANDO FINALMENTE SALÍ DE MI ESTUDIO Y FUI en su busca. Había tenido tiempo suficiente para lamentarse, para permitir que sus emociones despejaran sus lagrimales. La lógica se volvería a imponer, y entendería que aquello no era culpa suya, ni mía.

Simplemente, la vida era una putada.

La encontré sentada fuera en el patio, envuelta en una de mis sudaderas. En vez de hacer que pareciera más voluminosa, daba la impresión de ser aún más pequeña entre la ropa demasiado grande. Me acerqué a ella por detrás y me senté en la butaca que había junto a la suya.

Ella contemplaba los viñedos, aunque ya casi no se veía nada. Corría una suave brisa, algo fresca al acercarse el otoño. Las dulces uvas se balanceaban al viento, que también traía el aroma de las olivas en los árboles.

Esperé a que dijera algo para determinar su humor.

Pero estaba completamente callada.

—Botón. —Observé su perfil, notando la angustia en su expresión.

—Es mi amiga...

—Lo sé. A mí también me caía bien.

—Ahora mismo, mientras hablamos... —No llegó a terminar la frase. La dejó morir en la punta de la lengua.

—No pienses en eso. Incluso nos dijo que no nos sintiéramos culpables. Sabe que no podemos hacer nada por ella.

—Sigue siendo tan espantoso... Me siento como si ya hubiera muerto.

Estaba muerta. Era cuestión de días antes de que los hombres de Tristan tiraran al mar su cadáver lastrado. Probablemente se tragaría las pastillas más pronto que tarde. Dudaba si contarle a Pearl la verdad. Puede que le sirviera de consuelo, pero también era posible que volviese a alterarla.

Era mejor no decir nada.

—¿Qué tal está Cane?

—Está bien.

—¿Cómo puede estar bien?

—Sólo he hablado con él dos segundos. Me ha colgado. Sé que está sufriendo.

—¿Y cómo no va a sufrir? Sé lo mucho que le importaba. Lo veía cada vez que la miraba.

Yo también lo veía. A cada momento temía que Cane se retractara de su palabra y se escapara con ella. Pero evidentemente no podía arriesgar mi bienestar y el de Botón, no cuando Constantine era un riesgo potencial.

Botón inspiró y brotaron las lágrimas.

No había nada que odiase más que escucharla llorar. El sonido era muy molesto cuando procedía de otras mujeres, agudo e irritante. Cuando Botón lloraba, no me molestaba en absoluto. Me devastaba escucharlo. Cualquier dolor que ella sintiera, yo lo sentía mil veces peor. Todo lo que quería era que ella fuese feliz. Me esforzaba todo lo posible por asegurarme de que así fuera. Quería que mi esposa estuviera a salvo de todo, oculta en mi mansión, donde nadie pudiera tocarla. Pero el dolor encontraba la forma de entrar... siempre.

—Botón... —Alcé la mano hasta su mejilla y le enjuagué las lágrimas.

Ella volvió a inspirar antes de subirse a mi regazo. Se acurrucó contra mi pecho y se aferró a mí mientras se permitía derrumbarse, llorar la pérdida de la mujer a la que había llegado a querer como a una amiga.

Me sentía agradecido porque no me rechazara, porque no me viera como al malo. Apoyé la barbilla en su cabeza y le froté la espalda, consolándola en

silencio. Botón era una mujer dura que no cedía a las lágrimas, pero este tema le resultaba doloroso. Sabía que se imaginaba a sí misma en la posición de Adelina. Entendía mejor que nadie lo que era ser una cautiva. Sabía exactamente lo que estaba padeciendo Adelina justo en aquel momento.

Aquello era algo que Cane y yo nunca entenderíamos.

—Sabes que arreglaría todo esto por ti si pudiera.

Ella asintió contra mi pecho.

—Lo sé...

IBA A LA BASE TODOS LOS DÍAS PARA ECHARLE UN VISTAZO A CANE SIN QUE fuese evidente que sólo estaba allí para cuidarlo.

Pero él no venía a trabajar.

Respondía a Bran por correo electrónico, pero no ponía un pie en el complejo. Lo hacía todo desde casa, manejando la correspondencia y a los clientes por ordenador. Era obvio que no quería estar con gente ahora mismo.

Lo llamé, pero su teléfono seguía apagado.

Como no se encontraba en peligro inminente, no me podía pasar por su casa para cotillear. Ahora mismo quería tener espacio, y no estaría bien que yo no se lo diera.

Pero aquello no quería decir que hubiera dejado de preocuparme.

Era mi hermano pequeño. La preocupación era un impulso natural.

Botón hacía notar poco su presencia por la casa. No estaba interesada ni en el sexo ni en la comida. Prefería pasar el tiempo leyendo o paseando entre los viñedos. No venía a trabajar conmigo, decidiendo quedarse en casa.

Pero según pasaban los días, fue saliendo poco a poco de su caparazón. Hablaba conmigo del libro que estaba leyendo, comía un poco más en la cena, y al menos se acurrucaba junto a mí en la cama. Me preguntaba si su falta de apetito sexual tendría algo que ver con Adelina. El sexo

probablemente le recordaba lo que su amiga estaba pasando en aquel momento. Le parecería mal disfrutar de ello, cuando era evidente que Adelina estaría sintiendo mucho dolor.

—¿Has hablado con Cane? —preguntó tumbada a mi lado en la cama.

—No.

—Me pregunto si estará bien. —Tenía la cara cerca de la mía y la mano apoyada en mi pecho. Se había lavado el maquillaje y tenía el pelo recogido en un moño flojo. Me gustaba su aspecto justo antes de meterse en la cama, cuando se lo quitaba todo y no quedaban más que sus rasgos naturales debajo. Cuando nos despertábamos cada mañana, estaba aún más guapa después de una larga noche de descanso.

—Está trabajando con los hombres a través del correo electrónico. Está perfectamente.

—Quizá físicamente...

—Sigue con el teléfono apagado. No creo que quiera hablar con nadie ahora mismo.

—¿Crees que debería pasarme?

Sacudí la cabeza.

—No. Déjalo en paz.

—¿Y si te pasas tú?

—Conmigo tampoco quiere hablar. Cuando esté preparado, nos lo hará saber.

—Sí... Supongo que tienes razón.

Habían pasado tres días desde la última vez que habíamos hecho el amor. Nuestras agendas giraban en torno a nuestras vidas sexuales. Siempre lo hacíamos por la mañana antes de ir a trabajar, cuando volvía del trabajo y justo antes de dormir. Ahora no había nada de acción, porque ella estaba demasiado emocional como para que nada la excitase. Yo no quería ser insensible, pero estaba empezando a sentirme frustrado.

La estreché contra mi cuerpo y besé sus labios.

Ella apenas me devolvió el beso.

Yo no pensaba parar, así que metí la mano por debajo de su camiseta hasta encontrar su tanga. Empecé a bajárselo lentamente por las caderas.

Ella me cogió la mano.

—Esta noche no, Crow.

No contuve el rugido que surgió de mi garganta. En cualquier otra situación, se las habría quitado de un tirón y se lo habría hecho de todas maneras. Pero en este asunto me tomaba su opinión muy en serio. Era evidente que estaba destrozada, y yo no iba a presionarla si ella no quería ser presionada. Aparté la mano.

—Han pasado tres días.

—Hay muchas parejas que no tienen sexo en tres días.

—No nosotros. —Froté mi nariz contra la suya—. Sé que ahora mismo estás alterada, pero rechazarme por completo no va a lograr nada. Deberíamos disfrutar el uno del otro todo lo que podamos. Soy tu marido y tengo necesidades. Y no finjamos que tus necesidades no son las mismas que las mías. —Mi mano subió por su muslo y se agarró a su trasero. Observé la resistencia difuminarse en sus ojos antes de inclinarme y volverla a besar.

Esta vez ella me devolvió el beso, recorriéndome el pecho con la mano.

Mi mano se desplazó hacia su tanga y volví a tirar de él hacia abajo, llegando esta vez hasta sus tobillos. Le separé los muslos con los míos y en segundos estaba profundamente dentro de ella. Estaba enterrado hasta los testículos en el sexo con el que estaba obsesionado, justo en mi lugar. Ella no estaba tan mojada como era habitual, pero sin duda sí lo bastante para movernos juntos.

Apreté mi cara contra la suya mientras la penetraba profunda y lentamente, explorándola como nunca había hecho antes. Su excitación brotó en minutos, bañándome hasta la base. Pronto empezó a moverse conmigo, a gemir para mí.

Y todo volvió a estar bien otra vez.

Éramos ella y yo... y nadie más.

CANE

—JODER. —Pegué un salto en la cama, golpeándome la cabeza contra el cabecero. Me enderecé y me agarré a las sábanas, sintiendo la espalda desnuda quedar expuesta al aire. Estaba cubierto de sudor que empezó a evaporarse lentamente al aire fresco.

Respiraba con dificultad, mis pulmones ansiando un aire que no estaban recibiendo. Me pasé la mano por la cara y sentí el sudor en el puente de la nariz. Estaba cubierto de sudor por todas partes y ardiendo de calor. Aparté las sábanas a patadas, despejándome lentamente en mi dormitorio.

Estaba oscuro y el sol aún no había salido. No sabía qué hora era, pero debían de faltar algunas horas para el amanecer. Me apoyé contra el cabecero y me pasé los dedos por el pelo, sintiendo más sudor.

La pesadilla todavía danzaba ante mis ojos, aquella imagen imposible de olvidar.

Bellissima.

Estaba sufriendo tanto.

Estaba siendo torturada, violada, golpeada...

Sus lágrimas me atormentaban.

Gritaba mi nombre, pidiéndome que la protegiera.

Estaba muriéndose.

Se había tragado las pastillas y había empezado a tener convulsiones,

mientras el infarto la engullía y exterminaba su vida.

Ahora ya no estaba.

No logré que mi respiración se hiciera regular. No me calmaba. La adrenalina aún me corría a mares por la sangre, todavía dolorosa dentro de mis venas. Al aclararse la visión, salí de la cama y bajé al piso de abajo hasta la sala de estar.

Necesitaba un trago.

El dormitorio me atormentaba porque todavía olía a ella. Su ropa estaba en mi armario. La veía todos los días. Hasta el último rincón de la casa estaba ocupado por su fantasma, pero el dormitorio era el peor lugar de todos.

Me serví una copa y me senté en el sofá. Encendí la televisión y puse un fuego en marcha, necesitado de algo que me distrajese de los terroríficos pensamientos que me rondaban por la cabeza. No podía comer, de lo culpable que me sentía. No podía dormir porque aquello también me hacía sentir fatal. No podía concentrarme en nada, sabiendo por lo que ella estaba pasando.

Dolía una puta barbaridad.

Se suponía que no me tendría que haber importado. Ella había estado en el lugar incorrecto en el peor momento, y había tenido que sufrir las injustas consecuencias. Si hubiera sido cualquier otra persona, me habría dado igual. No habría perdido el sueño por ello. No me habría importado ni un comino.

Pero ahora era incapaz de seguir adelante.

No tendría que haber sido ella.

Habría deseado ser yo.

SONÓ EL TIMBRE DE LA PUERTA.

¿Quién demonios se habría pasado a verme? Todos los que me conocían entendían que no quería que me molestaran ahora mismo. No quería tener que mirar a nadie a la cara. Seguía teniendo el teléfono apagado.

Probablemente, también sin batería.

Me acerqué a la puerta delantera y vi a mi hermano de pie al otro lado.

¿Qué querría?

Abrí la puerta, dedicándole una mirada amenazadora.

—Si necesitas que se haga cualquier mierda, habla con Bran. De momento se está ocupando de todo.

Tenía los brazos colgando a ambos costados y llevaba puesto un traje negro y una corbata azul. Era evidente que no había estado en la base. Había estado trabajando en las bodegas al final de la carretera. Su visita no tenía nada que ver con el trabajo.

—No estoy aquí por eso.

—Bueno, ¿pues qué quieres?

—Tu teléfono ha estado apagado. Empezaba a preocuparme.

—Puedo cuidar de mí mismo, Crow. —Empecé a cerrar la puerta.

Él adelantó un pie y lo apoyó para mantenerla abierta. Pasó al interior de la vivienda, caminando por mi casa como si hubiera sido invitado.

—Nunca he dicho que no pudieras, pero ya ha pasado un tiempo. Pensaba que ya te habrías recuperado.

—Siento necesitar algo más de tiempo —salté yo. Entré en la cocina y abrí la nevera, aunque no tenía hambre ni sed. Sentí el aire frío recorrerme, apaciguando mi enfado, antes de volver a cerrarla.

Crow estaba de pie junto a la encimera con expresión de indiferencia.

—Yo me puedo ocupar de la base. Tómate todo el tiempo que necesites.

—Genial. Ahora ya puedes irte.

Se apoyó contra la encimera y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, Cane? Estoy a tu disposición, de día o de noche.

—No. —Me acerqué al otro extremo de la isla de la cocina y me agarré al borde de la encimera.

Mi hermano continuó sin quitarme los ojos de encima.

—Ya te puedes marchar.

—Pues habla conmigo.

—Nosotros no hablamos —argumenté—. Nosotros nunca hablamos.

—Las cosas cambian —dijo él—. Tú estuviste ahí para mí cuando pasé una época dura con Botón. Sabes que siempre estaré aquí si me necesitas.

—Bueno, pues estoy perfectamente. No hay nada de lo que hablar.

Crow me miró con frialdad, dejando claro que no me creía sin pronunciar palabra.

—¿Qué? —dije con un suspiro.

—No has estado yendo a trabajar. Tienes el teléfono apagado. Por no mencionar que tienes un aspecto espantoso.

—Pues todo como siempre, entonces.

—Cane —dijo irritado—. Te estás tomando esto muy mal.

Me aferré al borde de la encimera y fijé la mirada en la cesta de fruta de adorno.

—¿Y cómo no voy a hacerlo? Es una mujer increíble, y ahora está...

—No pude terminar la frase. Me sentía incapaz de entrar en detalles. Sólo haría que la pesadilla fuese más real—. Dejarla allí... fue una de las cosas más duras que he tenido que hacer.

—Ya me lo imagino.

—Ni siquiera puedes empezar a imaginártelo. —Cerré los ojos y deseé que el dolor desapareciera. Deseé no haber aceptado nunca la oferta de Tristan. O mejor aún, deseé que Adelina nunca hubiera ido a Grecia, para empezar. Deseé que nunca nos hubiéramos conocido. De haber sido así, ninguno de los dos estaría sufriendo ahora mismo.

—¿Tiene las pastillas?

Asentí.

—Espero que ya se las haya tragado... pero también deseo que todavía no lo haya hecho. —No quería que sufriera, pero pensar que era un cadáver inerte me daba ganas de ponerme a aullar en la cocina.

—A lo mejor Tristan las ha encontrado. O a lo mejor no. Creo que te habría llamado si ella hubiese muerto.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque es un paranoico.

—Provocan una muerte que parece natural.

—Tiene veintitrés años —dijo Crow—. A esa edad no te dan ataques al corazón.

—A menos que estés bajo circunstancias extremas...

—Bien, pero no creo que esté muerta todavía. Tristan habría dicho algo.

—Quizá. —Aquello me hizo sentir bien y mal al mismo tiempo.

Crow continuó observándome, dedicándome su mirada concedora.

—¿Qué tal lo estás llevando?

—Me parece que ya hemos hablado bastante de ello...

—Pero en realidad no me has dicho nada. Soy tu hermano. Puedes hablar conmigo de esto.

—Nunca hemos sido de esos hermanos que hablan.

—Pero tú nunca has estado en una situación como esta. Sé que lo estás pasando mal.

Retrocedí y me crucé de brazos.

—Tú no puedes hacer nada, Crow. Nadie puede. Sólo quiero estar solo, nada más que estar a solas. —Miré por la ventana, sin querer mirar a mi hermano a los ojos, idénticos a los míos—. Márchate y ya está, ¿de acuerdo?

Crow no insistió más con la conversación. En aquel momento era inútil.

—Sabes dónde encontrarme. —Salió de la cocina y atravesó la puerta delantera. Pude verlo a través de las ventanas de delante. Se metió en su coche negro, encendió el potente motor y se marchó.

Cuando volví a estar solo, no me sentí mejor.

Seguía sintiéndome igual de mal.

ME DESPERTÉ EN MEDIO DE LA NOCHE OTRA VEZ.

Por culpa de otra pesadilla.

Igual que otras veces, estaba atontado y bañado en sudor. Sentía el calor pegado a la espalda y mi pecho se esforzaba por respirar. Eché un vistazo al reloj de la mesilla de noche y vi que sólo era la una de la mañana.

Me había acostado hacía apenas una hora.

Ya no era que no consiguiera dormir toda la noche, es que no podía dormir ni siquiera una parte de ella.

Bajé al piso inferior y me serví un trago, igual que la noche anterior. Me senté en el sofá, encendí la televisión para tener algo con lo que distraerme y me fijé en el libro que ella había dejado atrás. Había estado leyéndolo la semana anterior. Era de tapa dura y estaba un poco polvoriento. No tenía muy claro de dónde lo había sacado, porque yo no era aficionado a la lectura. Probablemente fuese un regalo de Pearl.

Mirar el libro no hizo más que recordarme que ella ya no estaba allí. Me recordó el cómodo horario que teníamos. Yo llegaba a casa del trabajo y la veía sentada en el sofá. La cena ya estaba preparada y ella llevaba puesta una de mis camisetas.

Ahora me sentaba en una casa vacía.

Ya ni siquiera olía a ella.

No quería mirar aquel libro. No quería pensar en ella cada vez que entraba en la habitación. Lo cogí y contemplé la idea de arrojarlo al fuego. Cuando quedara reducido a cenizas, ya no tendría que volver a pensar nunca en él.

¿Pero lograría aquello hacerla desaparecer?

¿Quería yo que desapareciera?

Me fijé en el punto de lectura que había introducido entre las páginas. Era un folio blanco normal doblado que probablemente había cogido de mi impresora. Lo saqué de entre las páginas por ningún motivo en particular, sólo para comprobar si mi corazonada era cierta.

Era papel de mi impresora.

Pero llevaba mi nombre escrito a mano con su letra.

Cane.

El corazón se me desplomó.

Desdoblé el folio con manos temblorosas y descubrí la nota manuscrita que me había dejado. Era corta y su caligrafía femenina llenaba la página con oscura tinta negra. Mis ojos contemplaron las palabras sin leerlas, inseguro de si podría soportar su mensaje.

Quise cerrarla e ignorarla para siempre, pero era incapaz de hacer aquello. Si no la leía, me atormentaría para siempre.

CANE:

Para cuando leas esto, es posible que ya esté muerta.

Y si lo estoy, no me compadezcas. Estoy en un lugar mejor.

Sólo quiero que sepas que has cambiado mi vida. Me separaron a la fuerza de mi familia, pero de algún modo, contigo me he sentido como en casa. Me arrebataron mi inocencia, pero de algún modo, tú me la devolviste. Sólo había conocido hombres fríos y crueles, pero tú me enseñaste que hay personas buenas en todas partes. No eras el príncipe azul que llevaba toda mi vida esperando, pero eras mucho mejor. Porque eras real. Eras profundo, complicado. Querías hacerme daño, pero eras incapaz de ello. Tu corazón es demasiado fuerte. Eres demasiado bueno. Y me hiciste sentir como una reina, aunque en realidad fuese una prisionera. Hiciste que este final espantoso fuese un poco más fácil de soportar, y me diste un poco más de vida que vivir.

Gracias por todo,

Bellissima

ENTRÉ EN EL DESPACHO DE CROW SIN LLAMAR. NO HABÍA APRENDIDO LA lección la última vez, porque en aquel momento las lecciones no importaban. Todo lo demás podía esperar. Nada era más importante que lo que tenía que decirle.

Crow levantó la vista al irrumpir en su despacho, pero no me demostró su sarcasmo habitual. Se limitó a mirarme sorprendido, con las cejas arqueadas. Llevábamos días sin hablar, y cuando se había pasado por mi casa yo básicamente lo había echado a patadas.

—¿Va todo bien?

—No. —Me senté en la silla que miraba a su escritorio y apoyé los codos en las rodillas. Me incliné hacia delante con el pecho agarrotado por la ansiedad—. Voy a recuperarla.

—¿Recuperar a quién?

—A Adelina. —Ya no podía soportarlo más. No podía quedarme a un lado sin hacer nada y permitir que aquello le sucediera. No podía permitir que me estuviera agradecida, cuando yo había sido quien la había abandonado. Tendría que haber luchado por ella. Tendría que haber matado a aquellos hombres antes de permitir que le pusieran una mano encima.

La sorpresa de Crow aumentó hasta convertirse en incredulidad.

—No puedes estar hablando en serio.

—Hablo en serio. Dijiste que estarías ahí si necesitaba algo. Pues bien, necesito algo. La necesito a ella.

Crow se levantó lentamente de detrás de su escritorio, irguiéndose cuan alto era y bloqueando la mayor parte del ventanal.

—Entiendo que esto es difícil para ti, pero no podemos recuperarla. Está muerta, Cane.

—Todavía no. Tienes razón. Tristan me habría llamado.

—No tenemos ni idea de si tengo razón —saltó él—. Tristan tiene docenas de hombres junto a él en todo momento. Por no mencionar que están equipados con las mejores armas del mercado. Es una misión suicida.

—Sí, probablemente lo sea.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

Ya no podía seguir soportando aquellas pesadillas. No me veía capaz de vivir mi vida sin aquella mujer a mi lado. Tenía que recuperarla, o morir en el intento. En vez de dejar que se marchara, tendría que haber luchado por ella. Pero ahora la iba a rescatar.

—Voy a ir a buscarla vengas conmigo o no. Y me voy a llevar todos los hombres que pueda.

Crow sacudió la cabeza.

—Esto es una jodida estupidez.

—Lo sé. Pero eso no cambia nada.

—Si esto era lo que querías, no tendrías que habérsela devuelto. Ahora va a ser mil veces más difícil. Hasta si conseguimos meternos allí y matar a todo el mundo, es posible que ya esté muerta. Podría ser todo para nada.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—Tristan no es un hombre al que convenga cabrear.

—Soy consciente de ello.

Crow apretó la mandíbula y sacudió la cabeza.

—Sabes que no te puedo ayudar.

—¿Por qué no? Yo arriesgué el cuello para salvar a Pearl.

—Pearl es precisamente la razón por la que no puedo hacer nada, y tú lo sabes. No puedo poner en riesgo su seguridad.

—Pues entonces envíala a alguna parte.

—¿A dónde? —quiso saber—. El lugar más seguro del mundo para ella es a mi lado. Si la envío a otro país, no puedo garantizar su seguridad.

—Pues entonces que nos ayude. Es dura. E inteligente.

—Eso no tiene gracia —respondió con frialdad—. Mi mujer se queda fuera de esto. Ya ha pasado por bastante.

—La conozco tan bien como tú —dije yo—. Ella querría participar en esto. Querría salvar a Adelina.

—Los dos sabemos que me importa muy poco lo que ella quiera. —Se estrelló la mano contra el pecho—. Lo que importa es lo que quiera yo. Ella es una consentida que se cree más de lo que es. Es tan inocente que piensa que puede comerse el mundo. No la vamos a meter en esto. Y punto final.

Entendía que mi hermano se mostrara protector porque había estado a punto de perderla unas cuantas veces. Ella era todo su mundo. Sin ella, volvería a ser la sombra miserable que solía acechar en un rincón. Pero se había olvidado de lo que le había hecho enamorarse de ella en primer lugar.

—No es ninguna niñita desvalida. Te estás olvidando de lo dura que es tu chica. Mientras estaba haciéndole... aquella cosa horrible que le hice... no dio ni una sola señal de debilidad. Cuando aquellos cazarrecompensas se la llevaron, se escapó. Cuando se intercambió por mí y volvió con Bones, lo mató. Entiendo que te muestres protector, pero no olvides de quién estamos hablando. No es ninguna damisela en apuros. Si nos oyera llamarla así, nos daría una patada en los huevos a los dos.

Crow continuó mirándome exactamente con la misma expresión, fría y calmada. No se levantó de un salto ni discutió conmigo, permitiendo que las palabras flotaran en el aire que nos separaba.

—Tengo que recuperarla, Crow. No puedo vivir así ni un solo día más. Si muero en el intento, pues que así sea.

Crow suspiró y movió los ojos.

—Párate un segundo a pensar en lo que vas a hacer. Vas a declararle la guerra a un aliado hostil... por una mujer. Estás iniciando una guerra entre clanes como la que acabamos de terminar. Esto podría prolongarse durante generaciones. Piensa en cómo nos afectará esto a Pearl y a mí. Todo lo que deseamos es una vida tranquila en el campo, haciendo vino. Al hacer esto, estás poniendo todo eso en riesgo.

Bajé la cabeza y clavé la vista en el suelo.

—Sería diferente si aún la tuviéramos con nosotros. Podríamos haber hecho algo para que pareciera que se había escapado, o que había muerto.

Conseguir entrar en su complejo y enfrentarnos a todos sus ocupantes va a ser algo casi imposible. Hasta si matamos a todo el mundo, podría haber más en algún otro sitio. ¿Entiendes la magnitud del asunto?

—Sí. —Me froté las palmas entre sí, con los ojos pegados al suelo.

Crow suspiró.

—Podemos encontrarte otra mujer, Cane. Podemos encontrarte una igual de bonita y combativa. La mayoría de las mujeres matarían por ser rescatadas por nosotros. Podríamos ir al mercado negro y escoger una.

—Vete a la mierda, Crow.

—Te lo estoy diciendo en serio.

—No quiero a otra mujer. Perderla no ha sido difícil porque me sienta solo y caliente. Ha sido difícil porque... estoy enamorado de ella.

Crow se quedó callado como un muerto.

No levanté la cabeza para mirarlo. Era más fácil mirarme las manos. Era más fácil quitarle peso a la impactante confesión que acababa de hacerle. Nunca en toda mi vida había pronunciado aquellas palabras, y sin embargo habían saltado de mi lengua con toda facilidad.

Crow continuó guardando silencio, dándose más tiempo para asimilar aquellas palabras.

Pasaron los minutos sin que ninguno de los dos dijera nada, y por fin me enderecé en la silla y lo miré.

—Desearía no sentirme de esta manera. Nunca he querido sentirme así... pero ahora no me deja dormir. No me deja respirar. Si ella muere... nunca volveré a ser el mismo. Fue un error permitir que se marchara, para empezar. Fue un error no protegerla. Ahora todo lo que siento es arrepentimiento. Todo lo que siento es dolor.

Crow me observaba con ojos sombríos.

—Sé que esto te pone en una posición complicada. Entiendo que tienes que proteger a tu propia familia. Si no quieres mezclarte en nada de esto, no te lo reprocharé. Tú y Pearl podéis esconderos en algún sitio hasta que pase la

tormenta. —Suspiré y volví a clavar la vista en mis manos.

—Cane.

Lo miré a los ojos.

—Si amas a esa mujer, sabes que puedes contar conmigo.

La emoción acudió de inmediato a mis ojos, conmovido por su lealtad.

—Eso lo cambia todo. Si va a ser una Barsetti algún día, entonces es de mi familia. Y tengo que protegerla.

—Gracias...

Se volvió a hundir en su sillón, con los ojos abrumados ante la tarea que teníamos por delante.

—Pero tengo que hacer algunos preparativos para Pearl. Tengo que llevarla a algún lugar donde nadie pueda encontrarla, donde nunca le falte de nada si yo no sobrevivo.

Asentí, de acuerdo con él.

—Dame un día o dos para organizar todo eso.

Un día o dos era demasiado tiempo, pero tampoco podía esperar que lo dejara todo para seguirme al instante.

—De acuerdo.

—Mientras tanto, reúne a todos los soldados que puedas encontrar. Pongámonos a trabajar en un plan.

Yo sabía que Crow no quería hacer aquello. No quería tener nada que ver con ello. Todo lo que quería era una vida tranquila para Pearl y él. Y todo eso se iba a ir a la mierda por mi culpa.

—Gracias, hermano. —El resto de nuestra familia había desaparecido, y lo único que llenaba el vacío que tenía en el pecho era Crow. Era toda la familia que me quedaba. Nos peleábamos, nos insultábamos y parecíamos irritados el uno con el otro la mayor parte del tiempo. Pero el vínculo de sangre que nos unía era inquebrantable.

Crow me miró sin pestañear.

—De nada, hermano.

PEARL

LA PÉRDIDA de Adelina era devastadora.

Estaba mal.

Yo había conseguido escapar y vivía una vida preciosa. ¿Por qué ella no había tenido la misma suerte? No debería enfadarme con Crow ni con Cane, porque no era culpa suya. Si hubiera habido algo que hacer para salvarla, habrían hallado el modo de hacerlo.

Pero no lo había.

Con el tiempo, todo esto se haría más fácil. Pero por ahora, era como intentar tragarse una píldora demasiado grande.

Bajaba por una garganta seca y te hacía toser.

Crow llegó a casa a la hora de siempre aquel día. Entró en el dormitorio y dejó caer la chaqueta al suelo. Se quitó los zapatos de una patada, lanzándolos a dos puntos aleatorios de la habitación. Luego le tocó a la corbata deslizarse por el almidonado cuello de su camisa.

Dejé mi libro y le di la bienvenida en la puerta, advirtiéndole la tensión en su mirada. Era obvio que estaba irritado por algo. Solía tener algo rondándole la cabeza todos los días, pero hoy era más evidente de lo habitual.

—¿Qué pasa? —Me acerqué a él y le puse las manos sobre el pecho. Últimamente había estado algo distante con él. Sólo habíamos tenido sexo la noche anterior porque me lo había exigido. No debería mostrarme tan fría con

él, cuando había hecho todo lo posible por salvar a Adelina. Seguía molesta por lo sucedido, pero lo echaba más de menos. Echaba de menos sus besos en cuanto entraba por la puerta, la forma en que me pasaba la mano por el cabello.

Se desabrochó la camisa y la dejó caer al suelo.

—Puede esperar. —Me cogió en brazos y me llevó hasta la cama. Me dejó a los pies de la cama y tironeó de mi vestido. Me rasgó las bragas y dejó caer sus pantalones al suelo. Un segundo después estaba dentro de mí, hasta el último de sus centímetros dilatándome.

Me agarré a sus brazos y respiré hondo, con la cabeza ascendiendo de inmediato hacia las nubes. Todo lo que sentía era la lujuriosa conexión que nos unía, la pasión romántica que se desprendía de la intimidad amorosa. Todo lo que sentía era a mi marido entre mis piernas, el único hombre del que me había enamorado tan perdidamente.

—Crow.

Se puso todavía más sobre mí, con mis tobillos entrelazados detrás de su cintura. Profundizó el ángulo para introducirse por completo en mi interior, estirándome mientras me penetraba. Su mano se introdujo en mi cabello y empezó a empujarme con energía, golpeándome en lo más profundo cada vez que lo hacía. Respiraba conmigo, su mano aferrada a mi pelo.

—Crow...

Me besó bruscamente en la boca, moviendo su lengua con la mía. Me besó como si me amara profundamente, como si no hubiéramos hecho el amor aquella misma mañana.

—Te amo, Botón.

Le rodeé el cuello con los brazos mientras el corazón me saltaba ante sus palabras. Eran dulces e intencionadas, algo que no decía con tanta frecuencia como yo. Lo demostraba de cualquier otra manera posible, pero cuando lo decía, resultaba mucho más significativo. Podía sentirlo en sus palabras, en vez de sólo escucharlo.

—Yo también te amo...

DESPUÉS DE DARSE UNA DUCHA Y CAMBIARSE, SE SENTÓ EN EL SOFÁ DE LA sala de estar que había justo enfrente del patio. Llevaba unos vaqueros y una camiseta, y todavía tenía el pelo un poco revuelto, ligeramente húmedo de la ducha. Contemplaba la chimenea fría, el verde de sus ojos apagándose hasta adquirir el tono de las cenizas que había al fondo.

Me acerqué a él por detrás y le masajé los hombros, sintiendo la tensión además de los nudos.

—¿Qué es lo que pasa, Crow? —Podía sentir su intensidad silenciosa, su intranquilidad callada. No estaba enfadado, sólo preocupado. Lo conocía tan bien que no me costaba ningún esfuerzo captar la diferencia.

Dio unas palmaditas en el asiento junto a él.

Yo dejé caer las manos y rodeé los sofás para sentarme a su lado. Le puse una mano sobre el muslo, necesitando tanto tocarlo como permitirle sentir mi contacto.

Él continuó mirando la chimenea.

—Cane quiere rescatar a Adelina... y me ha pedido que lo ayude.

—¿Sí? —El corazón se me aceleró al instante, emocionado y aliviado.

—Al principio le dije que no. Le dije que ya no estoy interesado en las guerras. Tengo mi propia familia que cuidar. —Su mano se posó sobre la mía encima de su muslo—. Pero luego me dijo que estaba enamorado de ella.

Los ojos se me cerraron de emoción. Sabía que había algo más entre ellos. Cane había hecho lo imposible para hacer sonreír a aquella mujer. Le había ofrecido el mundo en una bandeja de plata. Eso no era algo que haría por cualquiera.

—Es lo correcto, Crow. Tenemos que sacarla de allí. Se merece ser libre.

—No lo voy a hacer por eso. Sólo lo voy a hacer por sus sentimientos. Si

algo te sucediera a ti, él estaría ahí para mí al instante. Recibiría una bala en el cuello si yo se lo pidiera.

—Tienes razón, lo haría. Creo que es justo que nosotros hagamos todo lo posible para salvarla. Es una buena persona... No se merece esto.

Él dejó escapar un leve suspiro, tensando los hombros.

—Nada de *nosotros*, Botón. Sólo yo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Tú no te vas a meter en esto. —Volvió la cabeza hacia mí, preparado para ver mi reacción indignada—. Vamos a ser sólo Cane y yo, con nuestros hombres.

—Es amiga mía, Crow.

—Eso da igual. Ante todo, eres mi esposa.

—Puedo ayudarte...

—No. —Me fulminó con la mirada, más fríamente que nunca.

—¿No?

—No —repitió—. Es demasiado peligroso.

—¿Y entonces qué esperas que haga? ¿Quedarme en casa leyendo mientras todo esto sucede?

—En realidad, te voy a enviar a un lugar seguro. Lars irá contigo.

—¿Cómo? —aullé—. ¿Que me vas a enviar por ahí? ¿Como se envía a un niño a un internado?

—Sólo hasta que todo haya pasado. Van a venir a por ti. Y si yo muero, necesito saber que tú estarás bien cuidada.

—De eso prefiero que ni hablemos...

—Podría suceder, Botón. Soy fuerte, pero no invencible. Un movimiento en falso y podría acabar todo. Sé lo fuerte que eres, pero nunca antes has estado en un tiroteo. Van a pasar muchas cosas a la vez, y no dispongo del tiempo suficiente para entrenarte.

—Pues entonces puedo hacer alguna otra cosa. Podría conducir, o algo así.

—No. No voy a cambiar de opinión sobre el asunto.

—¿Te crees que me importa que cambies o no de opinión?

Apretó la mandíbula y me miró, con la ira asomando a la superficie. Hacía todo lo posible por ocultarla, por mantenerla embotellada dentro antes de ponerse a gritarme.

—Puedes cooperar o puedo obligarte. Ya he hecho todos los preparativos para ti y para Lars. Os acompañará un equipo de una docena de hombres en todo momento. Estaréis seguros hasta que pueda ir a buscaros... o... si yo no vuelvo.

—No me voy a separar de ti.

—Lo siento.

—Crow, lo digo en serio.

—Y yo lo digo aún más en serio. Te clavaré una aguja en el cuello como la última vez si hace falta. No me subestimes.

Se me hincharon las mejillas de rabia y me esforcé por no gritar. Quería abofetearlo con tanta fuerza que viera las estrellas. En vez de tratarme como a una compañera, me trataba como a una niña. Estaba lívida, fuera de mí.

—Botón, escúchame.

—No. —Salí como una tromba de la habitación y me alejé, sabiendo que no vendría detrás de mí. Ya habíamos tenido antes esta discusión, con él enfadándose cuando yo me ponía en peligro. Habíamos estado semanas sin hablarnos, pero el recuerdo no bastaba para detenerme. Quería enviarme a algún otro lugar, a algún sitio lejos, cabiendo la posibilidad de que no volviese a buscarme. Si él moría, yo quería morir también.

Era muy sencillo.

CANE ABRIÓ LA PUERTA CON EL CEÑO FRUNCIDO. PARECÍA ENFERMO, MAL alimentado y estaba más pálido que la cera. Cuando me miró mis defensas

me rodeaban por todas partes, preparada para un ataque que él no había esperado.

Yo entré sin que me invitara.

—Crow me ha contado vuestros planes.

Cane cerró la puerta y me siguió hasta la sala de estar. Se cruzó de brazos y se quedó de pie detrás del sofá.

—¿Por qué estás aquí, entonces?

—Porque estoy cabreada con él y no tenía ningún otro sitio al que ir.

—¿Así que has decidido darme el coñazo a mí en vez de eso? —Igual que su hermano, cogió una licorera llena de *whisky* y se sirvió un trago.

—Me ha dicho que me va a enviar a otro lugar. Dice que no puedo ayudaros a rescatar a Adelina.

Se sentó en el sofá con el vaso en la mano.

—Sí, estoy al tanto.

Yo empecé a recorrer su sala de estar, cociéndome en mi enfado a fuego lento.

—¿Cómo me puede decir eso? Adelina me importa. Quiero ayudarla.

—Lo sé. Yo dije lo mismo. Le recordé que eres una chica dura.

Dejé caer los brazos.

—Gracias.

—Pero desde que he llegado a casa, he estado pensando mucho en ello...

Me volví hacia él, otra vez a la defensiva.

—Y él tiene razón, Pearl. Esto va a ser muy intenso. Tristan y sus hombres son despiadados. No dudarán en meterte un tiro entre los ojos, o peor, hacerte prisionera. Además, a Crow y a mí nos resultaría demasiado difícil concentrarnos si estamos todo el tiempo preocupados por ti. Tendré que estar al máximo de mis facultades para lograr sacar de allí a Adelina. Si Crow cae porque está demasiado ocupado protegiéndote... podría ponerlo todo en peligro.

Yo me quedé mirándolo con incredulidad.

—¿Qué ha pasado con lo de ser una Barsetti?

—Eres una Barsetti.

—Entonces soy parte del equipo.

—No tienes bastante experiencia. Confía en mí, quiero toda la ayuda que pueda conseguir. Pero esta no es tu pelea.

—Olvidas lo que le hice a Bones. Olvidas que lo engañé para que se enamorara de mí, que sobreviví después de la paliza brutal que me diste, que me escapé de aquellos cazarrecompensas, que me clavé un cuchillo en el hombro y me lo abrí para matar a Bones. Reconóceme el mérito que me he ganado.

—Sé que eres una tía muy dura, Pearl. Nunca he dicho otra cosa. Pero esto es demasiado peligroso. En esta ocasión, estoy de parte de Crow.

—Me parece que sólo estás de su parte porque ha aceptado ayudarte.

Él se encogió de hombros.

—Yo puedo contar con él. Y él conmigo.

CUANDO VOLVÍ A CASA, CROW ESTABA DE PIE FUERA ESPERÁNDOME. SEGURO que no le había quitado los ojos de encima a mi señal GPS en todo el tiempo que había estado fuera. Me había visto ir a casa de Cane y después había contemplado el puntito dándose la vuelta para regresar a la casa que compartíamos.

Estaba allí de pie, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y expresión indiferente. No parecía enfadado por mi exabrupto, probablemente porque había ido a casa de Cane en vez de conducir sin rumbo por la Toscana.

Dejé su coche en la rotonda y me encaminé hacia él, todavía irritada por el modo en que me había hablado.

Él me observaba con sus ojos fríos, sin mover la cabeza al estudiarme.

—Esta noche vamos a dormir juntos. Si tengo que morir en unos días, deberíamos disfrutar de cada minuto que nos queda.

Yo me detuve en seco y lo fulminé con la mirada, con la expresión endurecida por una oleada de dolor.

—No me vuelvas a decir una cosa así.

—Es la verdad, Botón. No te voy a mentir.

Yo aparté la mirada al sentir cómo los ojos se me llenaban de lágrimas.

Él continuó observándome.

Por fin, me acerqué a su pecho y le rodeé la cintura con los brazos.

Como si lo hubiera estado esperando, me envolvió los hombros con sus poderosos brazos. Me atrajo más contra sí, rozándome la frente con un beso.

—Si tú mueres, yo me moriré también.

—No, Botón.

—No quiero vivir sin ti... No puedo.

—Sí, sí que puedes. Eres la mujer más fuerte que conozco.

Sacudí la cabeza, enterrando la cara en su pecho.

Haré todo lo posible por salir de allí con vida, con Cane y Adelina a mi lado. He llegado hasta aquí saliendo de situaciones peores. Probablemente no haya absolutamente nada de lo que preocuparse. Pero si no vuelvo... sabes que te amo.

Asentí.

—Yo también te amo... profundamente.

AQUELLA NOCHE CROW SE QUEDÓ HASTA TARDE EN SU ESTUDIO, HABLANDO por teléfono y dejándolo todo preparado. Me pidió que me quedara en el dormitorio y le diera espacio para terminar de hacerlo todo. Escuchar cosas por encima probablemente sólo lograría alterarme.

Aunque tenía intención de enviarme fuera, yo no estaba segura de que me

fuera a marchar.

A lo mejor me negaba hasta lograr lo que quería.

Comprendía bien que la situación sería peligrosa, pero no quería separarme de la única familia que tenía en el mundo. Me asustaba mucho más vivir sin ellos que la muerte. Seguir adelante sin Crow a mi lado era un destino muchísimo peor, a mis ojos.

Crow entró en el dormitorio pasada la medianoche, con el pelo revuelto de mesárselo constantemente con los dedos. Llevaba una fina carpeta que depositó sobre la mesita de café. No me miró ni una sola vez.

Yo sabía que aquella iba a ser una conversación difícil.

—Te marchas a Santorini con Lars.

—¿Dónde demonios están eso?

—Es una isla en el sur de Grecia. Es tranquila y está lejos. Tengo una casa allí con un nombre diferente. No pueden relacionarla conmigo.

Yo estaba sentada en el borde de la cama, mirándolo con el pecho tenso de aprensión.

Él señaló la carpeta con la cabeza.

—Toda la información que necesitas está ahí. He consolidado todos mis activos en una cuenta a la que sólo tú puedes acceder. Perderemos esta casa y el dinero que tengamos aquí en Italia, pero eso los despistará del rastro. Te han hecho una nueva identidad. Tendrás muchísimo dinero y jamás tendrás que preocuparte por nada durante el resto de tu vida.

¿Se suponía que aquello debía hacerme sentir mejor?

—Todo eso me da igual, Crow.

—A mí no.

—Prefiero morir contigo que vivir con todo lujo sin ti.

Él me miró con ojos impasibles.

—Me da igual lo que tú quieras. Sólo me importa lo que sea mejor para ti.

—Lo mejor para mí eres tú.

—Y lo más probable es que todo salga según lo previsto. Pero tenemos

que prepararnos para lo peor.

Se quitó la camiseta por encima de la cabeza y se preparó para acostarse.

Yo quería salvar a Adelina, pero no tener que soportar todo aquello. El mero hecho de hablar sobre una existencia en la que él no estuviera conmigo era algo que me resultaba intolerable. Era demasiado doloroso. Esperaba que la muerte viniera a por mí antes que a por él. O mejor aún, que viniera a por los dos exactamente al mismo tiempo.

Crow se acercó a la cama, y entonces vio las lágrimas en mis ojos.

—Botón...

—No voy a separarme de ti.

—No te puedes quedar aquí.

—No.

Me tomó de la mano.

Yo aparté la mía de un tirón.

—Tengo buena puntería y soy inteligente. Puedo ayudaros.

—Ni Cane ni yo te queremos allí.

—Eres tú el que lo obligas a decir esas cosas.

—No es verdad —dijo con calma—. Él también te quiere. No quiere que te pase nada malo.

—Crow, por favor, no me hagas esto...

Me dio un beso en la sien y me envolvió en sus fuertes brazos.

—Lo lamento, Botón. En esta ocasión tengo que hacer lo correcto. Si te tengo que drogar, lo haré.

—Me prometiste que nunca volverías a hacerme algo semejante...

—Y también te prometí que siempre cuidaría de ti.

AQUELLA NOCHE NO DORMÍ BIEN. LAS PESADILLAS ME DESPERTABAN constantemente. Me venían cosas espantosas a la cabeza, cuando lo único que

deseaba era no pensar en ellas. Perdía a Crow una y otra vez. Me lo arrebatában de un tiro en el pecho o en la cabeza.

Así que cuando se hizo de día, Crow se fue a trabajar y yo dormí hasta más tarde. Estuve en la cama hasta las diez, lo más tarde que me había levantado nunca. Me desperté con una migraña y me bebí el agua que tenía en la mesilla, esperando que el dolor se debiese a la deshidratación.

Lars llamó a la puerta.

—¿Sra. Barsetti?

Me puse los pantalones de chándal de Crow antes de abrir la puerta.

—¿Sí, Lars?

—Sólo quería pasarme a verla. Normalmente a las nueve ya ha terminado de desayunar. —El dulce anciano no me sonreía como tenía por costumbre. En vez de eso, había preocupación paternal en sus ojos.

—Es sólo que no he dormido bien esta noche...

—Siento oír eso. —Levantó una bolsa de papel marrón—. Pensé en subirle esto. Empezaré a preparar el desayuno y haré que se lo suban enseguida. Por favor, no dude en llamar si necesita cualquier otra cosa.

—¿Qué es esto, Lars? —Abrí la bolsa y eché un vistazo dentro. Eran tampones.

—Discúlpeme si la he hecho sentir incómoda. Es sólo que son esos días del mes y no le quedan muchos de esos... —Se ruborizó incómodo y se alejó por el pasillo con la espalda tan recta como siempre, a pesar de lo embarazoso de nuestra conversación.

Yo volví a entrar en el dormitorio y me quedé mirando los tampones, pensando en lo que me acababa de decir Lars. Cada vez que me bajaba la regla, solía dolerme muchísimo. No conseguía dormir apenas durante unas cuantas noches por lo intenso que era el dolor. Aquellas eran las mañanas en las que me levantaba tarde, como hoy. No era sorprendente que Lars hubiera pensado que estaba en esos días del mes.

Pero entonces me di cuenta... de que eran esos días del mes.

Abrí mi mesilla de noche y encontré mis píldoras anticonceptivas. Las conté, asegurándome de que me las había tomado exactamente cuando me tocaba.

No faltaba ni sobraba ninguna.

Pero la regla se me estaba retrasando.

Se me estaba retrasando mucho.

CROW

CANE y yo nos encontramos en la base. Las bodegas tendrían que funcionar sin mí por el momento. Mi ayudante sabía exactamente lo que hacer en mi ausencia. Sinceramente, yo no pintaba nada en el complejo. El único motivo por el que iba allí era porque disfrutaba de las vistas, de los aromas y de la oportunidad de salir de casa.

Nos metimos en el almacén, donde nadie pudiera escucharnos, rodeados de armas de destrucción. En aquel lugar, un explosivo podría provocar una detonación casi nuclear. Había cajas de granadas por todas partes. De ellas provendrían los mayores daños.

Yo recorría lentamente el lugar, frotándome la mandíbula con los dedos.

—¿Cuántos hombres tenemos?

—Sesenta. Pero creo que puedo conseguir veinte más.

—¿Cuánto les estás pagando?

—Una barbaridad —contestó Cane—. Pero he conseguido a los mejores hombres para el trabajo.

—¿Cuál es nuestro plan?

—Bastante directo. Los emboscamos de entrada.

—¿Cómo sabremos que Tristan está siquiera en el complejo? —dije poniéndolo a prueba.

—Una de mis fuentes me ha confirmado que acaba de volver de una

reunión en Croacia. —Cane se apoyó en la mesa con las manos sobre el pecho. Todavía tenía un aspecto enfermizo, que empeoraba progresivamente cada día que Adelina continuaba prisionera.

—Tienes que comer algo. Tienes un aspecto espantoso.

—Y me siento espantosamente —dijo con tono lúgubre.

—¿Y qué pasa con Lizzie? —pregunté yo—. Es el principal problema en todo esto. La razón por la que Adelina no quiso escaparse desde el principio era para protegerla.

—O está muerta o la están reteniendo en otro sitio —dijo Cane—. Tristan me contó que era fea y nadie la quería. A lo mejor está en una parte distinta de la casa. O a lo mejor ya la han matado porque no les era de utilidad.

—¿Te dio la impresión de que la hubieran matado?

Cane se encogió de hombros.

—Evité darme una respuesta concreta. Es un cabrón muy listo.

—Yo digo que atacemos todo el edificio con dureza. Si está allí, genial. Y si no... pues mala suerte.

—Estoy de acuerdo. Adelina tendrá que aceptarlo.

Yo continué andando arriba y abajo, llevándome las manos a las caderas.

—¿Al anochecer?

—Sí. Creo que es el mejor momento. Nos acercaremos en barco desde la costa. Podemos atacarlos por ambos extremos.

—Esa es una buena idea.

—Volaremos todas las ventanas y provocaremos todas las muertes posibles. Después atacaremos por la parte delantera.

—¿Y qué sucede si Adelina está por en medio?

—Su habitación está en la parte delantera del edificio.

—Pero no hay garantías de que esté allí —le recordé. Podía estar con Tristan en su cama, por lo que nosotros sabíamos.

Cane tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Supongo que no.

—Yo digo que entremos en la casa por todos lados a la vez y eliminemos a los guardias sin hacer ruido. Cuanto menos tiempo les demos para prepararse, más posibilidades tenemos de poder salir de allí con Adelina.

—De acuerdo. Vamos a hacerlo a tu manera.

—Está bien. —Continué caminando de un lado a otro.

—¿Qué tal se está tomando Pearl todo esto?

—Ya conoces la respuesta a eso, Cane. —Me detuve delante de él y eché un vistazo a las mesas con armas casi terminadas encima. Toda mi vida había girado en torno a las armas. Me resultaba más cómodo tener un arma en la mano que un vaso de *whisky*.

—¿Va a ser un problema?

—Sin duda alguna. Tendré que drogarla y sacarla a escondidas.

Él suspiró.

—¿Por qué no me sorprende? Siento que tengas que hacer algo así.

—Quiere atacar a Tristan con nosotros... Dice que prefiere morir conmigo que vivir sin mí.

La expresión de Cane se endureció.

—No tienes que hacer esto, Crow. Si quieres marcharte con ella, lo entenderé perfectamente.

—No. Estoy en esto contigo... para bien o para mal.

Cane asintió, agradecido.

—¿Cuándo lo hacemos?

—Mañana por la noche —contestó—. Si esperamos más tiempo...

No necesitó acabar la frase.

—Estoy de acuerdo. Avísame cuando tengas a los otros veinte hombres.

—Lo haré.

—¿Y deberíamos reclutar a alguien más? —pregunté—. ¿Como refuerzo?

—No estoy seguro de que nadie nos vaya a ayudar, teniendo en cuenta quién es Tristan. Probablemente quieran mantenerse al margen.

—Sí, probablemente.

—Yo ya he hecho todos los preparativos para Pearl. Lars se va a marchar con ella.

—Bien. Odiaría que le pasara nada malo a ese anciano.

Lars llevaba con mi familia desde que nací. Nunca le había visto bajar el ritmo, ni tomarse un descanso. Nosotros éramos su familia, y él disfrutaba sirviéndonos.

—Si morimos, sé que depositará su lealtad en ella. Necesita que alguien la cuide.

—Los dos sabemos que eso no es verdad.

Botón era capaz de defenderse, pero no en un tiroteo.

—¿Crees que te quiere?

—Sí. Casi siempre parece irritada conmigo, pero sé qu...

—Pearl no. Adelina.

El gesto de Cane se agravó ante la pregunta.

—No lo sé... Espero que sí.

Con suerte, todo aquello no sería para nada. Si consiguiéramos sacarla de allí y derrotar a Tristan, sería una auténtica putada que ella volviese a Estados Unidos y continuara con su vida. Haría que todo aquel sacrificio resultase una carga más pesada. Pero probablemente aquello a Cane no le importaba. Quisiera o no estar con él, Cane arriesgaría su vida para salvarla de todos modos.

—Bien, pues estás a punto de descubrirlo.

LLEGUÉ A CASA ALGO MÁS TARDE DE LO HABITUAL, YA QUE HABÍA ESTADO organizando cosas en la base. Botón probablemente ya hubiera cenado y estuviera ansiosa porque volviera a casa. Tendríamos otra discusión sobre mi deseo de dejarla fuera de aquello.

Una discusión que ella perdería.

Sospechaba que iba a presentar resistencia en todo momento. Tendría que disponer que los hombres se la llevaran mientras estaba inconsciente. Se despertaría en un lugar precioso, uno de los pocos lugares en la tierra de belleza comparable a la de la Toscana. Estaría cabreada conmigo... pero siempre estaba cabreada conmigo.

Cuando llegué a casa no estaba en nuestro dormitorio, probablemente para evitarme. Me duché y después bajé al comedor. Tampoco estaba allí. No olía a comida, así que por lo visto no se había servido la cena.

Salí del comedor y me encontré con Lars.

—Bienvenido, Excelencia. ¿Se le ofrece alguna cosa?

—Estoy buscando a Botón.

—Está fuera, Excelencia.

—Gracias, Lars. —Pasé a su lado.

—¿Excelencia?

Me di la vuelta.

—¿Sí?

Él intentaba disimular una sonrisa.

—No todo es tan malo como parece... —Se alejó de vuelta a la cocina.

Me quedé rascándome la cabeza ante aquel comentario. Lars nunca había sido tan misterioso antes. A lo mejor su comentario tenía que ver con el hecho de que ambos se marchaban al día siguiente. Si aquella era su manera de intentar que me sintiera mejor, era una pérdida de tiempo.

Salí al patio y la encontré sentada en una de las tumbonas. Tenía las piernas cruzadas y pegadas al cuerpo y la espalda perfectamente recta. Era una postura propia de alguien haciendo yoga, pero sin la esterilla.

Me senté a su lado.

Ella no me miró ni se dio por enterada de mi presencia. Tenía los ojos clavados en la distancia, hundidos profundamente en la noche. Corría brisa, por lo que se oía el murmullo de las hojas al moverse. La propiedad estaba rodeada de viñedos y olivares. Yo había crecido allí, y aunque había

recuerdos dolorosos, también había muchos estupendos. Aquella finca llevaba generaciones en mi familia. Separarme de ella me resultaría muy difícil. Me había imaginado envejeciendo allí con Botón. Con suerte, eso sería lo que sucedería.

Contemplé su perfil, instándola a hablar conmigo. Sabía que estaba de mal humor, todavía molesta por la decisión que había tomado. Pero no importaba cuánta resistencia opusiera: no se saldría con la suya. Yo sería incapaz de arriesgar mi vida sabiendo que ella estaba arriesgando la suya. Necesitaba mantenerla a salvo. Era el propósito de mi vida entera.

—Espero que no sigas enfadada conmigo. Porque odiaría pasar mi última noche contigo así.

Ella cerró los ojos durante largo rato, como si mis palabras le hicieran daño.

Yo esperé a que dijera algo, a que abandonara aquella actitud. Quizá mis palabras habían hecho que se sintiera culpable. Esperaba que fuese así. Yo sólo estaba intentando hacer lo correcto para ella. Actuar de cualquier otro modo me convertiría en un marido terrible.

—No estoy enfadada contigo, Crow. Y creo que debería marcharme a Santorini con Lars.

Había entrado en razón.

Pero ella nunca entraba en razón.

Siempre me combatía con uñas y dientes, negándose a rendirse hasta que todo terminaba.

Mentiría si dijese que no me resultó sospechoso.

—Me alegro de que hayas cambiado de opinión.

Ella volvió a abrir los ojos y asintió brevemente.

—Es lo mejor.

Me gustaba cuando se mostraba así de cooperativa. Me hacía la vida muchísimo más sencilla. Pero aquella no era la mujer con la que yo me había casado. Mi mujer era combativa, peleona y tan cabezota que me entraban

ganas de estrangularla.

—¿Por qué estás siendo tan razonable ahora mismo?

Ella continuó con la vista al frente, sin mirarme.

En aquel momento supe que detrás de su cambio de actitud había una razón. Podía sentirlo en toda ella. Su estado de ánimo era radicalmente diferente. Se mostraba dócil, sumisa, callada. Era su humor contemplativo lo que la había impulsado a sentarse allí fuera en el patio. Llevaba todo el día dándole vueltas al asunto.

—¿Botón? —insistí.

Por fin volvió el rostro en mi dirección, y a la luz de la luna pude ver que tenía los ojos húmedos. Pude verlos brillar de emoción. Al parpadear, una lágrima se desbordó y le rodó por la mejilla.

—Porque estoy embarazada.

Era lo último que me esperaba que dijera, pero cuando las palabras llegaron a mi cerebro, no causaron ningún efecto. Rebotaron inmediatamente, sin penetrar mi dura coraza exterior. Me llevó varios segundos digerir lo que acababa de decirme, absorberlo hasta extraerle por fin algún significado.

Iba a ser padre.

Botón iba a tener un hijo mío.

Observé la lágrima descender por su mejilla hasta llegar a la barbilla. Formó una gruesa gota antes de caer a la tumbona en la que estaba sentada. Normalmente le enjugaba las lágrimas con el pulgar. A veces las besaba, saboreando la sal con la lengua. Pero ahora mismo me limité a mirarla fijamente.

El momento no podría haber sido más inoportuno.

Estaba a punto de arriesgar mi vida para rescatar a Adelina. Era posible que no sobreviviera. Era posible que fuese a dejar a Botón y a mi bebé completamente solos. Ella era inteligente y fuerte, y tendría millones para vivir cómodamente durante toda su vida. Pero sería mucho más fácil si yo estaba allí para cuidar de los dos. Mi bebé podía crecer sin un padre. Mi

esposa podía convertirse en una viuda.

Estarían solos.

Sabía que aquello era un imprevisto, así que no me podía enfadar. Aún no habíamos hablado de formar una familia. Era algo en lo que Botón pensaba, pero teníamos años por delante antes de empezar a hablar de ello. Esto era algo repentino, inesperado.

Botón estudiaba mi reacción sin quitarme la vista de encima. No se derrumbó hecha un mar de lágrimas, pero había miedo en su expresión. Temía lo que yo pudiera decir. Temía mi desilusión, mi enfado.

No estaba desilusionado.

No estaba enfadado.

No estaba seguro de lo que estaba.

Yo no me consideraba un hombre de familia. Criar niños no encajaba con mi paciencia limitada. Pero la idea de crear algo con la mujer que amaba, de tener algo que nos sobreviviera a ambos, me hizo sentir una calidez en el pecho. Igual que Cane y yo éramos el legado de nuestros padres, ahora yo tendría mi propio legado.

Así que, ¿cómo podía estar otra cosa que no fuera feliz?

Mi mujer continuaba observándome, asustada e incómoda. Sabía que yo no estaba preparado para algo así. Sabía que un niño no era nada conveniente para nuestros planes.

Transcurridos unos minutos, hablé.

—Botón. —Levanté la mano hasta su cabello y le di un beso junto al ojo, absorbiendo la humedad con los labios.

Ella soltó el aliento que estaba conteniendo, obviamente aliviada por mi reacción tranquila.

Besé su otra mejilla antes de apartarme.

—Todo va a salir bien.

—¿No estás enfadado? —susurró.

—¿Cómo podría estar enfadado? —Mi mano se movió hacia su vientre

plano, aunque no hubiera nada que sentir. Conservaba su esbeltez de siempre, pero en su interior había comenzado una nueva vida. Nuestro amor había creado algo, algo que pronto tendría un corazón que latiría—. ¿Sabes lo caliente que me vas a poner embarazada?

Por fin sonrió, con los ojos todavía húmedos.

Yo le devolví la sonrisa.

—No hay por qué asustarse. De todos modos, íbamos a formar una familia algún día. —Tenía una montaña de estrés sobre los hombros. Temía por mi vida, y también por la suya. Incluso sacando a Tristan de la ecuación, tenía que preocuparme por los Skull Kings. Pero no pensaba volcar ese estrés sobre mi esposa. Muchas mujeres esperaban toda su vida para quedarse embarazadas. Yo no iba a privarla de aquella gozosa felicidad.

—Pero el momento...

—Ha pasado cuando ha pasado. —Froté su vientre con la mano.

—Ha sido un accidente...

—Lo sé. —Rocé con los labios el nacimiento de su pelo—. Es un accidente bueno. Dentro de nueve meses tendremos algo a lo que querer más que a nada en el mundo... incluyendo el uno al otro.

Ella asintió, dejando caer lágrimas frescas.

—Tenía miedo de lo que me fueras a decir...

—Me estás haciendo un regalo, Botón. Lo único que siento es felicidad.

—¿De verdad? —susurró.

—Sí. —Me la senté en el regazo y le puse las piernas encima de mis muslos. Su peso era el mismo de siempre, pero ahora parecía pesar mucho más. Tenía encima a mi esposa y a mi bebé, un bebé todavía invisible. Enterré la cara en su cuello mientras la abrazaba, consolándola—. Todo saldrá bien, Botón. Te lo prometo.

—¿QUÉ HAY? —CANE ENTRÓ EN MI DESPACHO MÁS TARDE AQUELLA NOCHE, con una pistola a cada lado de su sobaquera. Estaba preparado para la emboscada a pesar de que aún teníamos un día entero por delante. Se sirvió una copa del licor que había sobre la mesita de café y se sentó.

El fuego ardía vivamente y había una cubitera llena sobre la mesa. Botón se había metido en la cama y ahora por fin podía estar a solas con mis pensamientos. Había hecho el amor con ella lentamente, sin quitarle los ojos de encima en ningún momento. Con cada empujón, me enterraba en su interior. La amé como necesitaba ser amada. Le dije que todo saldría bien sin utilizar palabras. Prometí cuidar de nuestra familia, de los tres.

—No puedo ayudarte, Cane.

Me miró fijamente con el vaso en la mano.

—¿Has cambiado de idea?

Asentí.

Él suspiró desilusionado antes de terminarse el vaso de un trago. Lo dejó sobre la mesa y después se secó la boca con el dorso del antebrazo. Se quedó mirando el fuego, con una máscara de irritación en el rostro.

—Respeto tu decisión, pero me lo tendrías que haber dicho antes. Ahora voy a tener que volver a pensar todo el plan.

—Te lo he dicho lo antes posible, Cane.

—¿Ha cambiado ella de opinión sobre todo el asunto?

—No... He sido yo. —Me froté las manos antes de contarle la noticia—. Pearl está embarazada.

La cara le cambió por completo en cuanto aquellas palabras salieron de mi boca. Su expresión pasó de la desilusión a la conmoción. La sorpresa fue desapareciendo de su rostro a medida que la noticia se instalaba en su corazón. Se enterneció visiblemente, y pronto empezó a sonreír.

—Coño... Felicidades.

—Gracias.

—Yo... Esto ha sido un accidente, ¿no?

—Totalmente.

—Joder. —Se pasó la mano por el pelo antes de bajársela por la cara—. O sea... Joder.

—Lo sé.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—El momento es terrible, pero eso da igual. Vamos a tener un bebé, y yo quiero que ella sea feliz.

—¿Pero a ti te hace feliz? —insistió—. Venga, entre nosotros.

—Estoy contento —dije con sinceridad—. Todavía no me siento preparado para formar una familia, pero es mi hijo o mi hija. Ya quiero a lo que sea que venga. Pero con un bebé en camino... No puedo ayudarte con Tristan.

Asintió levemente.

—Lo entiendo, Crow.

—No puedo dejar huérfano a mi hijo.

—Claro que no. Entiendo por qué Pearl se siente igual que tú.

—Todavía no sabe que me voy a quedar con ella.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—No hemos hablado demasiado desde que me lo contó...

Él soltó una risita.

—Ya lo capto. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Creo que me la voy a llevar a Santorini hasta que todo esto termine. No quiero que los dos nos veamos atrapados en el fuego cruzado.

—Esa es una buena idea... Sólo por si van mal las cosas.

—Siento no poder ayudarte, Cane. Sabes que estaría allí contigo...

—No te preocupes por eso. —Cane levantó la mano para hacerme callar—. Tu sitio está junto a Pearl. No pienso mal de ti por ello.

—Gracias.

—Vaya, voy a ser tío. —Se recostó contra el sofá y entrelazó los dedos

detrás de la cabeza—. Qué locura. Nunca pensé que fuera a ser tío.

—Pero, por favor, no seas uno de esos tíos irritantes que me desobedecen en cuanto me doy la vuelta.

—Oh, sabes que es justo lo que va a suceder. Seamos sinceros.

Puse los ojos en blanco.

—¿Crees que será un niño o una niña?

—Hace sólo tres horas que he descubierto que está embarazada.

—¿Y?

—No lo he pensado.

—¿Quieres que sea niño?

—No me podría importar menos. Niño o niña, lo querré igual.

—Sólo espero que no tenga tu cabezonería y tu mala baba. Con suerte, se parecerá a ella.

Como Botón era mi mejor versión, estaba de acuerdo con aquello.

—Con suerte.

Cane se levantó y se estiró la chaqueta.

—Bueno, te dejo volver a... lo que fuera que estabas haciendo. Ya te contaré qué tal va la cosa. —Se puso de pie al otro lado de la mesita de café, con las manos en los bolsillos.

Me levanté.

—Gracias. Buena suerte.

Asintió.

—Soy optimista.

—A lo mejor él sospecha que vas a ir.

—Lo sé. —Continuó mirándome fijamente, sin más palabras que compartir.

Yo le devolví la mirada, deseando poder decir algo positivo. Aquella podía ser la última vez que veía a mi hermano. Habíamos tenido nuestras diferencias y a veces me ponía negro, pero significaba muchísimo para mí. Rodeé la mesita y le di un abrazo. Llevaba años sin darle uno.

Él me lo devolvió.

—Te quiero, tío. —Retrocedí cuando el afecto se prolongó algo de más. Había tenido que meter la palabra tío en la frase para quitarle intimidad, para hacerla menos emotiva. Cane y yo no hacíamos aquellas cosas.

—Yo también te quiero, hermano. —Retrocedió y se aclaró la garganta—. Nos vemos pronto.

—Sí... Nos vemos pronto.

CUANDO ME LEVANTÉ A LA MAÑANA SIGUIENTE, ME SENTÍA UNA PERSONA diferente. Mi vida había cambiado de la noche a la mañana. Mis responsabilidades habían cambiado. Botón había sido mi prioridad número uno, pero ahora había pasado al segundo puesto.

Y ni siquiera había visto aún a mi bebé.

Pero su existencia lo cambiaba todo. Yo ya no era el mismo hombre.

Pearl se despertó poco después y se dio la vuelta para mirarme. Era exactamente la misma, el mismo tamaño, la misma forma... pero ahora era diferente. Relumbraba sin que se advirtiera ninguna luz. De algún modo era más bella, aunque nada hubiera cambiado.

—Buenos días.

—Buenos días. —La besé en los labios y después metí la cabeza debajo de las sábanas. Encontré su vientre desnudo y lo besé por encima del ombligo. Seguía siendo pequeña y delgada, sin señal alguna de embarazo, pero yo sabía que mi hijo o mi hija estaba ahí dentro. Ni siquiera había empezado a formarse, pero ya formaba parte de mi vida.

Volví a tumbarme a su lado y la miré a los ojos. Aquel era un día importante. Mi hermano estaba a punto de plantarle cara a un enemigo formidable. Me sentía como un cobarde por quedarme atrás. Era una traición. Él era mi hermano. Debería haber puesto mi vida a su disposición. Debería

haber hecho cualquier cosa que él necesitara que hiciera.

Pero ahora no podía.

No cuando tenía a alguien a quien proteger.

De alguna manera, amaba a mi bebé más que mi propia vida.

¿Cómo era aquello posible?

Botón me abrazó fuertemente y dejó escapar un doloroso suspiro.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Unas horas.

—De acuerdo...

—Pero yo voy a ir contigo, Botón.

Volvió a mirarme a los ojos.

—¿Cómo?

—Voy a irme contigo a Santorini. Esperaremos allí hasta que pase la tormenta.

—¿Y qué pasa con Cane?

—Sabe que no voy a ir. Le parece bien.

—No lo entiendo...

Le puse una mano sobre el vientre.

—Mi trabajo es protegerte... protegeros. Si muero, mi hijo crecerá sin padre. No puedo permitir que eso suceda. Cane lo entiende.

—Yo... —Su mano cubrió la mía—. Yo también quiero que te quedes conmigo, Crow. Pero sabes que no puedes hacer eso.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes darle la espalda a Cane. Te necesita.

—Ya lo sé. Pero mi deber es para con nuestro hijo. Es lo más importante para mí ahora mismo.

—Lo sé... pero él es tu hermano.

—Él lo entiende, Botón.

—Mira, yo tampoco quiero que vayas. No quiero perder a mi marido. No quiero que nuestro hijo pierda a su padre. Pero entiendo que eres lo único que

tiene. Es tu hermano, tu familia...

—Vosotros sois mi familia ahora, Botón.

—Lo sé... pero es diferente. Ya has dicho que lo ibas a ayudar y ahora no te puedes echar atrás. Te necesita, Crow. Adelina te necesita.

—Me sorprende que pienses así.

—Lo odio —susurró—. Lo más fácil sería salir corriendo y olvidarnos de ello. Pero te conozco, Crow. Sé que te atormentará para siempre. Si la cosa fuera a la inversa, ¿qué crees que haría Cane?

Estaría conmigo... siempre.

Botón supo mi respuesta sólo con mirarme a los ojos.

—Tienes que ir.

Suspiré mientras le acariciaba el vientre con la mano.

—Puedes ser egoísta, Botón. Lo único que tienes que hacer es pedirme que me quede y lo haré. Cualquiera otra mujer querría que su marido se quedara a su lado y la protegiera.

—Sé lo mucho que tu hermano significa para ti. Tenéis un vínculo tan fuerte como el nuestro. Sé que harás todo lo posible para volver con nosotros. Sé que no dudarás en matar a todo el que haya allí para regresar a mi lado. Sólo queda intentarlo... y rezar para que todo vaya bien.

—¿Estás segura, Botón? —susurré—. Porque no tenemos mucho tiempo para que cambies de opinión.

Tomó mi cara entre sus manos y me besó.

—Sí... Estoy segura.

CANE

—¿ESTÁS seguro de esto? —Los coches llenaban el camino de entrada mientras los hombres se preparaban para llevarse a Pearl y a Lars. Abandonaban la finca y se retiraban a Grecia, a una pequeña isla en la que nadie pensaría en buscarla.

—Sí. —La expresión de Crow no cambió mientras me sostenía la mirada.

—Porque no tienes por qué hacerlo. Lo comprendo, Crow.

—Sé que tú lo harías por mí si esto fuera a la inversa.

—Eso no quiere decir que tú estés obligado a hacer esto. —Que yo lo hiciera por él o no no venía al caso.

—Estoy convencido, Cane. Pearl también.

—¿Seguro que le parece bien?

Él asintió.

—Sí.

Supe que Crow no iba a cambiar de opinión.

—De acuerdo. Gracias...

Crow asintió antes de entrar.

Pearl se acercó a mí, exactamente con el mismo aspecto, aunque ahora todo era diferente.

—Por favor, sácala de allí.

—Lo haré.

—Y por favor, tráeme a Crow de vuelta.

—Me aseguraré de que así sea —le susurré—. Prefiero morir que impedir que eso suceda.

Ella asintió levemente con los ojos llenos de lágrimas.

—Felicidades por el bebé.

—Gracias. —Se llevó la mano de inmediato al estómago—. No nos lo esperábamos... pero ahora tengo una buena sensación, como si fuera lo que tenía que suceder.

—Estoy muy contento de que vaya a convertirme en tío. Le he dicho a Crow que le daré muchas chucherías y haré que se meta en un montón de problemas.

Conseguí que se riera, pero fue una risa débil.

—Estoy segura de ello.

—Y tú vas a ser una madre estupenda, Pearl. Si tienes una hija, será fuerte. Si tienes un niño, se convertirá en un hombre.

—Gracias, Cane.

La atraje hacia mi pecho y la abracé como a una hermana.

Ella apoyó la cara en mi pecho y respiró con fuerza.

—Te quiero, hermano...

—Y yo a ti, hermanita.

Se apartó de mí y se dirigió hacia el coche. Los conductores ya estaban preparados para llevárselos a ella y a Lars. Tendría toda la protección que necesitara, además de casi todo el dinero de Crow. Si ambos moríamos, ella estaría bien.

—Nos iremos después de que me despida de ella. —Crow se encaminó hacia ella en la entrada. El resto de los hombres y Lars salieron para darles algo de privacidad. Los motores estaban en marcha y la casa a oscuras, porque todas las cortinas estaban echadas.

Crow apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos.

Ella hizo lo mismo, pero empezaron a caerle las lágrimas.

Ninguno de los dos dijo nada.

Se limitaron a quedarse allí.

Después de unos momentos, Crow echó la cabeza hacia atrás y la miró.

—Te amo, Botón.

Ella empezó a sollozar con la cara llena de lágrimas.

—Yo también te amo...

Él le puso las manos en ambas mejillas y se llevó todas las lágrimas con sus besos, mimándola con su amor. Frotó su nariz contra la de ella antes de apartar la mano y alejarse bruscamente, dándole la espalda para no tener que verla entrar en el coche.

Pero yo supe por qué se había dado la vuelta.

Se acercó a mí con los ojos visiblemente húmedos y enrojecidos. Pasó a mi lado y se metió debajo del olivo. Tenía las manos metidas en los bolsillos y estaba completamente inmóvil, escuchando cómo se cerraban las puertas de los coches mientras se preparaban para marcharse. Pronto abandonaron la rotonda y salieron de la propiedad.

Crow no quiso ver cómo se marchaban.

Cuando se hubieron ido y ya estuvieron fuera de la vista, por fin se volvió hacia mí.

Con lágrimas corriéndole por la cara.

BRAN ME COGIÓ LA MUÑECA Y ME PUSO LA PISTOLA EN LA PARTE INTERNA DEL antebrazo. Apretó el gatillo y me introdujo el dispositivo de rastreo.

Crow no había pronunciado palabra desde la marcha de Pearl. Estaba callado como una tumba. Se limpió rápidamente las lágrimas y volvió a ser el hombre estoico de siempre. Era como si no hubiera sucedido nada de nada. Al morir nuestros padres no había derramado ni una sola lágrima. Cuando le pegaron un tiro a Vanessa delante de él, no había demostrado ni una sola

emoción.

Pero ver cómo su esposa embarazada se alejaba en coche le había roto el corazón.

Bran se volvió hacia Crow.

—Ahora tú.

Crow extendió el brazo sin mirarlo.

Bran le insertó el chip sin que Crow hiciera ni una mueca.

—Así podremos localizarnos si nos perdemos de vista. No deberían detectarlos si nos capturan.

—Buena idea —dijo Crow en voz baja.

—También detecta el pulso. Así sabremos si... ya sabéis.

—Sí.

Nos preparamos para el ataque, haciendo acopio de munición, granadas y armas. Yo llevaba una pistola a cada lado de mi cartuchera, un cuchillo en la bota, e iba a entrar con mi ametralladora. No pensaba andarme con tonterías y no tenía más que una sola intención.

Matar a todo el mundo dentro de aquel complejo.

No podía dejar escapar a un solo hombre. No podía permitir que se hiciera una sola llamada de teléfono. Debía exterminar hasta al último de los hombres de aquel complejo para que nadie pudiera saber que habíamos sido nosotros. Así parecería un golpe fortuito, un robo.

Y podría sacar a Adelina de aquel agujero infernal.

Aquella semana no había dormido mucho. Era un milagro que continuara funcionando en aquel momento.

Había reclutado a sesenta mercenarios para la operación, todos hombres experimentados en los que confiaba para respaldarme. Hasta si Tristan estaba preparado para nuestra llegada, le resultaría difícil derrotarnos. Entraríamos y saldríamos con rapidez, llevándonos a Adelina a un lugar seguro.

No conseguía entender cómo había permitido que se marchara, para empezar.

No quería pensar en todo lo que ya habría tenido que sufrir. Incluso podía estar muerta, por lo que yo sabía.

Bran distribuyó a los hombres en los Hummer y después se acercó a Crow y a mí.

—Deberíamos irnos ya si queremos estar allí a las tres.

Íbamos a ir conduciendo todo el camino, ya que volar no era una opción con el tipo de artillería que llevábamos.

—Última oportunidad —le dije a mi hermano.

Él volvió su mirada hacia mí.

—Vamos a ello.

TRANSCURRIDAS UNAS HORAS ESTÁBAMOS A KILÓMETRO Y MEDIO DE LA CASA.

Crow iba en otro Hummer con su propio equipo de hombres. Íbamos a hacerlo en oleadas. El primer grupo debía eliminar tantos hombres como fuera posible en silencio. La segunda oleada eran los refuerzos, para rematar a los hombres que ya se hubieran percatado de lo que estaba sucediendo.

Yo no sabía exactamente dónde estaría Adelina. Sospechaba que en su cuarto. De ser así, la operación resultaría muchísimo más sencilla.

Me apreté los dedos contra la oreja.

—Crow, ¿me recibes?

—Alto y claro.

—De acuerdo. Pongámonos en marcha.

Condujimos hasta el complejo con los faros apagados. Alrededor de la mansión no había puertas porque Tristan había intentado que se confundiera con la costa. La presencia de puertas y verjas resultaba mucho más sospechosa que dejarlo todo abierto. Además, era toda una declaración de intenciones.

Ya había dos hombres avanzando a pie, eliminando a los guardias

apostados en el exterior.

Escuché a John por el micro.

—Los cuatro guardias ya están fuera de combate. Todo despejado.

—Entendido —respondí.

Los coches avanzaron por el camino de entrada de asfalto, tan amplio como un aparcamiento. Aparcamos a más de cincuenta metros de la casa para impedir que el sonido de nuestros motores nos delatara, despertando a cualquiera que estuviera durmiendo. Apagamos los motores y todo quedó en silencio.

Las olas del mar sonaban de fondo.

Mi equipo salió de los coches y avanzó hacia la entrada.

El corazón me latía como un tambor.

Tanta adrenalina.

Tanta ferocidad.

Mi mujer estaba ahí dentro... y no pensaba marcharme sin ella.

Cacheé a los dos hombres de la entrada y me puse uno de sus micros en la oreja. Ahora tenía comunicación por radio con el enemigo. Probé la puerta, sorprendiéndome al no encontrarla cerrada.

¿Cómo podían ser tan idiotas?

Entré en la casa, oscura como la boca de un lobo. Había un gran vestíbulo de entrada que daba a una sala de estar.

No se veía ni un alma.

Mi equipo siguió avanzando por la casa, examinando cada habitación. Los guardias que había apostados en la casa estaban mirando sus teléfonos, por lo que no resultó difícil dejarlos fuera de combate en silencio. Pero yo no era tan inocente como para pensar que aquello era todo.

Fue entonces cuando alguien gritó.

Volaron los tiros y empezó la guerra de verdad.

Yo crucé el vestíbulo a toda prisa y abrí la primera puerta.

Vi un arma apuntándome directamente a la cara.

Pero yo disparé primero. Me cargué a dos hombres y después comprobé que la habitación estaba despejada antes de seguir avanzando. Mi objetivo era encontrar a Adelina. El de todos los demás era matar a todos los ocupantes de aquel edificio. Busqué en más habitaciones, maté a algunos hombres más y por fin llegué al último dormitorio del piso inferior.

Allí estaba ella.

Desnuda.

Sucia.

Con el tobillo encadenado a la pared.

Había poco tiempo para lágrimas o emociones. Ni siquiera para enfadarse.

Se cubrió con las manos al entrar yo en el cuarto, pero cuando me reconoció las dejó caer lentamente.

—Oh, Dios mío...

Cerré la puerta a mi espalda y me puse a trabajar. No tenía la llave del candado, y no pensaba molestarme en buscar una.

—No te muevas.

—¿Qué vas a hacer...

Disparé a la cadena hasta partirla por la mitad.

Adelina dejó escapar un grito.

—Vamos. —La cogí de la mano y tiré de ella para ponerla de pie. No había nada con lo que cubrirla, pero su desnudez no importaba en aquellos momentos. Tenía que sacarla de allí—. Quédate detrás de mí.
—Retrocedimos por el pasillo, rodeando los cadáveres de camino a la puerta delantera.

Algunos eran de mis hombres.

Uno de los hombres muertos de Tristan llevaba una sudadera.

—Quítasela y pónstela. —Yo miraba continuamente a nuestro alrededor, preparado para tener compañía inesperada.

Adelina hizo exactamente lo que le había dicho y se la quitó de un tirón.

Se la puso encima y cerró la cremallera delantera. El dobladillo le llegaba por encima de las rodillas.

—Vámonos. —La guie hacia la salida por la puerta delantera, con el sonido de los disparos todavía viniendo desde el piso de arriba—. Date prisa.

Los hombres que había en los coches nos cubrieron hasta que llegamos junto a los todoterrenos a prueba de balas. Abrí la puerta trasera de uno de ellos y la empujé al interior.

—Cane...

—No tengo tiempo para hablar ahora. —Cerré la puerta y volví corriendo a la casa. Había cumplido mi objetivo principal, pero el trabajo todavía no estaba terminado. Teníamos que matar hasta al último capullo que hubiese allí—. Crow, ¿cuál es tu situación?

—Matando a estos cabrones. ¿Qué coño estás haciendo tú?

Subí corriendo al segundo piso y ayudé a mis hombres, pero no vi a Crow.

—Cane —dijo la voz de Crow a través de la línea—. Tristan ha saltado por la ventana. Estaba en el segundo piso.

—Voy a ello. —Volví a bajar las escaleras a toda prisa, sabiendo que Tristan se dirigía hacia el piso inferior. Probablemente estuviera intentando llegar hasta los coches que había aparcados a un lado del complejo. Me adentré corriendo en la noche, buscándolo por todas partes.

Fue entonces cuando escuché el sonido de un motor.

Un barco.

Vi a Tristan dentro de una lancha atracada en el muelle. Debía de haber saltado hasta el piso inferior y haber continuado corriendo.

—¡No! —Recorrí el embarcadero a toda prisa y apunté mientras él aceleraba. Disparé toda mi munición, decidido a hundir a aquel hijo de puta en el fondo del mar. Estaba demasiado oscuro y me quedé sin balas. No tenía ni idea de si había acertado o había fallado. Estaba demasiado lejos como para oír el motor—. Mierda. —Hasta si había hundido su embarcación, no

había garantías de que estuviese muerto. A lo mejor no le había dado y podría ponerse a salvo nadando cuando nos marcháramos.

Volví a escuchar la voz de Crow.

—Todo despejado. ¿Lo has pillado?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? ¿Qué coño dices, Cane?

—Se ha largado en una lancha y yo he disparado todas mis balas. Está totalmente oscuro y no puedo ver una puta mierda.

—Joder.

—Pues sí, joder.

Crow y algunos de los hombres salieron a reunirse conmigo. Las olas oscuras estaban revueltas al aumentar la intensidad del viento. Si no hubiera sido por eso, quizá habiéramos podido escuchar algo. Escudriñamos el horizonte a izquierda y derecha, como si pudiéramos ver algo abalanzándose sobre nosotros.

Crow dejó escapar un suspiro de frustración a mi lado.

—Todos sus hombres están muertos. ¿A dónde va a ir?

—Probablemente se haya llevado el teléfono. Puede llamar a alguien.

—¿Qué probabilidades hay de que le hayas dado?

—No lo sé. Disparé hasta quedarme sin balas. Es bastante posible que le haya dado.

—Aunque lo hayas hecho, ese cabrón seguramente sepa nadar...

—Sí.

—Yo digo que dejemos un equipo aquí hasta que se haga de día. Todas sus cosas están aquí y el resto de la costa son casi todo acantilados. Lo más probable es que vuelva aquí nadando.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces vámonos. ¿Has encontrado a Adelina?

—Sí, está en el coche.

Me dio una palmada en el hombro.

—Bien. Me alegro de que todo esto no haya sido para nada.

Yo no había tenido ni un solo segundo para hacerme a la idea de que Adelina estaba segura y bajo mi protección. Apenas había tenido ocasión de hablar con ella, de pensar en las condiciones en las que la había encontrado al entrar en aquella habitación.

—¿Cane?

—¿Hmm?

—Tengo una mala noticia.

Él estaba vivo y Adelina a salvo. Nada de lo que pudiera decir lograría arruinarme la victoria.

—¿El qué?

—Lizzie está muerta.

Miré su rostro atezado y no vi ni una pizca de tristeza.

—Estaba en el piso de abajo envuelta en una bolsa. Parece que estaban a punto de tirarla al mar.

—¿Cómo sabes que es ella?

—Encaja con la descripción. Y no había ninguna otra mujer en el edificio.

Sospechaba que ya podría estar muerta. Me imaginaba que la habían matado hacía mucho tiempo.

—Es posible que Adelina no se tome bien la noticia.

—O puede que le dé tranquilidad.

ANTES DE QUE PUDIERA EXTENDER LA MANO PARA ABRIR LA PUERTA TRASERA del vehículo, ella la abrió de golpe y se deslizó hasta el asfalto. Con su sudadera enorme, el pelo revuelto y magulladuras por toda la cara, saltó a mis brazos y me cerró los suyos alrededor del cuello.

Yo la levanté del suelo y la estreché contra mí, permitiendo que se

apoyara en mí. El resto del equipo recogió las cosas y se preparó para marcharse. Habíamos despejado toda la zona y habíamos comprobado el perímetro. Debíamos marcharnos ya, antes de que saliera el sol, pero yo sabía que Adelina necesitaba ser abrazada... por mí.

—No pasa nada, *Bellissima*. —La besé en el nacimiento del pelo mientras sentía cómo respiraba con esfuerzo contra mí. Estaba a salvo entre mis brazos, pero todavía se sentía aterrorizada. Ahora había sufrido mucho más que la última vez. No podía olvidarse de todo aquello sin más—. Estoy aquí. Ya ha pasado todo.

—Has vuelto a por mí...

—Nunca tendría que haberte dejado marchar. Lo siento tanto... —Tendría que haberle metido a Tristan un tiro entre los ojos y haberme llevado a Adelina de allí. Tendría que haber obligado a Tristan a aceptar el dinero por ella. Tendría que haber huido con ella, habérmela llevado a todos los lugares bonitos del mundo, para darle la vida que se merecía vivir.

—No, Cane. Que no se te ocurra disculparte nunca...

Quería tenerla así abrazada para siempre, pero teníamos que marcharnos ya.

—Tenemos que irnos. Te he dejado comida empaquetada en la parte de atrás. Seguro que estarás hambrienta... —Porque la habrían matado de hambre en cuanto hubiera puesto un pie en el complejo.

—Lo estoy. Tú te vas a sentar conmigo, ¿verdad?

Había pensado conducir, pero cuando me miró con aquellos ojos aterrorizados, supe que no podía apartarme de su lado.

—Sí, me voy a sentar contigo. —Le cambié el sitio a uno de los otros hombres y me senté en el asiento de atrás junto a ella. Me quité la chaqueta y se la puse sobre las piernas, cubriéndole todo el cuerpo para no tener que ver sus moratones. Acerqué la nevera portátil y le pasé el sándwich, patatas fritas, rodajas de manzana y zumo de naranja.

Adelina lo cogió todo, engulléndolo como si llevara meses sin comer.

No conseguía mirarla. Era demasiado doloroso. Los golpes me ponían enfermo. La suciedad de su pelo me cabreaba. Todas las cicatrices que no veía me daban ganas de aullar en aquel asiento. Mantuve los ojos fijos en la ventana, haciendo todo lo posible para no mirarla. No me fue fácil mirarla la primera vez, pero la segunda me estaba resultando casi imposible.

—Es un viaje largo —susurré—. Deberías dormir un poco.

—Vale. Llevo tiempo sin dormir... Estoy bastante cansada. —Se tumbó en el asiento trasero, apoyando la cabeza sobre mi muslo. Cerró los ojos de inmediato, débil y exhausta.

Si no hubiéramos estado rodeados por mis hombres, posiblemente me habría puesto a llorar. Le pasé los dedos por el pelo y la acaricié suavemente, tocándola como había que tocar a una mujer: con delicadeza.

La voz de Crow sonó en mi oído.

—¿Qué tal está?

Hablé en voz baja para no despertarla.

—Está bien. Acaba de comer. Ahora está durmiendo un poco.

—¿Quieres que haga que un médico vaya a tu casa por la mañana?

—Crow nunca se ofrecía a hacer nada por mí. Podía contar con él si le pedía algo, pero nunca tenía gestos considerados como aquel. Sabía que lo preguntaba porque estaba preocupado por ella... no por mí.

—Por favor.

—Me encargaré de ello.

—Gracias. ¿Vas a traer a Pearl de vuelta?

Hizo una pausa antes de responder.

—No. No hasta que sepamos si Tristan está vivo o muerto.

Aquello era lo cauto.

—Buena idea.

—Dímelo si Adelina necesita algo.

—¿Por qué a mí nunca me preguntas si necesito algo? —pregunté en voz baja, intentando animar el ambiente.

—Porque resulta que ella me cae bien. Y los dos sabemos que tú no.

LLEGAMOS A MI CASA AL AMANECER. LLEVÉ A ADELINA AL INTERIOR, AL lugar en el que habíamos pasado el último mes conociéndonos el uno al otro. Cuando la dejé sobre el sofá, abrió los ojos parpadeando. Todavía llevaba la sudadera demasiado grande, tenía un corte en el rabillo del ojo y una de las mejillas amoratada e hinchada. Por debajo del dolor, seguía siendo preciosa. No había nada que Tristan pudiera hacerle que ocultara su resistencia.

Se incorporó lentamente y miró a su alrededor a la sala de estar, reconociendo el lugar.

—Tu casa...

—Ya hemos llegado. —Me senté a su lado y le pasé los dedos por el cabello.

—Nunca pensé que volvería a ver este lugar. —Se sentó y se echó su manta favorita sobre las piernas, tapando sus muslos llenos de hematomas. A lo mejor tenía frío. O quizá no quería que viese todos los otros lugares en los que tenía lesiones.

Le cogí la mano.

—Estás a salvo, Adelina. Nunca te volverán a hacer daño.

Mis hombres entraron en la casa y se pusieron a instalar medidas de seguridad como precaución, cámaras y un sistema de alarma. Tristan podía seguir vivo. Quería estar preparado si así era. Él no sabía dónde vivía, pero no le resultaría difícil descubrirlo.

Adelina miró a mis hombres al entrar, sin su intensidad habitual. Proyectaba confianza y fortaleza de modo natural, pero ahora parecía más sumisa de lo que la había visto nunca. Estaba conmocionada. Hacía sólo un día, la noche anterior, le estaban haciendo cosas horribles.

Crow se reunió con nosotros.

—Adelina, me alegro de que estés bien.

Su rostro cambió lentamente y sus ojos se encendieron de puro gozo. Se levantó con rapidez y lo abrazó, estrechándolo con la fuerza suficiente para hacerle emitir un suave gruñido.

—Crow... Qué contenta estoy de verte.

Él le dio unas palmaditas en la espalda con embarazo, probablemente incómodo por aquella muestra de afecto, ya que él nunca tocaba a nadie que no fuese Pearl. No era un tío afectuoso en general, así que aquella muestra de cariño no era plato de su gusto.

—Yo a ti también.

—Gracias por salvarme. Significa muchísimo para mí.

—Por supuesto —dijo Crow—. Significas mucho para mi hermano. Y si le importas mucho a mi hermano, me importas mucho a mí. —Se apartó y le hizo una seña al médico para que se acercara—. Te va a hacer un reconocimiento rápido. A asegurarse de que estás bien.

Adelina lo miró con desconfianza.

—Podéis entrar en el primer dormitorio de la izquierda —dijo Crow.

Adelina se volvió inmediatamente hacia mí.

—Quiero que entres conmigo, Cane. —No era una petición, sino una orden. Era obvio que no quería estar a solas con un hombre que no conocía. Estaba más perjudicada de lo que había pensado.

—Pues claro, *Bellissima*. —No tenía por qué volver a asustarse por nada nunca más... no mientras yo estuviera cerca.

PEARL

SANTORINI ERA el lugar más bonito del planeta. El mar Mediterráneo era de un azul profundo y tan claro que las islas a lo lejos se erguían altas como estatuas. Cuando el sol se ponía, las vistas eran las más maravillosas que había contemplado jamás.

Pero no era mi hogar.

Y estaba sola.

No podía dormir. No podía comer. Sabía que tenía que conservar la calma porque llevaba un pequeño Barsetti creciendo en mi interior, pero hasta que supiese que Crow estaba bien, no sería capaz de tener paz. Recorría el patio arriba y abajo. La casa que había comprado Crow era gigantesca, aislada y magnífica. Me preguntaba por qué nunca me había hablado de ella. A lo mejor era porque anticipaba que llegarían tiempos como estos.

Lars salió conmigo, llevando unos vaqueros y una camiseta. Desde que había puesto un pie en Italia, jamás había visto a Lars llevando nada que no fuese su esmoquin. Hasta si lo veía en la cocina en mitad de la noche, era así como iba vestido. No me hubiera sorprendido que durmiera con ello.

Pero en aquellos momentos me daba igual lo que llevara puesto.

Lars se quedó de pie en la terraza mirándome, con los ojos cargados de tristeza.

—Sra. Barsetti, todo saldrá bien.

—Eso no podemos saberlo. —Me puse las manos en las caderas mientras recorría el patio de arriba abajo, haciendo todo lo posible por introducir aire en mi cuerpo y volverlo a expulsar—. Lars, si le pasa algo...

—No le va a pasar nada, Sra. Barsetti.

—Por favor, llámame sólo Pearl.

—Lamentablemente, no puedo hacer eso. Cumplo órdenes del Sr. Barsetti incluso en su ausencia.

Me pasé las manos por la cara.

—Ya tendría que haber terminado todo...

—Estoy seguro de que nos llamarán en cualquier momento. —Lars se quedó de pie ante mí con las manos a la espalda. Me dedicaba una sonrisa de lástima al ser testigo de mi sufrimiento—. Conozco al Sr. Barsetti desde el día en que nació. Recuerdo el día en que llegó a casa desde el hospital, su juguete favorito y la primera vez que lo castigaron. Lo he visto crecer hasta convertirse en un hombre... en el hombre más fuerte que he conocido jamás.

Me sumergí en sus ojos azules, encontrando consuelo en la imagen de Crow como un niño pequeño, jugando con sus juguetes en el suelo del salón.

—Ha sido exactamente el mismo hombre desde que cumplió los dieciséis. Su actitud, sus hábitos y sus creencias siempre han sido los mismos. Pero cuando llegó usted, volvió a cambiar. Creció para convertirse en un hombre diferente, en uno aún más fuerte... porque sabía que tenía algo que proteger. No tengo ni la menor duda de que Crow regresará de esta. Hace falta mucho más que unas cuantas balas para obstaculizar su camino. Así que no se preocupe, Sra. Barsetti.

ERAN LAS DOS DE LA MAÑANA Y ESTABA SENTADA EN EL PATIO contemplando el agua. La isla se curvaba hacia la izquierda, por lo que podía ver las luces de la ciudad. Las olas se estrellaban contra las rocas que había

justo debajo, pero a pesar de su relajante sensación, no conseguía disfrutarlo de verdad.

Tenía el teléfono a mi lado encima de la mesa.

Lo comprobaba cada media hora para asegurarme de que no se había quedado sin batería. Me aseguraba de que no estuviera apagado por accidente. Repasaba los mensajes para comprobar que no hubiera pasado nada por alto. Ahora mismo debería estar durmiendo, pero no podía.

Lars estaba totalmente despierto conmigo, negándose a dormir a menos que yo también lo hiciera. Quería dormir sólo por él, pero era incapaz.

Estaba hecha polvo.

Crow ya tendría que haber llamado.

¿Por qué no había llamado?

Tampoco había llamado Cane.

Por fin, sonó el teléfono.

Me abalancé sobre él y contesté la llamada presionando un montón de botones al mismo tiempo. Ni siquiera miré quien llamaba antes de contestar, necesitando que fuese mi marido.

—¿Crow? ¿Estás bien? Dime que estás bien. ¿Estás ahí? —Hablaban a mil por hora sin pararme a respirar.

—Estoy bien, Botón. —Su voz profunda y tranquila me llegó por el teléfono, el sonido más bello que había escuchado jamás.

Cerré los ojos mientras las lágrimas me resbalaban por la cara. Había pasado del pánico a los sollozos en menos de cinco segundos. Sentí arcadas contra el teléfono, mi pecho elevándose y descendiendo mientras hiperventilaba por la línea. Mi reacción era abrumadora, hasta para mí. Me había aterrorizado que aquella llamada no se produjera nunca. Me había aterrorizado recibir una llamada de Cane diciéndome que su hermano no lo había conseguido, que había perdido al amor de mi vida.

—Botón...

Me cubrí la cara con una mano y seguí llorando, sabiendo que mi

reacción a la buena noticia estaba siendo excesiva. Debería estar contenta. Debería estar sonriendo. Pero la emoción era tan intensa como un tsunami. Se me llevó con la fuerza de la naturaleza, ahogándome mientras me hundía hasta el fondo del océano.

Crow esperó pacientemente a que me tranquilizara. Permaneció al otro lado de la línea, en silencio.

Yo escuché mis propios sollozos durante minutos, recordándome a mí misma que aquello era real. Que no era un sueño. Mi marido estaba bien. Mi marido estaba a salvo. Mi familia estaba a salvo.

—Shh... —susurró—. Respira hondo, ¿de acuerdo? Tres veces.

—De acuerdo... —Uno. Dos. Tres. Dejé de llorar y me toqué las mejillas empapadas. Sin tener que mirarme a un espejo, supe que tendría la cara hinchada, enrojecida y horrorosa—. Lo siento.

—No pasa nada.

—Es que estaba tan asustada...

—Ya ha terminado todo. No hay razón para seguir teniendo miedo.

—Si te hubiera perdido...

—Pero no lo has hecho. Estoy aquí.

Cane y Adelina ni se me habían pasado por la cabeza hasta ese momento. Sólo me importaba Crow.

—¿Está bien Cane?

—Está estupendo. Adelina está en casa con él. Todo fue bien.

—Eso es genial... Me alegro muchísimo de oírlo.

—Perdimos unos cuantos hombres, pero siempre hay que esperar algunas bajas.

Me aliviaba que estuviera bien, pero deseaba poder tocarlo. Deseaba no tener que limitarme a escuchar su voz a través del teléfono.

—Quiero verte.

—Yo también quiero verte a ti.

—¿Puedo ir ya a casa? ¿Podemos marcharnos ya?

Él hizo una larga pausa.

—Tienes que quedarte allí.

—¿Cómo?

—Sólo durante un poco más.

—¿Por qué?

—Matamos a todos los que estaban en el complejo, pero no estamos seguros de lo que ha pasado con Tristan. Se escapó en una lancha. Estaba oscuro y no pudimos verlo. Hasta que tenga una confirmación de que está muerto, no puedes volver.

—Pero Crow...

—No está abierto a debate, Botón.

Mi mano se movió hacia mi vientre, sabiendo que no podía arriesgar la vida que crecía en mi interior. Mi vida nunca me había parecido algo de valor, pero ahora que iba a ser madre, todo era distinto. Mi vida no tenía precio porque tenía que cuidar de alguien más. Tenía que proteger a la personita que llevaba dentro a toda costa.

—¿Cuánto tiempo será?

—No lo sé. Esperemos que no mucho.

Estaba decepcionada, pero Crow seguía vivo, así que por ahora sólo debería sentirme agradecida.

—Aquello es precioso, ¿verdad?

—Sí que lo es...

—¿Qué te parece la casa?

—Vacía sin ti.

—Pronto acabará todo, Botón. Sabes que no puedo correr ningún riesgo... No cuando se trata de vosotros dos.

—Lo sé —susurré.

—¿Qué tal está Lars?

—Ha estado manteniéndome tranquila. Se alegrará de saber que estás bien.

—Doy por hecho que no has dormido demasiado.

—No...

—Entonces ve a dormir un poco, Botón.

—¿Tú dónde vas a estar?

—En casa. Nadie esperará que esté allí.

—Por favor, ten cuidado.

—Yo siempre tengo cuidado, Botón. Tú lo sabes.

Yo no tenía nada más que decir, pero quería que siguiera en la línea. Su silencio era mejor que su ausencia.

—Cane y yo nos hicimos implantar transmisores, iguales que el que llevas tú. Te voy a enviar los datos de seguimiento. Así podrás ver dónde estoy en todo momento con tu teléfono.

—¿En serio?

—Sí.

—Gracias. —Seguiríamos estando separados, pero al menos tendría un pedacito de él. Siempre que me sintiera intranquila, no tenía más que consultar su ubicación en mi teléfono. Eso calmaría mi ansiedad—. Eso ayudaría...

—Ahora podrás tenerme controlado exactamente igual que yo te tengo controlada a ti.

—Venganza —bromeé.

Él soltó una risita.

—Exacto, venganza.

ADELINA

TENÍA muchísimos cortes y golpes por todas partes. Pero lo que tenía más que cualquier otra cosa era dolor.

Sentía dolor por todas partes.

El médico me examinó y me dio unos antibióticos. Tenía una herida en la pierna que empezaba a dar señales de infección. También tenía una infección urinaria por culpa de las antihigiénicas condiciones en las que había estado. Me martilleaba la cabeza debido a la deshidratación y me dolía todo el cuerpo. Tristan me había hecho más daño que la última vez.

Eso era todo lo que me había echado de menos.

Sólo había estado allí una semana, pero me había parecido toda una vida. Había sido muchísimo peor que la primera vez que estuve allí. Se mostraba mucho más agresivo que antes, y además yo recordaba perfectamente lo que era que te mimaran y te adoraran.

Había sido un cambio muy drástico.

La única razón por la que no me había tragado aquellas pastillas era que las había perdido. Las había escondido entre el colchón y el suelo, pero Tristan había decidido tenerme en su cuarto, en el suelo. Cuando por fin me devolvieron al camastro empapado de orina, habían cambiado la habitación.

Y las pastillas habían desaparecido.

Si Cane no hubiese venido a por mí, habría sido muy desgraciada durante

mucho tiempo.

En ningún momento había esperado que viniera a rescatarme. Pensar en él era lo único que me daba fuerzas para continuar, lo único que evitaba que me colapsara. Cuando Tristan me violaba, yo intentaba imaginar que Cane estaba allí conmigo. Me imaginaba su atractivo rostro y las palabras de consuelo que normalmente pronunciaría.

Cuando escuché los disparos, no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Y cuando Cane entró en mi habitación, casi no me creía que fuese él.

El médico se marchó y yo me quedé sentada a solas en mi antiguo dormitorio. Era el primer lugar al que Cane me había traído cuando me convertí en su prisionera. Tenía una cama de matrimonio con un edredón más suave que los pétalos de rosa. Había una chimenea, una televisión y muebles de estilo toscano. Era muy bonito, como sacado de las páginas de una revista. Me hacía sentirme en mi casa.

Cane entró unos momentos después, con los párpados pesados de agotamiento. Todavía iba vestido completamente de negro y con un chaleco antibalas abrochado alrededor del pecho. Tenía el pelo revuelto porque se lo había estado tocando con nerviosismo. Seguía teniendo todos sus hábitos, aunque aquello no debería sorprenderme porque sólo había pasado una semana desde que lo había visto.

Aunque me había parecido una eternidad.

Se sentó en el borde de la cama, dejando intencionadamente un metro y medio entre ambos.

No era necesario que hiciera aquello.

Me resultaba duro mirarlo porque veía el dolor tallado en sus rasgos. Tenía la mandíbula apretada, no de irritación, sino de agonía. Sus ojos sombríos eran más intensos que de costumbre. Su barba más cerrada, porque no se había afeitado desde el día en que me marché. Parecía tan destrozado como yo.

Quería ducharme y librarme de toda aquella suciedad. Quería restregarme

hasta borrar la prueba de que Tristan me había tocado jamás. Pero deseaba estar con Cane, sentada con él como estábamos ahora. Aquel hombre me había salvado la vida. Lo había arriesgado todo para sacarme de allí.

¿Cómo podría pagárselo nunca?

Cane se aclaró la garganta.

—Quería decirte que puedes hablar conmigo de lo que haya pasado... que te escucharé y te apoyaré. Pero sinceramente, no sé si voy a poder soportarlo.

—Cerró los ojos y tragó—. Sé que es egoísta, pero es que... me siento incapaz.

—Lo entiendo —susurré—. No hay mucho que decir, de todos modos. —No quería revivir el dolor. Quería seguir adelante con mi vida y olvidarme de aquella espantosa semana. Pasar aquel mes con Cane me había recompuesto de algún modo. Me había hecho sentirme como una persona, no como una víctima. Él no me miraba como si yo estuviera manchada o sucia. Me miraba como si fuese preciosa... siempre.

—A lo mejor podrías hablar con Pearl... si lo necesitas.

—Sí...

Él se quedó mirando al suelo con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Quieres estar un rato sola?

—No especialmente.

—Vale.

Contemplé su rostro de perfil, observando cómo se endurecía su expresión.

Yo me arrastré hasta el borde la cama y me senté directamente a su lado. Yo era la que había sido torturada y golpeada, pero sentía deseos de consolarlo. Parecía estar colgando de un hilo, a punto de ser barrido por una corriente subterránea.

—¿Por qué viniste a por mí?

Sus ojos continuaron pegados al suelo.

—No podía soportar pensar en que estabas allí. No podía dormir... No

podía comer... Me estaba matando. Acudí a Crow y le dije que tenía que rescatarte. Lamenté haberte dejado marchar en cuanto tu mano se separó de la mía.

—No sé qué decir...

—No hace falta que digas nada, *Bellissima*. No me tienes que dar las gracias. No me debes nada.

Le puse una mano en el hombro, acariciando su piel.

Él se encogió ante el contacto.

—¿No quieres que te toque...? —¿Le daba asco porque Tristan era el último que me había puesto las manos encima?

—No es eso. Es sólo que había dado por hecho que no querrías que te tocaran durante una temporada...

—Y no quiero —susurré—. Pero me gusta tocarte, Cane. Hace que me sienta bien. —Incliné mi rostro sobre su hombro y me quedé allí sentada con él.

Un momento después, me pasó un brazo por el hombro y me atrajo hacia sí. No dijo nada, prefiriendo abrazarme en silencio.

Y todo lo que yo deseaba era que me abrazaran.

HICIERON FALTA TREINTA MINUTOS DEBAJO DE LA DUCHA PARA LAVÁRMELO todo. Estaba cubierta de suciedad, grasa y sangre. Era la primera ducha que me daba en una semana, así que me quedé debajo del agua mucho más tiempo del necesario. Tampoco me había lavado los dientes, pero por suerte mi antiguo cepillo seguía en el cuarto de baño.

Me froté con ganas.

Me froté a fondo.

Me depilé el cuerpo entero, eliminando todo lo que me fue posible. Como la última vez, quería salir de allí como una persona nueva. Quería eliminar lo

viejo lavándolo y entrar en lo nuevo. Quería desprenderme de mi piel dañada y convertirme en otra persona.

Me gustaba quién era con Cane. Era el lugar perfecto para recuperarse, para volver a ponerme en pie.

Acabé de ducharme y me sequé antes de ponerme ropa limpia. Eso y la ducha ya habían logrado que me sintiera mejor. Volvía a ser un ser humano. Tenía derechos. Tenía poder.

Entré en la cocina porque estaba muerta de hambre. Cane me había engordado antes de que me marchara, pero había perdido casi todo aquel peso de inmediato porque sólo había comido una vez mientras estuve cautiva. Cane estaba en la cocina cuando entré, terminando de preparar el almuerzo justo en aquel momento. Tenía delante dos platos de espagueti.

Sabía que era mi comida favorita.

—¿Hambrienta?

—Famélica.

Bajó la mirada ante el comentario. Llevó los platos a la mesa y comimos en silencio.

Cane seguía sin mirarme. Parecía evitarlo siempre que podía. Cuando había estado allí antes, apenas me podía quitar los ojos de encima. Su rostro mostraba una constante expresión de intensidad, perforándome con la mirada como si le perteneciera. No le asustaba poseerme con una sola mirada. Ahora intentaba evitar hasta que entrara en su campo de visión.

Me hacía sentir repugnante.

—¿Cane?

—¿Sí? —Sus ojos se volvieron hacia su comida.

—¿Por qué no me miras?

—Pues claro que te miro. —Levantó la cara y me miró a los ojos.

—Pero haces todo lo que puedes para evitarlo. Antes estabas mirándome todo el tiempo... Ahora intentas fingir que no existo.

Él suspiró y volvió a bajar la vista a su comida.

—Eso no es lo que intento hacer.

—¿Entonces de qué se trata? Pensé que volver aquí me haría feliz... pero da la impresión de que tú no quieres que esté aquí.

—Por supuesto que quiero que estés aquí. Eso sólo... Pensé que no querrías que te mirara.

—¿Y qué te ha hecho pensar algo así? —susurré.

—Después de todo por lo que has pasado, di por hecho que te haría sentir incómoda. Que no querrías que te miraran fijamente, que te tocaran... cosas así. Sólo estoy intentando darte espacio. Debes de estar conmocionada. No sé cómo manejar esto...

—¿Qué hiciste la última vez?

Él levantó el rostro hacia mí.

—Me miraste cuanto quisiste. Me tocaste cuanto quisiste. Nada ha cambiado.

—Aquello era diferente... Entonces no me importabas.

—Creo que sí. —Habría sido menos bueno conmigo de otro modo—. Quiero que me toques, Cane. Quiero que me mires. Cuando estoy contigo, no pienso en nadie más. Contigo me siento a salvo. Contigo me siento como en casa.

Su mirada se suavizó.

—No estoy preparada para saltar a la cama directamente...

—No esperaba que fuera así.

—Pero quiero todo lo demás. No quiero que me mires como si estuviera estropeada. No quiero que me mires como si me compadecieras.

—¿Cómo puedo evitar sentirme así? —susurró—. La idea de que hayas sufrido me revuelve el estómago.

—Bueno, pues ya no estoy sufriendo, Cane. Ahora estoy en esta casa preciosa con un hombre maravilloso. Tengo un plato de comida delante, me he dado una ducha larguísima... Todo lo demás mejorará con el tiempo. —Deslicé mi mano por encima de la mesa con la palma hacia arriba.

Él la miró antes de cogerla. Entrelazó sus dedos con los míos y me dio un suave apretón.

—*Bellissima...*

CANE SE DESNUDÓ HASTA QUEDARSE EN BÓXERS. SU MUSCULOSO FÍSICO ERA tan poderoso como siempre. Líneas bien definidas marcaban las estrías entre sus músculos. Seguía siendo la mole que recordaba, el hombre fuerte que podía derribar una casa si empujaba lo bastante. Tenía los hombros anchos y las caderas estrechas.

Era bellísimo.

Tenía un exterior sombrío como los otros hombres con los que me había encontrado, pero una luminosidad característica en la mirada. Debajo de aquel pecho de piedra había un alma. Era un asesino, pero también un sanador.

—¿Estás segura de que quieres dormir aquí?

Yo ya estaba metida debajo de las sábanas con una de sus camisetas puestas.

—No quiero dormir sola. —Cuando dormía en aquel camastro, escuchaba cada sonido que se producía al otro lado de la puerta, esperando a que Tristan regresara a por mí. Pasaba sola todo el tiempo, hasta cuando tenía a Tristan encima. Mi mente era lo único que nunca podría alcanzar. Mancillaba todo lo demás, pero mi mente era demasiado fuerte como para que pudiera derribarla.

Pero ahora mis defensas habían desaparecido, porque Cane estaba allí. No tenía necesidad de protegerme de él. Podía dormir toda la noche sin que tiraran de mí. Nadie me tocaría mientras él estuviera a mi lado.

Cane apartó las sábanas y se metió en la cama a mi lado.

Yo me desplacé de inmediato hasta su lado de la cama y le envolví el cuerpo con el mío. Me encantaba sentirlo bajo la punta de mis dedos, sentir el

modo en que sus músculos se movían debajo de la piel. Estaba caliente, como un fuego intenso en la chimenea. Su corazón era como una canción de cuna. Invadí su lado de la cama y me aferré a él sin intención de soltarlo.

Él volvió la cabeza hacia mí y me dio un beso en la frente.

Había echado de menos aquellos besos. Ningún otro hombre me los había dado antes.

Su brazo me rodeó la cintura y me estrechó firmemente contra su cuerpo. Estábamos perfectamente encajados el uno en el otro, complementándonos mutuamente a la perfección. Llevaba mucho tiempo sin sentirme así de cómoda.

Al cabo de unos segundos sentí su miembro endurecerse contra mí. Los veintitrés centímetros, gruesos y largos. Emitía calor y una sensación inconfundible. Lo había sentido contra mi cadera demasiadas veces como para no reconocerlo.

Cane no se movió.

—No puedo controlarlo...

—No pasa nada...

—Eso no quiere decir que espere que pase nada.

—Ya lo sé, Cane.

—Me puedo apartar si tú quieres.

Me abracé a él con más fuerza.

—No. —Sentir cómo me deseaba después de todo por lo que había pasado me hacía sentir atractiva. No me sentía como una mercancía estropeada, ni como las sobras de nadie. Cane no pensaba en Tristan cuando estaba conmigo.

Sólo pensaba en mí.

CANE SE QUEDÓ UNOS CUANTOS DÍAS EN CASA CONMIGO. ME PREPARABA

todas las comidas y se aseguraba de que me tomara la medicación. Pasaba las tardes relajándose en la piscina conmigo. Por la noche, él veía la televisión mientras yo leía delante del fuego.

No hablábamos demasiado.

Pero era como solía ser. Era tranquilo y cómodo, una rutina sin palabras establecida entre los dos. El dolor que sentía entre las piernas fue disminuyendo y empecé a dormir de un tirón toda la noche. No estaba tan hambrienta, porque tenía comida de sobra. Los tejidos de mi cuerpo prosperaron, hidratados y nutridos. Todavía no había tenido ninguna pesadilla, algo que me había sorprendido.

Cane era mi atrapasueños.

A pesar de todo lo que había soportado, sentía la llama del deseo cuando estaba cerca de él. Echaba de menos besarle, echaba de menos el modo en que me agarraba los pechos cuando me sentaba en su regazo. Echaba de menos su erección en mi interior, eyaculando una y otra vez.

Mi disfrute del sexo continuaba intacto. Lo que había pasado con Tristan no era sexo en absoluto. Era algo completamente diferente, violencia nada más. No pensaba que ambos actos se pudieran comparar, porque no tenían nada en común.

El deseo que sentía por Cane jamás se extinguiría.

Todavía me dolía la entrepierna por cómo Tristan me había violado sin lubricación. Había sangrado con frecuencia de lo que seca que estaba. El trasero todavía me dolía por las cosas que me había hecho. Incluso si hubiera querido hacer el amor, no creo que hubiera podido en aquel momento.

Pero eso no quería decir que no pudiera hacer otras cosas.

Cane salió de la ducha con el pelo ligeramente húmedo. Llevaba una toalla alrededor de la cintura y la dejó caer en medio del suelo al abrir el cajón y sacar un par de bóxers limpios.

Yo observé su cuerpo sin ninguna vergüenza.

Él no advirtió mi mirada y se acercó a la cama.

—¿Quieres que esta noche encienda el fuego?

Yo me puse de rodillas en el centro de la cama y me quité la camiseta por encima de la cabeza. Me quedé únicamente con las bragas puestas, con los pechos al aire para su disfrute. Todavía tenía algunas magulladuras diseminadas por la piel, pero ya casi no se veían.

Él se paró y se me quedó mirando.

—Ven aquí. —Di unas palmaditas en la cama a mi lado.

Él se acercó despacio al borde de la cama, pero no se subió al colchón. Tuvo los ojos pegados a mis pechos durante mucho tiempo antes de volver a mirarme a los ojos.

—Es demasiado pronto, *Bellissima*.

—Tienes razón. Pero eso no quiere decir que no podamos hacer otras cosas...

Él continuó quieto.

—Creo que deberíamos esperar. Los dos sabemos que te deseo, pero... no tengo prisa.

—Y los dos sabemos que yo te deseo a ti. Así que no hagas a una mujer que está en tu cama pedírtelo otra vez.

Su mirada se oscureció ante mi comentario antes de dejar caer los bóxers. Se subió a la cama y me cambió de postura hasta que mi cabeza se apoyó en la almohada. Se alzó sobre mí, separándome los muslos con los suyos.

Entrelacé los tobillos a su espalda y le rodeé el cuello con los brazos.

Me miró con la misma expresión oscura, pero no hizo nada. Se limitó a mirarme.

—¿Qué quieres, *Bellissima*?

—Besarte.

—¿Algo más?

—Tenerte en mi boca...

Su expresión se tensó perceptiblemente.

—No me debes nada.

—Ya sé qué no. Quiero hacerlo. —Mis manos subieron por su pecho.

—¿Puedo hacértelo yo?

Todavía estaba demasiado sensible para la penetración, pero tener su boca suave contra mi entrada probablemente fuese maravilloso.

—Por favor...

Metió la mano entre mi pelo, preparándose para besarme.

—Dímelo si quieres que pare.

—No voy a querer que pares.

Me cubrió la boca con la suya, besándome con suavidad, conteniendo intencionadamente su pasión. Era la primera vez que me besaba en los labios desde que me habían rescatado, llevando siempre la boca al nacimiento de mi pelo o a mi frente. Acarició mis labios con los suyos y después respiró en mi boca. Su mano se tensó en mi pelo y me besó con más intensidad, haciéndome volver a la vida con su pasión.

Mi semana en el infierno no había cambiado nada entre Cane y yo. Lo deseaba tanto como siempre. Nuestros besos estaban llenos de significado, y nuestros contactos llenos de ternura. Me agarraba con más fuerza, deseando más de mí.

Mis muslos se apretaron contra sus caderas y gemí dentro de su boca mientras mis dedos recorrían su cabello.

Él dejó de besarme abruptamente y descendió por mi cuerpo, diseminando besos por mi vientre y entre mis muslos. Llegó hasta mi abertura y depositó un suave beso en la entrada, tocándome con la ligereza de un pétalo de rosa.

—Cane...

Se tomó su tiempo para empezar, presionando muy ligeramente contra mi clítoris. Trazó círculos lentamente antes de separar suavemente mi abertura. Me saboreó y después empezó de nuevo a trazar círculos. Cada contacto era intenso pero ligero. Estaba teniendo mucho cuidado conmigo, borrándome las cicatrices a besos y haciendo que mi cuerpo volviera a acostumbrarse al

placer.

Cuanto más gemía yo, más se concentraba él. Me separó más las piernas y me besó con más fuerza, estimulando mi clítoris como solía hacer antes. Me besó cada vez con más fuerza, llevándome al límite como si estuviera decidido a hacerme caer.

Y yo caí con fuerza.

Se me escapó su nombre entre los labios como siempre sucedía. Le enterré los dedos en el pelo y me retorcí sobre la cama, sintiéndome increíblemente por primera vez en más de una semana. Delante de Cane no pensaba en el dolor. No pensaba en el pasado. No pensaba en mis magulladuras y en mis heridas. Sólo pensaba en el placer natural que aquel hombre acababa de proporcionarme.

Me sentía otra vez viva, como si nunca hubiera sufrido.

Cane se puso sobre mí, con los labios brillantes de mi excitación.

—Me encanta escuchar ese sonido.

—Y a mí me encanta hacerlo. Ahora te toca a ti.

—Todavía no —dijo él—. Aún me falta un buen rato para terminar.

CANE

ME ENCANTABA TENERLA otra vez en mi vida.

Me encantaba cómo olía, cómo su pelo se quedaba pegado en el desagüe de la ducha, cómo se acurrucaba contra mí durante toda la noche. Me encantaba que tardara un siglo en masticar su comida. Acababan de hacerla prisionera, pero ni una sola vez me miró como si fuese su captor. Confiaba en mí... Conmigo se sentía como en casa.

Me deseaba tanto como yo a ella. Todavía no estaba preparada para abrirse de piernas para mí, pero seguía queriendo lo que podía aceptar. Me besaba como si nunca nos hubiéramos separado, y sus orgasmos eran exactamente igual.

Lo había arriesgado todo por aquella mujer... pero ella merecía totalmente la pena.

Las magulladuras desaparecían un poco más cada día. Los feos colores se aclaraban y su piel volvía a adquirir su tono normal. Se fortalecía, demostrando un agradable sentido del humor. Sonreía mucho más a menudo. Empezaron a aparecer jarrones de flores decorando mi casa, y su cintura volvió a su tamaño normal.

Yo no había vuelto a ir al trabajo porque no quería apartarme de ella.

Quería quedarme dentro de aquella casa para siempre.

Pero tenía responsabilidades a las que debía volver. Tenía un negocio que

dirigir. Y también tenía que decidir qué hacer con Tristan. Crow no me había llamado, pero sólo era cuestión de tiempo que apareciera en la puerta de mi casa.

—¿Te marchas? —preguntó Adelina al verme en vaqueros y con la cazadora puesta.

—Sí. Tengo algunas cosas que solucionar en la base.

—Oh... —Me puso las manos en las caderas, sin ocultar su desilusión—. Supongo que fue una estupidez pensar que te ibas a quedar conmigo todo el día, todos los días.

—Lo haría si pudiese. —Le pasé la mano por el cuello, contemplándola con la posesividad que solía demostrar. Aquella mujer era todo mi mundo. La adoraba. Me encantaba ver la vida que había vuelto a sus mejillas, la fortaleza que permitía que se mantuviera tan recta. Merecía la pena todo lo que había arriesgado para recuperarla—. Pero volveré más tarde.

—De acuerdo.

La besé en la comisura de la boca.

—Activaré la alarma al salir. Las cámaras están encendidas. Podré ver la casa en todo momento, aunque no esté aquí.

—Vale. ¿Es posible que todavía esté en peligro?

—Muy poco probable. Pero prefiero prevenir que curar. —Me aparté y cogí las llaves de la encimera.

—¿Puedo tener un arma?

Me di la vuelta y le dediqué una mirada sorprendida.

—¿Sabes cómo usarla?

—Entiendo lo básico.

Abrí uno de los cajones y saqué una pistola.

—Por supuesto que sí. Pero quizá debería enseñarte antes.

Ella asintió, de acuerdo conmigo.

—Está aquí, si te es absolutamente necesaria. —Volví a cerrar el cajón—. Pero esperemos a que vuelva a casa. Te enseñaré los fundamentos.

—De acuerdo.

Le rodeé la cintura con un brazo y la volví a besar.

—Volveré en unas horas.

—Muy bien.

Me dirigí hacia la puerta y le eché otra mirada antes de salir. Con aquel largo cabello castaño y la camiseta ajustada, parecía la mujer con la que había estado soñando toda la vida. Era preciosa, fuerte y tenía una resistencia que ni siquiera Crow y yo podíamos igualar. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para cerrar la puerta y encaminarme al coche.

CROW ESTABA DE UN HUMOR DE PERROS. ME DI CUENTA SÓLO CON MIRAR SUS cejas fruncidas.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras me sentaba.

—¿Que qué pasa? —preguntó sarcásticamente—. Mientras tú has estado jugando con tu juguete, yo he estado intentando encontrar el rastro del capullo ese. Ya sabes, para poder volver a estar con mi esposa.

—No he estado jugando con mi juguete —salté yo—. He estado ayudándola, por si te has olvidado de lo que ha tenido que pasar.

—¿Y qué crees que estoy pasando yo? Mi mujer está embarazada y está sola en Grecia.

—Con Lars y una docena de guardias —añadí—. Está perfectamente.

—Bueno, pues yo no lo estoy —saltó—. Tenemos que encontrar a Tristan.

—¿Qué ha dicho el equipo?

—Ni rastro de la lancha.

—¿Por ninguna parte?

—No.

Puse los pies sobre la mesa mientras meditaba el asunto.

—Si ha sobrevivido, ha tenido que llevarla a alguna parte.

—O se hundió —dijo él—. En ese caso, podría haber nadado hasta la orilla o haberse ahogado. Así que es tan probable que esté muerto como que siga vivo.

—La única razón por la que deseo que siga vivo es para poder matarlo con mis propias manos. —Lo que le había hecho a Adelina era imperdonable. Y el hecho de que yo hubiera permitido que sucediera era aún más imperdonable. Ella era mi mujer. Era mi vida. ¿Cómo la había abandonado así? ¿Cómo había permitido que aquello sucediera?

—Yo sólo quiero que esté muerto para poder recuperar mi vida.

—Tenemos ojos y oídos en todas partes —dije yo—. Ya les he dicho a los hombres que tenemos más lejos que estamos buscándolo. Si ese tío se deja ver en público, lo sabremos. Nos cargamos a todo su equipo. Tristan no tiene a nadie ahora mismo. Está completamente indefenso. Si le cuenta a alguien que fuimos nosotros, entonces todos tendrán más miedo de nosotros que de él.

Crow asintió, de acuerdo conmigo.

—Cierto.

—Aparecerá pronto. Si pasan semanas sin que lo haga... tendremos que dar por sentado que está muerto o que se ha escondido.

—No creo que pueda aguantar semanas de esto... —Se puso las puntas de los dedos en la sien como si estuviera combatiendo una migraña. Su alianza negra hacía juego con su exterior, frío, oscuro y duro. Era difícil de creer que amara a una mujer con todo su corazón.

—Pronto habrá acabado. Pearl podrá volver a casa y tú podrás prepararte para el bebé.

Se frotó la sien.

—No tengo ni puta idea sobre bebés...

—Pero Pearl sí. Tiene un instinto maternal natural.

—Tienes razón, lo tiene.

—Siempre te podrías marchar a Grecia y esperar allí con ella. Yo me puedo ocupar de la persecución y avisarte cuando todo haya terminado.

Cogió el vaso de encima de la mesa y dio un sorbo.

—Por tentador que suene eso, no quiero que nadie me siga. Sería una imbecilidad que pudieran seguirme el rastro hasta mi posesión más preciada.

—Eso es verdad.

—Me quedo hasta que esto termine.

—De acuerdo. Pues entonces manos a la obra.

—¿QUÉ TAL ESTÁ ADELINA? —PREGUNTÓ CROW.

—Está llevando bastante bien las cosas, la verdad. —Cerré la carpeta al no encontrar lo que estaba buscando—. Es resistente. Cualquier otra aún seguiría temblando. Pero ella mantiene la cabeza alta. Es fuerte.

—Me recuerda a Pearl. Nunca tuve la sensación de que fuese una víctima. Más bien una superviviente.

—Exacto.

—Estoy seguro de que tienes algo que ver con su tranquilidad. Se siente segura cerca de ti.

—Sí... Creo que es verdad.

—¿Le has dicho cómo te sientes?

Sacudí la cabeza.

—¿Lo vas a hacer?

—No lo sé... Me parece que no tiene sentido.

—¿Y eso por qué?

—Arriesgué mi vida y también la tuya para rescatarla. Es bastante evidente lo que siento por ella. Si no lo sabe ya, es que es idiota.

—A lo mejor sólo piensa que eres un buen hombre.

Yo resoplé.

—Sabe que no soy un buen hombre. Sabe que no soy malo, pero que tampoco soy bueno. Por eso me gusta tanto. Sabe exactamente cómo soy y lo acepta.

—¿Sabes de dónde proviene esa aceptación? Del amor.

—No estoy seguro de cómo se siente ella. Pensaría que está un poco loca si se enamorara de mí después de haberla aceptado como pago...

—Pearl se enamoró de mí.

—Pero ella es tonta perdida —dije con una sonrisa.

Entrecerró los ojos.

—Venga, sabes que sólo estoy de broma.

Si no supiera que era un chiste, me habría asesinado allí mismo sin más tardanza.

Bran se acercó a nuestra mesa con los hombros rectos. Siempre era un tipo serio, pero ahora parecía más serio de lo habitual.

—Hay alguien que quiere verte.

—¿Quién es? —pregunté. A juzgar por la expresión de su rostro, tenía que tratarse de la Reina de Inglaterra.

—Constantine —dijo Bran en voz baja—. Dice que te conoce.

Deseaba que no fuera así.

Intercambié una mirada con Crow.

Aquello no eran buenas noticias. Y el momento no podía ser peor.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En la entrada del almacén —contestó Bran—. Ha venido con unos cuantos hombres.

Por supuesto que sí.

—Estaré allí en un segundo.

—De acuerdo. —Bran se alejó, así que nos volvimos a quedar solos.

La expresión de Crow no varió, pero se puso tenso. Era más duro que una viga de acero. El enfado asomaba a sus ojos, como solía suceder cuando se sentía amenazado.

—Los dos sabemos que esto no es bueno.

—No lo es.

—Lo manejaremos juntos. —Crow se levantó de su asiento.

Mi hermano ya había arriesgado su vida para salvar a mi mujer. Ya había tenido sus problemas con los negocios con Constantine, así que no pensaba hacerle ocuparse de aquello también.

—No. Me dijiste que no querías tener nada que ver con esto. Ya me encargo yo.

—Da igual que no quiera tener nada que ver con esto. Eres mi hermano. Estamos en esto juntos.

—Esta vez no. Ya has hecho bastante por mí. Quédate aquí.

Crow siguió de pie, pero tenía los brazos relajados a los costados. Incluyó ligeramente la cabeza, retrocediendo.

—Te contaré qué tal va.

—CANE BARSETTI. —CONSTANTINE SIEMPRE SE VESTÍA PARA IMPRESIONAR. No llevaba una americana negra, como hacíamos casi todos nosotros. Siempre buscaba hacer una declaración. Siempre deseaba ser recordado. Llevaba unos vaqueros negros llenos de agujeros y una camisa amarillo brillante con una calavera en el centro. Tenía un pañuelo rojo anudado al cuello y hasta el último centímetro de piel cubierto de tinta negra de sus tatuajes.

—Constantine. —Me reuní con él fuera, exhibiendo una expresión confiada y sin inmutarme por los hombres que había traído. Eran auténticas moles, pero los cien hombres que había dentro de mis instalaciones también lo eran. Daba igual lo despiadados que fueran aquellos tíos: perderían.

Los dos lo sabíamos.

—Qué día tan bonito, ¿verdad? —pregunté.

—Un bonito día para hacer negocios —dijo Constantine. Se cruzó de brazos, revelando la colección de armas blancas que le colgaban del cinturón—. He estado pensando mucho en lo que dijiste... coexistencia pacífica.

—Una idea bastante buena, si quieres saber mi opinión.

—No estoy tan seguro. —Hizo un gesto en dirección al almacén—. Sé que tienes un montón de inventario ahí dentro, muchísimo más del que tengo yo.

—¿Y?

—No estoy seguro de que haya suficiente para dos peces gordos como nosotros.

La clave estaba en no dejarse amilanar. Si olían el miedo, hasta el más mínimo rastro, me limpiarían en un santiamén.

—Tienes razón. A lo mejor sólo hay sitio para uno de nosotros. —Cruce los brazos delante del pecho—. Siempre me has caído bien, Constantine. Respeto tu fuego, tu brutalidad. Por siniestro que sea decirlo, creo que eres esencial en la cadena alimentaria.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Haces desaparecer problemas. Problemas sin solución. Y odiaría perderte. —No lo amenacé directamente, sino que dejé caer una amenaza velada. Incluso si Crow y yo nos retiráramos y les dejáramos el negocio a ellos, no podíamos hacerlo con facilidad. Debía haber cierta cantidad de lucha. De otro modo, no nos dejarían en paz jamás.

Constantine sonrió, a pesar del cabreo que le habían provocado mis palabras. Todo en él era una contradicción.

—¿Has oído lo de Tristan?

—Sí —respondió—. He oído que barrieron su complejo. Nadie sabe quién lo hizo. Y nosotros sabemos que no fuimos nosotros —dijo riéndose.

—Sé que no —dije yo—. Porque fui yo.

Su sonrisa desapareció.

—Caí sobre ellos y me cargué a todo el mundo. A Tristan le iba cada vez mejor, y ahora es un don nadie. —Chasquéé los dedos—. Así, sin más. Era un buen cliente. Pero me ofendió de un modo imperdonable. La única solución al problema era acabar con él.

Constantine sonrió de nuevo, a pesar de que no había nada por lo que sonreír.

—Parece que aprendiste mucho con nosotros.

—Es cierto... Y también me han enseñado unas cuantas cosas más por ahí.

Los ojos azul cristalino de Constantine se clavaron en los míos. Me estudiaba como a un animal salvaje atrapado en una jaula.

—Ahora mismo tengo muchas cosas en las que pensar. Preocuparse por la competencia en los negocios es un aburrimiento. Bones estuvo activo décadas sin un enfrentamiento. Yo no me hubiera podido quedar con sus clientes ni aunque él hubiera querido que lo hiciera. Tú actúas como si pudieras llevar mi negocio, cuando sólo llevas en esto unas semanas. Así que, ¿por qué no ayudarnos el uno al otro? Con nuestra larga historia, creo que es algo bastante razonable.

La expresión de Constantine no cambió.

—Sí que tenemos una larga historia.

—Si no hay nada más que decir, tendría que ir volviendo. —Me saqué la cartera y saqué la tarjeta profesional de visita que acababa de adquirir—. Hoy he aceptado un nuevo cliente, pero estoy al límite de inventario. Dile que yo te he recomendado.

Constantine echó una ojeada a la tarjeta antes de cogerla.

—Que tengan un buen día, caballeros. —Me di la vuelta y volví a entrar en el almacén. Exponerme a balas potenciales era estúpido y peligroso, pero debía correr aquel riesgo. Tenía que dejarle claro a Constantine que no le tenía miedo.

Que no le tenía miedo a nadie.

VOLVÍ DENTRO Y ME ENCONTRÉ A CROW EXACTAMENTE DONDE LO HABÍA dejado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó atropelladamente.

Le conté lo sucedido, incluyendo toda la conversación que pude recordar.

Crow se pellizcó el puente de la nariz, acompañando sus acciones de un suspiro.

—Estás jugando con fuego, Cane.

—Confía en mí, así es como tiene que ser. Si ahora cedo, se quedarán con todo lo que tenemos. Nuestras casas... nuestras mujeres... No respetan la debilidad. Sólo la fortaleza.

—¿Pero amenazarlos?

—Tenía que hacerlo, Crow. Confía en mí en esto.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Qué crees que harán?

—Utilizarán mi contacto y servirán el pedido. O se quedan satisfechos con eso y se olvidan de ello... o se vuelven codiciosos e intentan quedarse otra vez con el negocio.

—¿Y si eso sucede? —insistió Crow.

—No lo sé.

—Los dos tenemos mujeres que proteger ahora. Deberíamos dejarlo.

—Este negocio lleva generaciones en nuestra familia, Crow. No sólo estamos renunciando al dinero. Estamos renunciando al legado que nos dejaron nuestros padres. Sería un insulto permitir que alguien nos lo quitara. Una cosa sería que alguien se ofreciera a comprarlo. ¿Pero robárnoslo? —Sacudí la cabeza—. No puedo permitir que eso suceda.

—Todo termina antes o después. Y su legado somos nosotros. Igual que nuestros hijos serán el nuestro. Cane, no es más que algo superficial, físico. No merece la pena luchar por ello. No merece la pena morir por ello.

—Lo sé... Lo entiendo.

—No creo que lo hagas.

—Piensa en ello —dije yo— Si Pearl y Adelina no estuvieran, estaríamos reventando a esos tíos. No les permitiríamos pisotearnos de esta manera. Nos ha convertido en unos nenazas, y nunca pensé que así es como acabarían las cosas.

—A mí tampoco me hace ninguna gracia, pero estoy harto de mirar todo el tiempo por encima del hombro. Estoy cansado de oír a mi esposa quejarse de que no puede ir a ningún sitio sola. Siempre podemos entrar juntos en el negocio del vino, y ese sería el legado que dejaríamos a nuestros descendientes. Es limpio, es legal y es algo de lo que sentirse orgulloso.

—Crow, sabes que no entiendo una mierda sobre vino.

—Tampoco es como si no pudieras aprender.

Volví la cabeza hacia el otro lado y suspiré, frustrado por lo abrumador de los sucesos. Acababa de recuperar a Adelina hacía sólo unos días, Tristan seguía desaparecido y los Skull Kings querían pelea.

—A lo mejor esto es personal —apuntó Crow.

—¿El qué?

—Constantine. A lo mejor lo está haciendo para enfrentarse a ti.

—¿Por qué motivo?

—Puede que se enfadaran cuando te marchaste.

Sacudí la cabeza.

—Me fui hace siete años. Ya lo han superado. No es como si nos hubiéramos separado en malos términos.

—A lo mejor Constantine no lo ve así.

—Es un tío muy orgulloso, pero no se guardaría un resentimiento así durante siete años. Simplemente están hambrientos de dinero y de poder. Siempre quieren más. Lo que tienen nunca es suficiente. Han visto una oportunidad perfecta de monopolizar el mercado, aunque sea imposible servir pedidos de esa magnitud. Son tan avariciosos que les impide pensar.

—¿Qué crees que hará Constantine? —preguntó.

—No tengo ni idea, la verdad. Es como lanzar una moneda al aire.
Crow se apoyó las puntas de los dedos en los labios.
—Joder, a lo mejor me mudo muy lejos de aquí con Pearl...
—No suena nada mal, sinceramente.

EN CUANTO ENTRÉ POR LA PUERTA, *BELLISSIMA* SE ME TIRÓ ENCIMA.

Me rodeó el cuello con los brazos y me besó en la entrada, abrazándome como una esposa que da la bienvenida a su marido al volver del trabajo. Sus besos eran exactamente como antes, llenos de lengua y afecto.

Mis manos exploraron su cuerpo y de inmediato me inundó la pasión. Se me partía el corazón por lo que había tenido que pasar, pero mi cuerpo no podía negar sus deseos carnales. La veía como a la mujer más atractiva del planeta... sin importar por lo que hubiera pasado. Mi deseo no se extinguía. Mi respeto no flaqueaba. La veía como a una joya reluciente que nunca se velaría por causa del polvo.

Ella se apartó con las manos en mis mejillas.

—Me alegra que estés en casa.

—De eso me he dado cuenta —dije con una sonrisa.

—He hecho la cena.

—Eso suena genial. Pero soy yo el que tendría que cocinar para ti.

—No. Quiero cocinar para ti. Lo echo de menos. —Las puntas de sus dedos me recorrieron los brazos hasta llegar a las manos.

—Yo también.

—¿Quieres comer ya? —susurró.

—Sí, claro.

—He pensado que podríamos sentarnos en la terraza para ver la puesta de sol. Nunca lo hacemos...

—Sí, eso estará bien. — A veces me preocupaba lo fácilmente que había

dejado atrás su pesadilla con Tristan. Pero si así era como se enfrentaba a sus demonios, siguiendo con su vida sin permitir que la atormentasen, entonces lo respetaba. No había muchas personas lo bastante fuertes para hacer aquello. Pearl era la única que conocía.

Nos sentamos a la mesa fuera y compartimos una botella de vino. El atardecer arrojaba un resplandor perfecto sobre Adelina, poniendo de relieve sus mejillas y su nariz perfecta. Empezaba a entender el cariño de Crow por Pearl, que su mundo entero hubiera cambiado cuando ella entró en su vida.

Yo sabía que mi vida ya nunca sería la misma.

No quería a ninguna otra mujer.

Bellissima era todo lo que deseaba. Haría cualquier cosa por ella, lo que fuese por hacerla feliz. No quería estar nunca con nadie más. Ella me convertía en un hombre mejor. Me obligaba a hacer lo correcto cuando lo fácil era hacer lo incorrecto. Me hacía desear más de la vida. Su inocencia me hacía menos duro.

Ella advirtió la expresión infinita de mi rostro.

—Me gusta cuando me miras así. No sé qué significa... pero me gusta.

Mi mano cubrió la suya sobre la mesa, dándole un apretón.

—Significa que te quiero.

Su sonrisa se difuminó lentamente, como el sol poniente. Tenía los ojos iluminados por el resplandor que se extendía sobre el horizonte. En vez de mostrar pura alegría, su mirada se posó en mí como si no hubiera esperado que dijera eso.

Sentí cómo se le aceleraba el pulso bajo mis dedos. Sentí el mío propio acelerarse mientras esperaba su reacción. Nunca le había dicho aquellas palabras a ninguna otra mujer, aparte de a mi madre. Pero a ella se las había dicho en un contexto muy diferente.

Ella continuó sin decir nada.

Yo me empecé a preocupar. A lo mejor ella no sentía lo mismo.

—No... No sé qué...

—No pasa nada, *Bellissima*. —Tuve que tragarme el dolor que sentía en la garganta y salir al paso. Había estado tan seguro de que ella sentía lo mismo que habría apostado mi vida por ello. Pero no era así, y permitir que aquel momento de tensión se prolongara sólo haría que se sintiese incómoda. Acababa de recuperarla. Lo último que quería era alejarla de mí—. No hace falta que me lo digas tú a mí. Sólo quería que supieses cómo me siento. —Aparté la mano para poder coger el vaso y beber un trago de vino. Sólo lo hice para ocultar mi desilusión, el doloroso ardor que sentía en el pecho. Nunca me había expuesto de aquella manera, y que te rechazaran dolía la hostia.

Había renunciado a muchísimo por aquella mujer.

Y ni así sentía lo mismo que yo.

CROW

REBUSQUÉ por la cocina hasta que encontré algo para comer.

Una lasaña congelada.

Lars siempre estaba preparado para lo peor.

La metí en el horno y luego llamé a Botón.

Contestó antes siquiera de que terminara el primer tono.

—Por favor, dime que lo habéis encontrado.

Aquella separación estaba haciéndola sufrir más a ella que a mí, a pesar de que yo era bastante desgraciado. Sabía que era porque estaba embarazada. Le asustaba que no volviese nunca con ella y que nuestro hijo no conociera nunca a su padre. Normalmente no era tan emocional, pero entendía que se sentía sola y triste.

—Lo siento.

Ella gruñó al teléfono.

—Odio esto.

—Ya lo sé, Botón. Pero pronto acabará.

—¿Cuándo? —presionó.

—Pronto. Ten un poco de paciencia.

—¿Cómo puedo tener paciencia cuando me paso todo el día leyendo libros sobre el embarazo?

—Sabes que estás en Grecia, ¿no? —la desafié—. ¿Uno de los lugares

más bellos del mundo?

—No es bello sin ti, Crow. Me encantaría estar aquí contigo, hacer el amor durante todo el día y después contemplar las olas cenando. Pero esto no son unas vacaciones si tú no estás aquí. He estado pasando todo mi tiempo con Lars, y eso me está volviendo loca.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. Pero está todo el tiempo atendiéndome.

—Es su trabajo, Botón.

—Bueno, pero se puede tomar un descanso. Estoy todo el día sentada poniéndome gorda.

—Embarazada, no gorda. —Le eché un vistazo al horno y vi el temporizador corriendo—. Al menos tienes a alguien que te cocine. Gracias a Dios, Lars congeló un montón de comida para mí. Pero no está tan bueno como cuando es fresca.

—Me alegro de que Lars te lo preparara.

—Siempre está preparado para una catástrofe. —Sonó un ruido en la casa, como si alguien tironeara de una puerta cerrada.

—Ahora sería genial si Lars pudiera encontrar a Tristan y matarlo.

Mantuve el teléfono contra la oreja mientras salía de la cocina. Apagué la luz y asomé la cabeza por el vestíbulo. Justo cuando conseguí ver las ventanas, sonaron disparos.

Mierda.

Me agaché con el teléfono todavía en la oreja.

Nunca había oído a Botón gritar así.

—¡Crow! —Escuchó los disparos tan fuertes como yo. Eran inconfundibles, casi reventándome los tímpanos.

—No tengo tiempo de decir nada más, así que escúchame.

Ella contuvo el aliento.

—Llama a Cane. Dile que estoy en mi casa. Sigue mi rastreador.

—De acuerdo...

—Te amo.

Ella ya estaba llorando.

—Yo también te amo a ti...

Colgué y me saqué la pistola de detrás de los vaqueros. Botón era lo último en lo que pensaba en aquel momento. Sólo podía pensar en sobrevivir, en cómo me iba a cargar al menos a una docena de hombres yo solo. No había armas guardadas en la cocina porque aquellos eran los dominios de Lars.

Se escuchaban voces de hombre por la casa.

—Está aquí.

Era Tristan.

Debían de haberme seguido. Sabían que estaba dentro de la casa. No podía enfrentarme a todos ellos, así que tenía que huir.

Me desplazé hasta el otro extremo de la cocina y salí al pasillo de detrás. Había una ventana justo lo bastante grande para que yo pudiera salir. Saqué el cuchillo y lo clavé en las bisagras.

—Manos arriba.

Tenía un hombre detrás de mí apuntándome con una pistola a la espalda.

Yo levanté las manos despacio.

—Bien. Ahora...

Me giré y le disparé entre los ojos. No tenía tiempo que perder, así que estampé el puño a través de la ventana, haciéndola pedazos y provocando un eco que se extendió por la casa. Ahora ya definitivamente sabían dónde estaba.

Salté por la ventana y aterricé en el suelo al otro lado.

Entonces corrí como un loco.

—¡Allí! —Unas linternas se volvieron en mi dirección.

Un hombre saltó delante de mí, apuntándome con una escopeta al pecho.

Otro hombre apareció a mi izquierda empuñando una metralleta.

Mierda.

—¡Está aquí! —dijo uno de los hombres.

Yo mantuve las manos a los costados, empuñando todavía la pistola. Si sólo podía disparar una vez, sabía exactamente a quién me iba a cargar.

—Crow. —La mueca de Tristan era obvia en su tono—. Un placer volver a verte. —Me rodeó lentamente hasta que estuvimos cara a cara—. Encontrarte no ha sido tan difícil. Pero a tu mujer... me está costando más localizarla.

Qué agradecido me sentía de haberla enviado a Grecia. Nunca me había alegrado tanto de mi paranoia como en aquel momento. La muerte no me asustaba. Ver a mi mujer morir como había muerto mi hermana me daba mucho más miedo. No había nada que Tristan pudiera hacer para alcanzarla. Yo no hablaría, sin importar lo que me torturase, y Cane tampoco lo haría.

Tristan continuó fulminándome con la mirada.

—Dime dónde está, Crow. —Levantó la pistola y me la puso entre los ojos.

—¿Por qué te interesa ella cuando me tienes a mí? —Observé el cañón del arma sin inmutarme. Ya había estado antes en aquella posición. Todavía no estaba seguro de cómo había salido de aquella. Sabía que Pearl habría llamado a Cane de inmediato. Probablemente ya estuviera de camino. Si ganaba el tiempo suficiente, era posible que lograra salvar el pellejo—. Yo fui el que se metió en tu complejo. Yo fui el que se llevó a Adelina. Mi mujer no vale para otra cosa que no sea gastar dinero.

Tristan me dedicó una fría sonrisa.

—Sé que no es lo que piensas, Crow. Pero buen intento. Dime dónde está.

—Ya sabes cómo va a ir esto —dije con calma—. No me vas a sacar nada, ni aunque me tortures. Así que te sugiero que me encuentres alguna otra utilidad o que me mates. Personalmente, espero que me mates.

—¿De verdad? —preguntó—. Eres tremendamente valiente con una pistola apuntándote a la cabeza.

—No es mi primera vez, Tristan.

Entrecerró los ojos.

—¿Esto te parece gracioso?

—Para nada. Pero sí me parece una pérdida de tiempo.

Uno de sus secuaces salió de la casa.

—Estaba hablando por teléfono. Probablemente alguien venga de camino.

Mierda.

Tristan bajó el arma.

—En marcha.

Un tío que había a mi izquierda se movió de repente y me estrelló el arma en la cabeza.

Caí encogido al suelo.

Me ataron las muñecas con una cuerda, me dieron patadas en el estómago y luego me arrastraron hasta una de las camionetas negras que había aparcadas en el camino de entrada. Ya empezaba a sentir formarse una migraña, la cuerda me apretaba demasiado las muñecas y sabía que estaba metido en un buen follón.

Pero tenía mi rastreador. Si Cane lograba encontrarme antes de que lo descubrieran, tenía una posibilidad.

Tenía que volver con Botón.

Tenía que conocer a mi hijo o hija.

Pero me sentía agradecido porque ella no estuviera allí. Agradecía tomarme su vida tan en serio. Agradecía haber preparado todo lo que necesitaría si yo no volvía con ella. Tristan podía hacerme lo que quisiera, lanzar todas mis extremidades al mar junto con el resto de mi cadáver.

Mientras ella estuviera segura, me parecía algo aceptable.

TAMBIÉN DE PENELOPE SKY

¿QUIERES MÁS?

La historia termina en *Botones y gracia*

Libro seis

BOTONES: LIBRO SEIS

BOTONES Y GRACIA

*YO SOY LA OSCURIDAD.
ELLA ES LA LUZ.*



AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

PENELOPE SKY

[PEDIR AHORA](#)

MENSAJE DE HARTWICK PUBLISHING

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ;sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en [Facebook](#) para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing